

Los trabajadores y la cultura

(Identidad, cotidianidad, barrios y ciudad, fútbol y música)



Mauricio Archila Neira,
Hernán Darío Villegas,
Héctor Vásquez, William
Román, Alexis García,
Gonzalo Medina, Guillermo
León Zapata, Jairo Colorado,
Jaime Jaramillo Panesso,
Jorge Giraldo



ensayos laborales 2

Ensayos Laborales / dos

Los trabajadores y la cultura

Los trabajadores y la cultura

*(Identidad, cotidianidad, barrios y
ciudad, fútbol y música)*

**Mauricio Archila, Hernán Darío Villegas,
Héctor Vásquez, William Román, Alexis
García, Gonzalo Medina, Guillermo León
Zapata, Jairo Colorado, Jaime Jaramillo
Panesso, Jorge Giraldo**

Ensayos Laborales / dos

Escuela Nacional Sindical-Antioquia
Medellín
1993

© Escuela Nacional Sindical-Antioquia
Apartado Aéreo 12175, Medellín
Segunda edición: Abril de 1993

Editor: *Juan José Cañas Restrepo*
Composición: *"Textos y Diseños"*
Impresión: *"Impresos Caribe"*
Hecho en Medellín, Colombia

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

Jairo Ruiz, *pág. 7*

CULTURA E IDENTIDAD OBRERA

Mauricio Archila Neira, *pág. 11*

TRABAJADORES, BARRIOS Y CIUDAD

Hernán Darío Villegas, *pág. 31*

COTIDIANIDAD OBRERA

Trabajadores, cotidianidad y cultura

William Román, *pág. 47*

Cotidianidad y cultura en la fábrica

Héctor Vásquez, *pág. 56*

FÚTBOL Y SABER POPULAR

Jugar bonito, jugar bien y ganar

Alexis García, *pág. 65*

Fútbol y saber popular

Gonzalo Medina, *pág. 72*

Fútbol e identidad cultural

Guillermo León Zapata, *pág. 79*

TANGO, SALSA Y ROCK EN CLAVE DE BARRIADA

Tango y cultura popular

Jaime Jaramillo Panesso, *pág. 87*

Los inicios de la música afro-antillana en Medellín

Jairo Colorado, *pág. 93*

El rock y los trabajadores

Jorge Giraldo, *pág. 97*

PRESENTACION

Jairo Ruiz*

Plantear un Ciclo sobre la relación de los trabajadores con la cultura busca poner en el plano de la reflexión temas que hasta ahora han hecho parte de su vida, pero que por *x* o *y* motivos (muy ocupados discutiendo pliego, enfrascados en aquello de "la infraestructura", etc.) no eran dignos de atención. Pero los tiempos han cambiado y ahora la mirada se ha vuelto hacia temas aparentemente inanes. Los trabajadores vuelven la mirada sobre si y descubren en su cotidianidad valiosos elementos que antes pasaban inadvertidos: el fútbol, la música, los hábitos, las costumbres, la religión, las creencias, la moral, en fin, todo aquello que era "opio" es puesto ante la lupa y sometido a análisis.

En todas las ponencias de este libro se encontrarán aportes que estimulan la reflexión y el desarrollo de líneas nuevas de investigación: el tema del fútbol, hasta ahora sólo tratado desde la perspectiva de la alienación, es abordado por Gonzalo Medina y Guillermo Zapata, ambos periodistas y estudiosos del tema, y por alguien que lo ha vivido en caliente, desde la grama: Alexis García, jugador del Atlético Nacional y tal vez de los pocos jugadores que puede y se atreve a hablar con ideas de su profesión. Para ellos el fútbol colombiano expresa en sus estilos la forma creadora y recursiva que tienen los sectores populares para responder a los requerimientos de su existencia.

* Coordinador del Area de Cultura de la ESCUELA NACIONAL SINDICAL.-Antioquia

Si el fútbol nos remite a hablar de etnias y de identidad, la música nos lleva al contexto ciudadano en el que se desarrollaron los géneros afro-antillano, tango y rock. Desfilan por estas páginas los sitios legendarios de la rumba, aquellos donde acudían los trabajadores a ejercer y a cultivar sus potencialidades lúdicas.

La ponencia de Hernán Darío Villegas, *Trabajadores, barrios y ciudad*, nos permite seguir la trayectoria del desarrollo urbanístico y social de Medellín en función de las necesidades del capital, desde donde el trabajador es un elemento instrumental para la producción y el consumo. Este punto de vista enlaza con las tesis sobre la alienación planteadas por Héctor Vásquez y William Román, en sus ponencias sobre la cotidianidad y la cultura en la fábrica: carencia de tiempo para vivir las posibilidades de la vida, de la lúdica y del ocio, para pensar y para crear, como consecuencia de la rutina y del control impuesto por el capital tanto dentro como fuera de la fábrica.

Hay que destacar el trabajo de Mauricio Archila sobre *Cultura e identidad obrera*. Su participación se centró en los problemas y aspectos metodológicos que se derivaron de su investigación, como la necesidad de incluir nuevas fuentes (entrevista oral, prensa obrera, etc.), de reevaluar aspectos teóricos que reducían el espectro conceptual de la clase obrera.

En este abanico de trabajos hay diferentes niveles tanto de investigación como de formas de expresión que tienen su razón de ser en la integración del lenguaje de los trabajadores y el de los profesionales de la investigación histórica, pero al fin y al cabo con los mismos intereses y hacia la misma intención renovadora.

Este trabajo abre nuevos espacios de discusión y de elaboración teórica sobre la relación de los trabajadores con los múltiples aspectos de la cultura cuyo tratamiento, hay que decirlo, apenas comienza.

**CULTURA
E IDENTIDAD OBRERA**

Mauricio Archila

CULTURA E IDENTIDAD OBRERA

Mauricio Archila Neira*

Se trata de una investigación histórica sobre el origen de la clase obrera en Colombia, y sobre esto he seleccionado unos cuantos casos, y en particular con mucho atrevimiento, sobre el origen de la clase obrera antioqueña —en el área del Valle de Aburrá más precisamente—. Pero también he tomado muestras de Bogotá, Barrancabermeja y Barranquilla.

Desarrollaré en esta charla dos temas: Uno, lo que podríamos llamar aspectos teórico-metodológicos en torno a una investigación sobre cultura e identidad obrera. Y dos, algunos hallazgos o resultados de esa investigación.

Parto del supuesto de que en la historia como conocimiento los hechos no existen en sí. Normalmente los historiadores tradicionales pensaban que la labor del historiador era simplemente irse a través de los documentos para acercarse a la verdad de los hechos que, de alguna forma, existen allá en los archivos o en las distintas fuentes. Pero lo que yo planteo es que no existe el pasado en sí, es decir, que los hechos no existen en sí, ya pasaron; lo único que existe es el presente. Y es a partir de este presente que la gente que se interesa por hacer historia y los historiadores

* Historiador. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia e Investigador del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP).

** ARCHILA NEIRA, Mauricio. *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945*. Bogotá: CINEP, 1991.

y los científicos sociales regresan, digamos, al pasado. Entonces, en ese sentido, toda construcción histórica es una construcción desde el presente, es una invención, por decirlo así. Claro que no se inventa de la noche a la mañana y por la tarde, pero no existe una verdad absoluta en la historia, sino que continuamente estamos construyendo acercamientos a lo que sucedió.

En ese sentido la historia se acerca mucho a la literatura, pero con una diferencia: La literatura tiene como objeto agrandar, construir imágenes estéticas, mientras la historia tiene un poco la pretensión de reconstruir el pasado. Pero tanto literatos, novelistas, cronistas, incluso periodistas, como historiadores, montamos una trama, una interpretación. Y luego ustedes, los lectores, otros investigadores juzgarán que tan adecuada fue esa reconstrucción.

Dentro de lo teórico-metodológico, hay otro elemento: cómo el historiador siempre parte de su presente y éste lo influye demasiado. En mi caso, por ejemplo, yo comencé esta investigación sobre cultura e identidad obrera hace unos diez o doce años. En ese momento las condiciones política del país y una cierta militancia de izquierda, me dieron una imagen de la clase obrera muy diferente de la que tengo ahora; en términos de imagen, de toda la simbología. Y eso es importante, ver cómo los que reconstruyen esa historia y los investigadores, van atravesando cambios en lo que hemos llamado los imaginarios o las imágenes que uno tiene, en este caso concreto, sobre el mundo obrero.

Caricaturezcamente, yo podría decir que he pasado de una concepción o de una visión o de una imagen donde la clase obrera debía ser revolucionaria o no era clase, y en donde todo el deber ser político se le imponía a una situación, a otra en donde encuentro hombres y mujeres que resisten cotidianamente a formas de denominación y formas de dominación, sin que necesariamente eso sea revolucionario, reformista, revisionista, etc. Por esa misma vía, por supuesto, se produce en mi caso —y yo creo que en muchos, en parte este Ciclo lo refleja, un acercamiento diferente a la clase obrera, a eso que llamamos la clase

obrero—, entonces el énfasis ya no estaría tanto en el deber ser político, en las tácticas y estrategias, etc., cuanto en la cotidianidad: cómo viven los obreros, cómo viven las obreras, cómo es el mundo religioso, cómo se usa el tiempo libre, la religión, la educación, etc., etc.

En este transcurrir, por supuesto, también hay influencias teóricas —pero no me voy a extender en ellas— básicamente señalaría la importancia que para mí tiene el estudio de la experiencia, en contraste con el estudio de la estructura. En términos de las ciencias sociales, la crítica de la escuela de la dependencia, de ciertos marxismos y estructuralismos en los años 60 y 70, donde la investigación como que tenía que tocar la estructura económica, la estructura social, la estructura de clases. Yo siento que en este momento hay un paradigma, una forma de acercarse a los estudios históricos que privilegia elementos como la experiencia, lo que sucede en el transcurrir cotidiano, como decíamos antes. Y es por esa misma vía como nos acercamos a la cultura.

Hay ene mil definiciones de cultura. Pero para mí la cultura es la dimensión de sentir que orienta la vida de los grupos humanos a los que ella llega. En este sentido tomo una definición un poco más restringida que la que toman los antropólogos u otros científicos sociales. O sea, todo aquello que le da un sentido a la existencia, pero no en el sentido individual sino colectivo. Por supuesto, es un conjunto de valores, tradiciones, herencias culturales, por decirlo así, que alimentan esa dimensión de sentido.

Y, particularmente, yo trabajo la categoría de *identidad*, porque me parece que es más susceptible de un análisis histórico, que se puede mirar en el tiempo: cómo se identifican los obreros, cómo se identifican las obreras. Además, significa trabajar una actividad, un elemento en el cual los individuos que componen, por ejemplo, la clase obrera, actúan, participan activamente. No es trabajar la supuesta conciencia obrera. Yo creo que en este momento, cuando hablamos de categorías como *identidad*, se está trabajando algo donde, por supuesto, lo externo a la clase obrera influye, pero también la actividad permanente de los indi-

viduos en construir su imagen, en construir su identidad, y ésta se hace manifiesta.

La construcción de un objeto de investigación histórica, de un tema, no es fruto solamente de lecturas o de estudios académicos. También ha influido el contacto con la docencia, con los estudiantes, con los sindicalistas y los obreros en talleres y seminarios; además, y esto es muy importante, las entrevistas que hemos realizado en el país*.

La escogencia del tema *Identidad Obrera*, implicó también un replanteamiento sobre las fuentes. Hay que combinar las fuentes tradicionales —como han sido las estadísticas, las narraciones, la prensa, las crónicas, los reportes sindicales huelguísticos— con nuevas fuentes, o fuentes que ya han sido trabajadas, pero utilizadas en un nuevo contexto. Me refiero a la prensa obrera, a todo este tipo de publicaciones producidas por sindicatos, grupos obreros, partidos de izquierda o intelectuales. También es fuente importante el uso de las entrevistas; para esta investigación se hicieron unas 100 o 120 entrevistas a obreros y obreras del país. En términos de historiador, yo diría que, más que hacer una contradicción falsa entre fuentes escritas y fuentes orales, lo que hay que hacer es complementarlas y utilizar unas y otras.

Y, finalmente, en esta parte teórico-metodológica, quiero señalar que mi estudio trata de moverse entre lo particular regional y lo nacional, por varias razones: Por un lado, indudablemente el origen de la clase obrera, tiene un gran carácter regional: los obreros surgen inscritos en su región, con características culturales de sus regiones, etc. Es importante saber cómo era la clase obrera en Antioquia, cómo era en Barrancabermeja, en Santander, en la Costa, en Bogotá o en el Valle. Indudablemente eso influye mucho. Pero, al mismo tiempo, trato de mirar el contexto nacional,

* Quiero mencionar en Medellín dos seminarios de investigación sobre la clase obrera entre los años 1985-1988, de los que quedaron algunas publicaciones. Además, los trabajos realizados con algunos investigadores como Jorge Bernal, Ana María Jaramillo, Juan José Cañas, Hernán Darío Villegas y otros.

porque estoy convencido de que la clase obrera fue uno de los primeros sectores sociales que se plantearon una dimensión nacional.

El hecho de tener trabajadores del transporte en el Rio Magdalena, hacía que la gente de Girardot sintiera que tenía intereses comunes con los de Barranquilla y los de Neiva. Los ferroviarios, por el mismo estilo. Tal vez no es el caso de algunas industrias, por ejemplo las textiles, pero hay una serie de actividades que van dándole una dimensión nacional a la clase obrera.

Sobre el segundo tema, voy a tratar de entresacar, entre los muchos que se encuentran en el libro, algunos elementos que creo son útiles en el contexto de este Ciclo.

Cuando comencé la investigación, hace 12 años, me preguntaba cómo es que la clase obrera fue o no revolucionaria. Ahora, de pronto es la misma pregunta, pero obviamente formulada diferentemente: ¿Cómo viven los obreros y las obreras? Pero no solamente con el ánimo de hacer una vida cotidiana sin sentido, como una reconstrucción por menorizada de lo que hacía un obrero u obrera cada día, sino cómo viven los contextos de dominación y explotación. Es decir, lo que en algún texto llamé la resistencia: cómo se da la resistencia, cuáles son sus formas ante este contexto. Y esa es la pregunta que comienza a guiar el tipo de investigación.

Yo defino la clase obrera como los sectores asalariados productivos de la ciudad, o sea, dejo de lado la clase obrera rural, por delimitación de la investigación. Esta clase obrera tiene un origen básicamente campesino, y de allí se desprende una cosa bien interesante: Las primeras formas culturales obreras son moldeadas en los ámbitos regionales por formas culturales campesinas. Este origen no significa que los obreros sean simplemente campesinos en la ciudad. El hecho de llegar a la ciudad y, sobre todo, de vincularse a actividades productivas modernas, como las fábricas, el transporte, las actividades extractivas, etc., produce cambios en su percepción del mundo, aunque culturalmente en muchos aspectos sigan siendo campesinos, y estoy hablando de las primeras generaciones obreras, aunque,

de pronto, muchos de estos elementos tengan todavía vigencia.

Hay elementos nuevos fruto de este contexto, de este contacto con la ciudad, con el mundo urbano, con las actividades modernas productivas. Entonces, muchos investigadores nos vamos a encontrar con que hay una tensión entre lo tradicional y lo moderno; en las manifestaciones de la vida cotidiana de los obreros y las obreras existe esa tensión, pero se presenta, por supuesto, en otros sectores sociales. La misma rebeldía obrera tiene mucho de tradicional y mucho de moderna.

El impacto del arribo de estos campesinos de primera o segunda generación al mundo fabril o a la producción moderna, implica también ese choque, implica la adopción de nuevos valores y, en cierto sentido, de nuevos elementos culturales que le den sentido a esa nueva existencia. Hay una serie de elementos: actitudes religiosas básicas, por ejemplo, actitudes ante la muerte, ante la familia, ante la mujer, ante el hombre, ante las relaciones de pareja. Hay una serie de elementos que, por lo menos en las primeras generaciones, no se modifican rápidamente y, al mismo tiempo, hay otros que exigen un replanteamiento.

El obrero no puede seguir concibiendo el mundo de la forma natural, con el ritmo natural con que se venía viviendo y trabajando en los campos, marcados por el ciclo de la cosecha, de las estaciones, etc.; éstos se rompen con la disciplina de la fábrica. O sea, cuando a usted le toca entrar y salir todos los lunes a una misma hora, esto le exige un nuevo acercamiento cultural. En muchas entrevistas y narraciones que he leído de gente que cuenta sus primeros días en la fábrica, entre una cantidad de aspectos adicionales, le impacta, por ejemplo, de la fábrica la cantidad de gente, la uniformidad, cómo incluso la gente en muchos casos tiene uniforme, tiene que transformarse, cambiarse en los vestiers, etc. Una serie de elementos que marcan las permanencias de una cultura campesina en la ciudad y en las fábricas y también la necesidad de nuevos elementos de una nueva aproximación.

Aquí es donde encuentro que para las primeras generaciones obreras del país los artesanos juegan un papel muy importante porque son los que, en cierta medida, le prestan a la clase obrera esos elementos para entender su nueva situación. Aquí vamos encontrando varias paradojas: Por un lado, los obreros y obreras en su arribo al mundo industrial siguen anclados en elementos tradicionales, pero ingresan a cosas nuevas, aunque, curiosamente, esas cosas nuevas no lo son del todo, sobre todo la cultura artesana que tiene en el país por lo menos siglo o siglo y medio, incluso uno podría remontarse más, a la época colonial. Se trata, entonces, de un nuevo relativo.

La otra paradoja es que, curiosamente, el artesanado difícilmente se proletariza, yo siento una resistencia muy grande del artesanado en general. Hay ciertos oficios que sí han tenido que proletarizarse y otros han desaparecido. Pero, en general, aunque el artesanado como que se resiste y se mantienen allí, sin embargo aporta, le contribuye a la clase obrera con una gran cantidad de elementos culturales.

Dentro de estos elementos yo destacaría, por un lado, un cristianismo, un apego religioso, pero no cualquier cristianismo, aunque hay artesanos muy católicos, como muy ateos y librepensadores. Según el tipo de prensa, de libros, crónicas y narraciones de los artesanos, hay un cristianismo muy fuerte, si se quiere social, muy cercano a la prédica que hoy podríamos llamar de teología de la liberación, pero que en esos años —10 y 20— no se mencionaba; es una prédica cercana a las encíclicas, a la *Rerum Novarum*, por ejemplo; es como una tendencia a las actitudes contestatarias, sociales, de esa dimensión cristiana.

Muy cerca está también una tradición radical. Así el artesanado fuera en gran parte conservador, hay una herencia radical que se va transmitiendo a la clase obrera, una actitud crítica ante los gobiernos, una exigencia de demandas sociales, etc. Y, finalmente, una gran preocupación por lo que se llamaba en esa época la cuestión social o el mundo social, que les va a permitir acercarse a ciertos pensamientos socialistas, sintonizar, tener cierta empatía,

por ejemplo, con personas como Rafael Uribe Uribe y, posteriormente, con Jorge Eliécer Gaitán.

Yo sigo viendo esa tensión entre un mundo tradicional y un mundo moderno —por decirlo así—, entre lo rural y lo urbano, en el nacimiento de la clase obrera. Y eso se va reflejando continuamente en la vida de los trabajadores; al mismo tiempo que los trabajadores apelan a una serie de elementos muy tradicionales, muy religiosos, también nos encontramos con una serie de pronunciamientos tales como: "Nosotros somos el producto más moderno de la sociedad capitalista". Y, en efecto, la clase obrera era hasta hace poco indudablemente el producto más moderno, en términos sociales, del desarrollo capitalista. Esa contradicción la vamos a encontrar en todos los elementos de la vida de las primeras generaciones obreras: en sus diversiones, en el uso del tiempo libre, por supuesto en el mismo mundo de la fábrica y del trabajo; aun en los mismos momentos de protesta y organización y de creación de formas organizativas.

En los sitios de trabajo, por ejemplo, se hace manifiesta esa tensión como resistencia a la disciplina capitalista, con modalidades como el lunes del zapatero; llegar por lo menos un poco enguayabado el lunes, hacer un poco de "locha", hablar cuando está prohibido, fumar cuando no se debe, alargar un poquito más la hora del tinto, del almuerzo, etc. Yo no estoy diciendo que eso sea lo más revolucionario, incluso uno podría discutir qué tan progresivo puede ser eso, pero indudablemente existen esos elementos y éstos reflejan ese tipo de bagaje cultural que se trae.

También se manifiesta más explícitamente en lo que algunos norteamericanos han llamado la lucha por el control, aunque no se ha trabajado mucho en nuestro medio; se trata, entonces, de quién controla: no en términos de la producción estrictamente, sino quién controla la lógica de la fábrica, la lógica de la producción. Ahí hay un claro contraste: el maestro artesano. En el taller artesanal el maestro controlaba el proceso. Todo el aprendizaje del artesanado estaba orientado a controlarlo. Un joyero sabe desde dónde comienza y cuándo termina; el zapatero tam-

bién, el sastre, controlan prácticamente todo el proceso. Cuando se entra a la fábrica son otros los que controlan: ya no es el productor directo el que controla, y más en la producción en cadena; se atomiza tanto la producción obrera que usted simplemente controla una partecita, una pieza. Entonces, la lucha por el control se manifiesta también para esas cosas mucho más importantes como los topes de producción, por ejemplo. Ahí hay todo un conflicto, y allí se van manifestando esas tensiones entre lo que puede ser la incorporación o la adopción de una disciplina capitalista y la resistencia a esa disciplina y a esas formas de control.

De otro lado, me encontré con que para los obreros y las obreras de las primeras generaciones hay una percepción clara de que la entrada en la fábrica es un gran paso en la vida. Puede ser que el tipo de entrevistas y de investigación, centrado en ciertos sectores como textiles, pueda sesgar un poco este dato, pero en general uno tiene esa impresión; y así me lo decían en algunas entrevistas, que el obrero al entrar sentía que comenzaba una nueva fase de su vida. Si esa empresa era Coltejer o Fabricato, todavía más, era conquistar un sueño. Por el sólo hecho de recibir el pago con cierta periodicidad les daba una garantía que ellos no tenían en el campo. Muchas gentes en las entrevistas decía, en contraste con el mundo real: "Lo que pasa es que ya nosotros comenzamos a ganar, ya tenemos seguro un ingreso; mientras que en el campo, sí a uno le va mal en la cosecha, olvidese". Como también sí le iba bien, por supuesto que podía disfrutar algo más.

Estas circunstancias hacen que algunos artesanos se metan a las fábricas. Algunos de ellos no resisten el ritmo y se regresan al taller, pero otros prefieren el pago relativamente estable. Fíjense cómo en el mundo de la misma fábrica se van manifestando esas tensiones entre formas culturales tradicionales y formas culturales modernas — pero ya veíamos que no eran ni tan modernas—; pero al mismo tiempo el obrero va ofreciendo nuevos frentes de resistencia. Esto se expresa en la lucha, más o menos soterrada, por controlar el tiempo libre de los trabajadores.

Si la disciplina en la fábrica era un elemento fundamental y con los métodos de ingeniería industrial era todavía más importante, lo que sucedía afuera de las fábricas también era preocupación, y no solamente de los empresarios, también de la iglesia: qué estaban haciendo los obreros a la salida de la fábrica, en las noches, los domingos y festivos. Porque, para la época, no hay canchas deportivas, no hay un incentivo al deporte, ni siquiera al baile. Las alternativas eran consumir trago en las distintas modalidades y las formas como se use. En Bogotá, las chicherías eran famosas. En Medellín existía otro tipo de bares, tabernas, etc. Pero la obrera no participaba, se iba para la casa o para el patronato, a seguir trabajando. El obrero tenía, en este caso, cierta libertad y acudía a estos sitios de diversión.

Sin embargo, uno va encontrando cómo la misma clase obrera va exigiendo nuevas formas de diversión que sean acordes con las circunstancias que se están viviendo. Más que acomodarse a las propuestas modernizantes y disciplinadoras que trataban de imponer la iglesia, el estado, los patronos y algunos grupos y líderes de izquierda, la clase obrera, por decirlo así, va exigiendo nuevas alternativas y se va integrando indudablemente en ellas. Yo destaco, aunque no lo profundice, el deporte. Indudablemente, comienza siendo un deporte de las élites, de los colegios de los niños "bien" y luego se va proletarizando; hasta que las empresas mismas se dan cuenta de su importancia: construyen canchas, apoyan equipos. Pero muchas veces son incluso los sindicatos los que tienen que presionar para que las empresas les den eso y no pocos líderes sindicales comenzaron como líderes deportivos en las empresas.

Pero también la actividad educativa cobra importancia a partir de la presión de parte de los obreros en los años 30 y, sobre todo, por la educación técnica vienen muchos intentos y experimentos desde la izquierda, los sindicatos, el partido liberal, la iglesia, por supuesto—, y luego, en los años 50, vendría el SENA. O sea, que vamos encontrando toda una esfera en donde el mundo obrero va exigiendo una nueva disponibilidad de recursos. Y como que más que

creerse el cuento de que no se puede tomar trago porque es malo, lo que plantean es que les den alternativas y así, de pronto, dejan eso.

Se expresa también en las formas organizativas. Los primeros sindicatos, y en ese sentido hay una fuerte tradición artesana, eran más gremios artesanales o clubes políticos —al estilo de los jacobinos de la Revolución Francesa— que propiamente sindicatos. En los años 20, por ejemplo, se podría formar eso que ahora llamamos sindicatos de un día para otro; y era un abogado, un médico, unos cuantos obreros y con eso lo formaban. Incluso, muchos de ellos no eran trabajadores de la empresa: en la Tropical Oil Company, los primeros sindicatos los dirigió Raúl Eduardo Mahecha, que nunca trabajó directamente en las petroleras, y así podrían colocarse muchos ejemplos. Eran formas organizativas muy efímeras, duraban escasamente para el conflicto y después desaparecían.

En algunos casos los sindicatos surgen pegados a grupos espiritistas, grupos evangélicos, sociedades filosóficas o librepensadoras; muchos de estos funcionaban en las zonas cafeteras. Además, había alguna influencia masonica, pero como éstas eran para las clases altas, no se metían mucho con el pueblo. Es decir, estos primeros sindicatos surgen en un espíritu muy elevado del siglo XIX. Lentamente, por supuesto, se va construyendo toda esta forma de organización sindical.

La misma protesta, las mismas formas de lucha, las primeras huelgas, eran más asonadas que huelgas, según decía muy gráficamente algún entrevistado. Por supuesto que tampoco existía una legislación al respecto; la huelga prácticamente se lanzaba de un momento a otro y el que resistía era el que duraba más y, por lo menos en los años 20, había algunos conflictos abiertos de carácter armado. Los obreros, por lo menos en las huelgas de Barrancabermeja y de la zona bananera, desenterraron las escopetas de fisto de la Guerra de los Mil Días, aunque más con el ánimo de amedrentar que realmente con ánimo ofensivo. Por cierto, la influencia de las guerras civiles del siglo pasado se sienta en las primeras huelgas.

Si miramos el tipo de reivindicaciones originales de la clase obrera, nos encontramos con peticiones que giraban en torno a lo que en esa época se llamaba un «trato justo» y, a veces, el trato justo era que no los castigarán, que no les pegaran, que a las obreras las dejaran ir calzadas a la fábrica, que la jornada de trabajo no fuera de 15 horas, en fin, toda una serie de cosas que nos hacen pensar en los términos de un historiador inglés, que habla de la «economía moral de los pobres». Es decir, que la lógica que precedió la protesta en las sociedades precapitalistas, era una especie de sensación de lo que era justo o no era justo. Entonces, si subía el pan, la gente se enojaba y hacía una revuelta. Por esa vía uno podría explicar, por ejemplo, la revuelta de los comuneros. Y las primeras huelgas tenían mucho ese sabor de protesta contra lo que es injusto y que está determinado por una especie de economía moral de los pobres, pues no se trataba, por decirlo así, del tipo de pliego de peticiones o de reivindicaciones que vamos a encontrar más adelante, que, por un lado, se van a sofisticar mucho pero, por otro lado, van a entrar indudablemente a incidir ya no estrictamente en un trato justo, sino dentro de una lógica mucho más moderna de explotación.

Y algo muy importante es cómo, lentamente, la clase obrera, al mismo tiempo que iba pidiendo mejoras materiales, iba exigiendo una cosa que tal vez en una época no le atribuíamos mucha importancia y era un puesto en la sociedad, el que fueran considerados ciudadanos, partes de esta nación que se llama Colombia. Y es que en un principio no era así: no solamente porque la mujer, por ejemplo, estaba excluida del voto, sino porque el mismo obrero o los obreros como conjunto y como clase, no eran asumidos como tal.

Esto nos lleva, entonces, al último punto y es cómo también en las opciones políticas, uno encuentra esa tensión que les he querido mostrar a lo largo de toda esta charla entre formas tradicionales y formas modernas y que están en el origen de la clase obrera colombiana. Porque el bipartidismo sigue siendo fuerte, incluso hoy; todavía en el mundo obrero uno no puede decir que la clase obrera en

su conjunto vote por una alternativa diferente al bipartidismo o se abstenga, en fin; pero siento que el bipartidismo es un elemento fuerte. Y lo fue en la época del origen de la clase obrera. La gente seguía siendo colombiana políticamente, o sea, si se había nacido conservador, se seguía siendo conservador, y si se había nacido liberal, se seguía siendo liberal. Sin embargo, a pesar de la pervivencia de este elemento tradicional en la política colombiana, en la política obrera, en la percepción obrera, yo siento que, por lo menos en las primeras generaciones obreras, hay un acercamiento a formas, si se quiere, contestatarias, heterodoxas o, por lo menos, no tan ortodoxas como las de los partidos tradicionales y, en particular, del partido liberal.

En los años 20 nunca se pudo medir el apoyo que tuvo el Partido Socialista Revolucionario, porque cuando participó en elecciones ya estaba prácticamente muerto, desaparecido como actor político. Pero en los años de agitación de María Cano, indudablemente las fotos de sus giras, las crónicas de la época y el susto de la élite, muestran que hubo, por lo menos, una gran simpatía, la gente salía a mirarla y a oírla, lo mismo que a Ignacio Torres Giraldo, a Mahecha, a Uribe Márquez y a todos estos. En los años 30, indudablemente, la clase obrera en su conjunto, como grueso, se vuelve lopista. Ese es uno de los elementos fuertes que yo encuentro en el trabajo. Y no lo hace por mala voluntad o porque sea traidora a una vocación supuestamente revolucionaria, sino porque era la alternativa que en ese momento le quedaba: López Pumarejo le ofrecía a la clase obrera la ciudadanía que ésta buscaba y, al mismo tiempo, le ofrecía las posibilidades de unas conquistas que hoy incluso sorprenden. La FEDENAL, por ejemplo, en 1937 consiguió aumento del 60% del salario; la sindicalización obligatoria de todos los trabajadores del río; y una cosa que no ha llamado mucho la atención, pero es una especie de soviet o de cogobierno en los barcos: todas las decisiones laborales de los barcos se tomaban por un consejo del capitán o las autoridades del barco y de los dirigentes del sindicato. Es un ejemplo y, en fin, FEDENAL fue un caso que yo creo que es irrepetible en la historia del

país; ya la élite y la oligarquía no lo dejaría, por supuesto, y no hay las condiciones; pero cuando uno analiza esos períodos históricos tiende a despreciar o a dejar despectivamente la cosa diciendo: "Se volvieron lopistas porque traicionaron o porque equis grupo político les hizo el trabajo y se botó de patas y manos a López". El problema es mucho más complejo. Yo creo que a estas alturas a ustedes les queda claro que la forma de hacer historia, por lo menos la que yo intento, no es tanto ubicando los aciertos y errores, dónde estuvo la línea correcta y dónde las desviaciones, sino cómo fue que enfrentamos las cosas; un poco más desprejuiciadamente.

Pero, volviendo sobre este punto político, yo siento que por lo menos hasta los años 46-48 la clase obrera tiende a simpatizar y a articularse a expresiones políticas que, de alguna forma, son contestatarias o, por lo menos, ofrecen alguna alternativa a un bipartidismo cerrado. El gaitanismo fue, sin duda, la última expresión fuerte; la clase obrera votó por Gaitán, así la CTC y el PSD, tanto como la izquierda liberal, se hubieran opuesto.

Esto nos lleva al punto final, y es ¿qué es esto de la identidad? ¿cómo veo yo esta identidad durante estos años? En resumen, yo diría que hay unas tres o cuatro etapas.

La primera identidad, por decirlo así, que los obreros adquieren tiene que ver con el contexto del origen de la clase obrera y el crecimiento de las ciudades. En los años 10 se siente la migración de gentes a la ciudad, fruto de la Guerra de los Mil Días y de las crisis económicas que se presentaron durante ella y después, además de la atracción misma de la ciudad. Entonces las ciudades comienzan a crecer, comienzan a formarse lo que hoy llamamos los barrios de invasión en la periferia de la ciudad, los inquilinatos en los sitios que la élite va desocupando en el centro de la ciudad. Todo esto apunta a mostrar cómo la primera forma como la élite trata de identificar a los obreros es con la imagen de pobres, «los pobres». Entonces uno encuentra en los discursos de los años 10 y parte de los años 20 la imagen del menesteroso; se hablaba, por ejemplo, de los barrios obreros como los barrios donde vivían los mendigos, los pordio-

seros, los vagos, los rateros y los obreros; esto es una imagen muy común.

En 1918 se hace una legislación para que cada municipio aporte una plata para construir casas y barrios obreros y, por lo menos en algunas ciudades, comienzan a construirse esos barrios. Pero barrio obrero en Bogotá, por ejemplo, era toda esa zona oriental, como La Perseverancia, Egipto —donde nació Gaitán—, que eran zonas consideradas como miserables. Esa imagen de pobre, que se articula mucho con la tradición cristiana, algunos grupos obreros la asumen porque les conviene; les sirve en la medida en que hay obras de caridad, tales como consultorios médicos o sopa gratis, rebajas en las tarifas del tranvía, o se habla de escuelas obreras gratuitas, en fin. Y eso tiene cierta racionalidad: si a uno le van a dar esas cosas, las recibe. Es que, además, hay que hacerles la caridad porque algún día pueden levantarse y hacer una revolución; o lo que en esa época también se discutía, el problema de la higiene y de la posible degeneración de las razas, por la chicha o el alcohol, y, además, como habían razas mezcladas, indígenas y negros, eran razas que había que mandarlas a recoger, porque, en parte se atribuía a esos pobres, la degeneración de las razas.

En los años 20, con la crisis de la hegemonía conservadora y, sobre todo, con el influjo de corrientes socialistas y anarquistas, comienza a desarrollarse otro tipo de imagen relativamente diferente, ya no los pobres, los miserables; se trata de la imagen del pueblo. Una imagen ya más articulada a la tradición de la Revolución Francesa: el pueblo soberano, el pueblo como el elemento que legitima los gobiernos y que puede desbancarlos. Se trata de una imagen mucho más positiva; ya no es la imagen de pobre del Evangelio, de la caridad que tiene su lado peligroso, sino de una fuerza colectiva que puede producir un cambio social. Sin embargo ese pueblo eran todos, ahí no hay todavía una identidad como clase específica. Por ejemplo, Torres Giraldo y María Cano firmaron un panfleto que se llamaba *«Por el pueblo, con el pueblo y para el pueblo»*. Y

ellos siempre comenzaban sus periódicos hablando de "nosotros, los obreros, es decir el pueblo..."

En los años 30 se produce otro tipo de identidad como clase, y esto se produce en el contexto de la República Liberal y, en particular, en el gobierno de Alfonso López Pumarejo, en la Revolución en Marcha de 1934 al 38. Como les decía, López en su táctica ve que el sector obrero puede ser un aliado importante y comienza a hablarle. Hasta ese momento, por decirlo así, la oligarquía colombiana no le hablaba a la clase obrera como clase, los trataban como individuos, "vayan y voten por mí". Pero nunca hubo una interlocución, por ejemplo, con una central sindical; fortalecer una central, dialogar, consertar, eso no existía. Con López se comienza a dar. Él colabora en la filiación de la CTC, financia los congresos y comienza a hablar de compañeros; en los discursos se habla de compañero presidente, compañero no se qué, en un contexto internacional que marca este acercamiento: Estaba en ascenso el fascismo y las fuerzas progresistas se unen para tratar de frenarlo, y se pensaba que Laureano Gómez era el fascista aquí, y que entonces había que frenarlo. Pero, fíjense que en este contexto se produce un acuerdo, una especie de mutuo intercambio en donde ambos ganan: el Estado gana, indudablemente, un aliado; mejor que estar por allá rebotados en las bananeras y en la FEDENAL, que apoyen programas modernizadores, y en fin. Y, a su vez, la clase obrera gana ciudadanía política y algunas prevendas.

Pero esta identidad como clase —pienso— no fue muy apropiada por el conjunto obrero; esta identidad como clase se manifiesta, por ejemplo, en los Primeros de Mayo. Los Primeros de Mayo hasta el 34 o 35 no se celebraban multitudinariamente, era en recintos cerrados. El Primero de Mayo de 1936 sale por primera vez la clase obrera en grande, con pancartas y todo eso a tomarse las calles. Luego, con el Frente Nacional, aparentemente hay un revivir obrero, pero si se fijan bien, el tipo de obrero que surge o resurge en el Frente Nacional ya no es el obrero tradicional que identificábamos con el overol y con el casco, sino que es el obrero de cuello blanco, el empleado bancario.

el maestro y, hasta nuestros días, el trabajador de TELECOM.

En términos de identidad, de imágenes, el reto contemporáneo es, por supuesto, pensar la cosa de una forma diferente; toda esta simbología, todo ese imaginario, yo creo que cada vez nos dice menos.

Concluiría diciendo, y es lo que trataba de mostrarles, que es de gran importancia la reconstrucción de la vida obrera, de los hombres y las mujeres que resistieron de alguna forma, con mayor o menor éxito, a los contextos de dominación y explotación que enfrentaban y que, en términos del conjunto social lograron una presencia en el escenario nacional, presencia que obviamente en estos días muchos se cuestionan, pero que yo creo que si una democracia quiere preclarse de ello, no podría desconocer en ningún momento el sector obrero.

**TRABAJADORES,
BARRIOS
Y CIUDAD**

Hernán Darío Villegas

TRABAJADORES, BARRIOS Y CIUDAD

Hernán Darío Villegas*

Casti por lo regular, se presenta una dicotomía entre la vida del trabajador asalariado y la de los barrios; es una imagen generalizada, incluso para los académicos. Es más, cuando de alguna manera los primeros son incorporados a los segundos, aparece el continuo señalamiento de aquéllos como seres privilegiados con respecto al conjunto de los habitantes de las barriadas populares.

Este calificativo puede tener respaldo en evidencias contrastantes, pues mientras el obrero cuenta con una relativa estabilidad de empleo e ingresos —cada vez más precarios—, otra parte de la población se la juega en los avatares y afugias diarias, en las irregularidades de las entradas y en las incertidumbres del mañana inmediato. Estos contrastes se traducen en el barrio en la calidad de la vivienda, en la dotación doméstica y en los niveles de consumo. Y, como para rematar, ante el alto índice de desempleo, que en algunos barrios puede llegar al 50%, quienes tienen un trabajo aparecen como los "ricos" de la comunidad.

Pero estas evidencias, que han llevado a los detentadores del poder a estigmatizar a los trabajadores como "oligarcas de overol", no hacen sino ocultar la injusta estructura socio-económica, donde se le pretende achacar los males de la pobreza a quienes agotan su vida en una

*Historiador de la Universidad de Antioquia e Investigador de la Escuela Nacional Sindical. Ha publicado el libro: *La formación social del proletariado antioqueño*, Medellín: Concejo de Medellín-El Propio Bolsillo, 1990.

fábrica y no a la voracidad de la acumulación de capital, en seres que habitan principescos palacios y deciden sobre nuestras vidas en función del acrecentamiento de su poder.

En realidad, la separación entre trabajadores y habitantes barriales no nace ni de los unos ni de los otros, sino de la misma estructura y dinámica del capitalismo que para su materialización y reproducción genera, por un lado, sectores sociales diversos y, por el otro, espacios diferenciados, dando lugar a una segmentación de la vida social y personal, con estrechos vínculos entre sí, pero cuya integración se nos aparece como atomizada y desevolviéndose en compartimientos estancos.

En ese sentido, la ciudad y lo urbano es escenario por excelencia del desenvolvimiento del capital, el cual los crea, los construye y los reconstruye a su imagen y semejanza, tanto para la producción, como para la consecución de fuerza de trabajo, circulación de mercancías y realización o consumo de las mismas.

Así, se tiene la fábrica como el lugar para la producción donde se consumen por ocho o más horas, seres humanos en su condición de obreros u empleados oficinistas. A su interior, existen, a pesar de las apariencias, las más variadas condiciones, tanto humanas, como de oficio, de permanencia y salariales, reunidos en una bien planeada división del trabajo, organizado y orientado por la férula del patrón.

Esa masa de individuos, cuando sale en tropel después del pito que anuncia el fin de la jornada, se dispersa rodando por las calles con el cansancio de sus cuerpos, en los apiñados racimos del transporte colectivo, hacia sus hogares; y allí encuentra su familia, con quien repone las fuerzas físicas y psíquicas para reiniciar la jornada una y otra vez; en donde también se levantan los menores, hijos o hermanos, que probablemente lo reemplazarán en su condición de trabajador, en esa o cualquier otra empresa, cuando el duro trajinar, que se suma con los años, lo deseche a la soledad de los recuerdos seniles.

Con esa familia, a la que se debe y por la que lucha, levanta y estructura un espacio digno, entabla y fortalece las relaciones con sus amigos-vecinos, es decir, la gente del

barrio. Y estos dos espacios —hogar y barrio— son los más apreciados por el trabajador, donde el tiempo tiene la dimensión de la vida, de su condición humana, a diferencia de la fábrica en donde es considerado como un factor y un costo de producción. Si aquí le exigen rendir, allá lo convocan a participar, a disfrutar, a compartir.

Pero hay otro espacio en donde trabajadores y habitantes del barrio en general se entrelazan, y donde tienen al final como resultado los bolsillos vacíos: el espacio del consumo, que está en la casa —mercado, servicios, celaduría, etc.—, en la calle —la tienda, el supermercado, el estadio, el bar, el baile—; en fin, todos aquellos lugares donde las gentes se proveen de los bienes y servicios para su manutención, hacia donde las más modernas técnicas de marketing los orientan y condicionan, donde les crean imágenes tan fantásticas como inaccesibles: autos último modelo, lujosos hoteles en la playa, viajes a lugares recónditos, manjares exquisitos, ropa de marca, en fin, un mundo de imágenes que nos crean la ansiedad de disfrutar un mundo paradisiaco e inalcanzable. Detrás de toda esta seducción, se encuentran los socios de las empresas, que ya no ven a los trabajadores como productores, sino como consumidores de sus productos, logrando de este modo que el salario obtenido se esfume de sus manos para volver a los dueños del capital.

Así, podríamos seguir enumerando y describiendo una serie de espacios en donde la vida se fragmenta a pedazos, como el cuartel, la escuela, la política, entre otros.

En ese sentido, las diferenciaciones entre trabajadores y habitantes del barrio no está en ellos, sino en una lógica que profundiza en la especialización de espacios, funciones, trabajos, actividades, máquinas; a través de los cuales destruye o reestructura relaciones tradicionales cimentando la individualización, y con ella el aislamiento y la soledad, y elevando el individualismo como la cúspide de la filosofía de la vida para que la competencia devastadora entre los más permita el mejor provecho entre los menos.

Por ventura, la solidaridad e imaginación colectivas han creado resistencias y fisuras en este modelo de existencia

que se nos impone, no obstante estar expuestos a diferentes cercos, como las precarias condiciones de vida, la marginalidad que a todos niveles se presenta desde el Estado, la segregación física y humana en ciudades donde la opulencia ostentosa se encierra tras mallas y vigilancia privada y, finalmente, la persecución paranoica de identificar las limitaciones de recursos, la procedencia humilde como lo peligroso, lo malo, lo delictuencial y lo subversivo para que otros puedan dormir plácenteramente sin más desvelos que la manera de hacer dinero.

De modo que, una cosa es cómo el poder ve a los barrios y otra muy distinta cómo lo perciben sus habitantes.

El barrio es y ha sido uno de los principales factores de identidad para sus moradores, incluyendo a los trabajadores fabriles. De ahí que sea conveniente observar los barrios en su dinámica, tanto en relación con su estructuración como en sus vínculos con la ciudad a través de una retrospectiva histórica. En ese sentido, nos concretaremos en el caso de Medellín y el Valle de Aburrá.

Medellin nació como ciudad en los albores del siglo XX. La expansión de la economía cafetera le permitió concentrar el comercio y montar su industria. El Valle de Aburrá era una planicie salpicada de pueblos, separados por fincas dedicadas a la siembra de caña o al recreo, cuyo centro era Medellín. Esta panorámica se rompió pronto: la migración propiciada por el auge económico de la ciudad y sus municipios vecinos, así como el empobrecimiento de zonas agrícolas y mineras del departamento, dieron lugar a que la población se duplicara en los 23 años que van de 1905 a 1928. La ciudad se convierte, entonces, en una posibilidad para salir de la pobreza y en un atractivo para vivir.

Con la irrupción del capitalismo comercial, industrial y financiero, se modifica la estructura urbana, adecuándose para una mayor agilización de las mercancías y la fuerza de trabajo. Los servicios públicos de acueducto, alcantarillado y energía amplían su cobertura y mejoran su calidad; el transporte urbano se moderniza con la introducción del tranvía que une a Guayaquil con los barrios; las calles se amplían y la ciudad comienza a fragmentarse de acuerdo

con las funciones comerciales, productivas y residenciales, estas últimas de acuerdo con el status social.

A la par con la modernización urbana, las construcciones, especialmente de viviendas, se aceleran. Concentrándonos en los sectores populares, el barrio ancestral más característico era el de La Toma, llamado "Quebrada Arriba", el cual congregaba a artesanos y gente del común.

Ya hacia los años veinte se levantan numerosos barrios en las laderas orientales de la ciudad, tales como Santa Ana, Sucre, Villa Hermosa, La Ladera (Majalc), Manrique, Pérez Triana (La Polka), Campo Valdés, Aranjuez, Berlín, Gerona, El Salvador, La Asomadera y Colón, que albergarían a la población nativa e inmigrante que buscaba ocuparse en diversos oficios y lugares: artesanías, servicio doméstico, almacenes, trapiches, ladrilleras y, en cada vez mayor proporción, en establecimientos fabriles y semi-fabriles. Estos barrios también serían el lugar de recepción para familiares o conocidos de los primeros inmigrantes.

Como una gran peculiaridad, se presentaron hasta mediados del siglo los barrios impulsados por las fábricas. Su antecedente inmediato fueron los patronatos, creados por los empresarios de las grandes fábricas con el fin de aislar y "cuidar" a las mujeres obreras, y el que tenía un cierto carácter de internado-dormitorio. Ante los nuevos ritmos que imponía el sistema de producción fabril y las resistencias a él por parte de las primeras generaciones obreras, como la indisciplina, la irregularidad en el cumplimiento de horarios, la falta de continuidad en el trabajo, entre otros, que causaban traumatismos en el flujo continuo de la producción, los empresarios optan por estrategias que permitan un mejor control de la fuerza de trabajo. Dentro de estas estrategias se encontraba la construcción de barrios de obreros cerca de las fábricas.

Así, empresas como Tejidos de Bello, Fabricato, Coltabaco o Rosellón construyeron barrios para vender o alquilar viviendas a módicos precios para sus trabajadores, logrando con ello una garantía de fidelidad y estabilidad en la fábrica, y tener un mayor control de la vida y las costum-

bres. Además, se estimulaba el espíritu de propietario e independencia propios de la idiosincrasia antioqueña.

Por esa vía, la fábrica se proyectaba y se asentaba en el barrio; por otro lado, éste asumía una gran homogeneidad, puesto que sus habitantes eran los trabajadores de las fábricas y sus familias, para quienes el pito marcaba los ritmos de la vida.

En otras ocasiones, las fábricas se levantaban en barrios populares, contratando a sus habitantes en calidad de obreros. Tales fueron los casos de Tejcóndor, Telsa y la Fábrica de Licores en el occidente de Medellín.

Otros asentamientos fueron más heterogéneos, pues partieron de la iniciativa de particulares que aprovechaban un creciente mercado entre los trabajadores de diferente naturaleza, haciéndose a un lucrativo negocio de especulación de predios y construcción de viviendas. Entre los clientes contamos a los empresarios y al Estado, cuyo fin era brindar soluciones de vivienda a sus empleados.

El levantamiento de los barrios nuevos se hacía mediante una planeación que incluía un diseño en forma de tablero de ajedrez, amplias calles, dotación de servicios (muchas veces suministrados por la fábrica), lotes para la plaza (parque), iglesia, inspección de policía y escuela. La construcción era realizada en parte por la compañía urbanizadora, la que, al valorizar los terrenos, vendía lotes cuyos propietarios se hacían al techo por medio de la autoconstrucción a modo individual o a través de convites. Posteriormente venían las mejoras que provenían de los ahorros familiares o préstamos de las empresas.

Los sectores más pobres de la población recurrían a invasiones, como en los barrios Aguas Frías, El Salado, El Socorro y Betania, o eran asistidos por organizaciones caritativas como la Sociedad de San Vicente de Paúl.

Si bien es cierto que los nuevos barrios surgen como iniciativa de empresarios y del Estado para estabilizar y disciplinar la fuerza de trabajo, además de solucionar el problema del déficit de vivienda que se volvía agudo y explosivo, éstos van adquiriendo una personalidad en donde se conjugan contradictoriamente la tradición y la mo-

derinidad que propiciarían rápidamente un proceso de pertenencia, afirmación e identidad.

El barrio se convirtió entonces, y a pesar de las diferencias en cuanto a procedencia y ocupación, en una territorialidad que, de alguna manera, para los inmigrantes del campo suplantaba el pueblo o la vereda. En él se compartían muchos lazos de convivencia reforzados por la consanguinidad de sus gentes. La tienda, el bar y el parque o la plaza, eran los sitios por excelencia para la reunión y diversión de sus moradores, además de las visitas y fiestas familiares.

Un elemento significativo e identificador del barrio era la iglesia, en cuya monumental construcción los vecinos colaboraban con el mayor entusiasmo. Las misas, los cursos de catequesis, las asociaciones católicas, las fiestas patronales, los ejercicios espirituales, las romerías, las procesiones, las visitas del cura a las familias, todo ello propiciaba la integración de la vida comunitaria y a la vez se convertían en un medio de control social desde la religión.

Por otro lado, y contrariamente a lo que puede pensarse, las primeras organizaciones obreras, aparte de las establecidas por los patrones en sus empresas, se crearon en los barrios. Estas organizaciones eran muy variadas, tanto en su carácter como en su orientación política. En los barrios funcionaron, entre otras, mutualidades obrero-artesanales, como la Congregación de Obreros de San José, auspiciada por la iglesia a través de la Acción Social Católica; además, la mutualidad del pueblo, los centros conservadores, liberales y socialistas, así como clubes y centros culturales.

De modo, pues, que tempranamente los barrios fueron el centro de un intenso dinamismo de todo orden que se asentaba sobre el tipo de trabajo, la iglesia y la fábrica, pero donde el calor y el colorido lo daba la solidaridad y la alegría de esas gentes compuestas por un múltiple rostro de trabajadores asalariados e independientes, hombres, mujeres, infantes y ancianos.

Pero una cosa era este ambiente humano que se construía y vivía en los barrios y otra la mirada de la élite medellinense, obrando unas veces con criterio paternal-caritativo y otras con desdén y temor.

En el primer caso, el periódico católico *El Obrero*, al constatar las precarias condiciones del hacinamiento de las viviendas obreras, señalaba eufemísticamente en 1912, al referirse a los barrios que se construían en las laderas orientales, que "*en esa parte de la ciudad el aire es más puro y da a los pobres la ilusión de una temporada*".

En el segundo caso, los barrios eran vistos como peligrosos centros de delincuencia y de comportamientos vandálicos, aunque fueran revestidos con imágenes folclóricas. Para muestra, dos ejemplos.

El primero es Guayaquil, sede de la plaza de mercado, del ferrocarril, de fábricas y trilladoras, cacharrerías, almacenes, restaurantes, hoteles, cantinas, lugar de reunión de emigrantes y nativos, era la síntesis multicolor del Medellín popular.

De un artículo del periódico *La Defensa*, podemos extractar algunos de los personajes que se encontraban:

—Eternos rodantes de prendería a donde llevan el fruto de sus destrezas.

—Pescadores de oportunidad para echar en paro junto con la vida la última prenda.

—Jugadores, carroñas vivientes.

—Tristes mujeres hartas de hambre y de vicio, las mismas que en cualquier momento, por una emergencia de la vida, tienden a su mancebo cara al sol, con un barberazo al cuello, o son llevadas por causa idéntica al último reposo.

—Truhanes y aldeanos mofletudos.

—Estudiantes paupérrimos cuya ración se acomoda al precio del comestible insuficiente.

—Burdas aldeanas que mercan manojos de legumbres y hortalizas.

—Músicos sin oficio, pobres por profesión, mozos alcanzados en cuentas con cantinas y hoteles, limpiabotas, aurigas, tahures anónimos, cantores que viene de aldeas...

Y qué decir de su vida. En el artículo del cual extraímos sus personajes el autor caracterizaba a Guayaquil como "el barrio alegre que a la vez ha visto tragedias y tempestades de sangre" y Fernando Gómez Martínez, en otro artículo del mismo periódico, lo describía así:

"Guayaquil encierra el alma judía que ha querido dársele a la ciudad entera. Es el centro del comercio a baja escala y como tal, el emporio de las pequeñas trampas. Bajo el sol canicular que baña las anchas calles y entre el merudo polvo que la envuelve como una rube, se trama el diario vivir de muchos con perjuicio del diario vivir de otros... Esta vida de Guayaquil, en sí baja y miserable tiene todo el encanto de una tienda gitana, con la policromía de los vestidos y la franca animación que la distingue".

De modo que Guayaquil tenía simultáneamente un mágico atractivo y el pavor de una vida perversa.

El segundo ejemplo es Gerona que, al parecer, fue una importante fortaleza socialista en los años 20. El mismo Fernando Gómez Martínez decía que:

"— tiene el espíritu pendenciero y levantisco de las democracias americanas en los primeros lustros de existencia. Un dicho chusco afirma que allí revientan piedras todas las semanas para lanzárselas los domingos. Tiene alma torera este extraño Gerona".

Hasta los años cincuenta, las características del crecimiento espacial y poblacional de Medellín se mantenía en términos generales, aunque la ciudad se ampliaba y su imagen se fortalecía en el contexto nacional, esgrimiendo los blasones de un progreso que contaba con orgulloso regionalismo, su himno antioqueño de colonizadores, arrieiros y hachas, a sus ancestros de ruana y alpargata. Sin embargo, esos tiempos míticos se desvanecían ante un progreso que sólo consideraba al futuro como único tiempo existente, mientras el presente demolía cualquier vestigio del pasado y se obnubilaba con el acelerado crecimiento industrial y comercial y con ellos, las chimeneas, las congestiones vehiculares y de personas, dando la imagen de un gran panal alborotado de trabajo. La pujanza modernizante de Medellín conducía a frecuentes reestructuracio-

nes, mientras los flujos migratorios todavía podían ser absorbidos e integrados. Medellín, pues, se convirtió en el ejemplo de una ciudad que presentaba un armónico crecimiento.

De igual manera, los viejos y los nuevos barrios mantenían patrones comunes, sólo que ya convivían diferentes generaciones. El sentido de pertenencia se conservaba, puesto que los hijos de trabajadores (muchos de los cuales también trabajaban en la misma empresa) seguían habitando el barrio, fuera mediante la subdivisión de la casa paterna o por la adquisición de vivienda cerca de ella. No obstante, quienes lograban cierto ascenso social (por promoción o estudio), emigraban a otros sectores de la ciudad, pero manteniendo continuos lazos con el barrio de origen, que lo facilitaba el teléfono y la ampliación y agilización del transporte urbano.

Con la explosión de la violencia de medio siglo, la ciudad modifica sustancialmente su estructura armónica ante la avalancha de nuevos habitantes, quienes ingresan, ya no atraídos por la seducción del progreso y mejores oportunidades, sino refugiándose ante la violenta persecución que se producía en los campos. Aparecen nuevos asentamientos que ocupan las laderas occidentales y orientales; los más favorecidos logran hacerse a una vivienda construida por urbanizadoras particulares o por el Estado a través del Instituto de Crédito Territorial. Pero, un gran número de refugiados levantan con desechos los barrios de invasión que pululan, igual que la miseria.

La marginación de amplios sectores de la población generó agudos conflictos signados por la supervivencia: en vez de asimilación se produce el rechazo; en lugar de adaptación, se presenta el resentimiento, y el rebusque reemplazó al trabajo estable.

Los barrios que conservaban alguna identidad se fueron convirtiendo en una torre de babel donde los servicios públicos eran escasos o no llegaban y todo estaba por satisfacerse. En fin, los nuevos integrantes se sienten extraños y desarraigados; los antiguos, presionados por la

competencia de los nuevos, y entre ambos soportando el peso de un espacio cada vez más denso y reducido.

Mientras tanto, el Valle de Aburrá deja de ser salpicado de pueblos para convertirse en Área Metropolitana, que aunque conservó los rasgos regionales de siempre manteniendo la "unidad" cultural, el medio fue ahora no una apacible ciudad media, sino una gran selva inhóspita de concreto.

Las brechas se ahondan a pesar del fortalecimiento burgués y de sus pujantes industrias. Ciudades subterráneas en las laderas de las montañas, son ignoradas en la planicie del Valle. Ya el obrero es privilegiado en relación con los rebuscadores de la vida que se la juegan aquí y allá.

Ante este panorama brumoso, los habitantes de los barrios no se quedan lamentándose de su destino. Por el contrario, las múltiples necesidades los llevan a construir lazos de solidaridad y organizaciones comunitarias, instrumentos que son utilizados para construir viviendas, realizar obras de servicios públicos, crear salones comunales, impulsar actividades culturales y deportivas, aunque bueno es señalar, muchas de estas iniciativas fueron de carácter coyuntural que desaparecían apenas concluían los propósitos colectivos iniciales.

Hacia los años 70, jóvenes ávidos de cambio y, porqué no, idealistas, influidos por las luchas obreras y estudiantiles, conforman grupos de variada naturaleza, destacándose los de índole cultural y artístico, incluyendo la fundación de bibliotecas. Pero la nota amarga para muchos de estos grupos fue la persecución desatada por el Estado que veía subversión en aquellas iniciativas que no estuvieran bajo su control, interrumpiendo de esta forma procesos de autogestión.

Ahora bien, si Medellín hasta comienzos de la década de los 70 seguía siendo modelo para el resto del país, esta imagen se iba resquebrajando a su interior, lo que es evidenciado y propiciado por la crisis industrial que se manifiesta hacia 1974, agobiando de manera patética a gran parte de la población.

La disminución en la inversión, el cierre de fábricas y el despido de trabajadores en aquellas empresas que se modernizaban, agudizó el fenómeno del desempleo abierto o disfrazado. El paternalismo fabril que dominó en la industria antioqueña es abandonado para darle paso a nuevas concepciones administrativas más impersonales. El trabajo dejó de ser seguro, así como la vinculación de familiares. Esta inseguridad ha igualado en sus condiciones a los trabajadores con los deambulantes rebuscadores de los barrios para lograr su subsistencia.

Se rompió así la armónica continuidad sostenida y se creó un clima mental que, de una u otra forma, resquebrajó aquello que con orgullo se exhibía a través de los tres elementos que señalábamos arriba.

A comienzos de los años 80 confluyeron dos fenómenos complementarios: de una parte, la crisis de la industria nacional fue particularmente dura en Antioquia, puesto que afectó sectores asentados allí, especialmente el textil y el de las confecciones, elevando considerablemente los niveles de desempleo y el deterioro de los ingresos familiares.

De otra parte, el vacío creado por el agotamiento de la industria es llenado por el narcotráfico como una posibilidad de enriquecimiento rápido, cuyo único requisito era el arrojo, sostenido en parte por la necesidad. El desarrollo y las consecuencias de la aparición de esta nueva empresa, son conocidos por todos.

La confluencia de estos dos fenómenos, más la descomposición de los valores tradicionales, entre otros, permiten aproximar una explicación a la situación actual del Valle de Aburrá.

Particularmente en los barrios populares se vive el desarraigo, sobre todo en parte de una juventud que aunque no ha perdido la devoción, se ha desprendido de la iglesia tradicional y de los valores que agenciaba. El trabajo ya no significa un elemento incorporado a la vida. Estimulado por los medios de comunicación, se adora el dinero, mientras más fácil mejor. La unidad familiar se desajusta.

Frente a esta situación, y favorecida contradictoriamente por la crisis, se levantan alternativas y proyectos que recogen lo más decantado de la tradición pero con mirada de futuro, contraponiendo a los estigmas y estereotipos, una reafirmación ante sí mismos y ante lo demás.

El asunto no sólo compete a los habitantes de los barrios, sino que involucra a toda la ciudad. Y es por esto que no puede seguirse con la separación entre habitantes y trabajadores, pues ambos comparten su vida. Además, es necesario retomar algunas experiencias que han invocado la solidaridad entre los dos sectores.

Ahi está, por ejemplo, la participación conjunta en los movimientos cívicos, las operaciones canasta y mítines en los barrios frente a conflictos huelguísticos, la presencia de grupos organizados y artísticos de los barrios en carpas, la colaboración de los sindicatos a los diferentes grupos en cuanto al préstamo de sus sedes para reuniones, en la reproducción de hojas volantes o periódicos y hasta en la asesoría organizativa.

Estas y otras iniciativas van forjando una nueva ciudad, distinta a aquella que la élite construyó a su imagen, semejanza e interés y que hoy se quiere revivir nostálgicamente con la reedición de un mito que tiende a desaparecer: el de la antioqueñidad. Hoy está a la orden del día levantar una imagen de futuro que debe pasar por una crítica descarnada a ese mito y darle paso a la construcción de nuevos valores, reivindicando tradiciones que nunca fueron consideradas en las historias oficiales, haciendo hablar en primera línea la solidaridad, la lucha y el afán colectivo, la alegría y el bullicio populares, aun en medio de las adversidades, abriendo paso a nuevas y mejores posibilidades hacia una existencia humana más digna.

**COTIDIANIDAD
OBRERA**

William Román
Héctor Vásquez

TRABAJADORES, COTIDIANIDAD Y CULTURA

William Román*

Es indudable que realizar una reflexión de la vida cotidiana de los trabajadores, puede constituir una empresa particularmente tentadora. Tanto el carácter (supuestamente) audaz del tema, como preocupaciones actuales muy válidas, como son la humanización de los tiempos de trabajo, el ritmo de vida, la pérdida de la individualidad, el discreto pero eficaz papel de las iglesias en la vida cotidiana de los obreros, el malestar social, el descanso, el cuerpo, el deseo, el tiempo, el espacio, la familia, el amor, la soledad, las necesidades económicas, el goce, la pasividad, la eficiencia productiva, la creatividad, la sexualidad, etcétera, etcétera, incitan a explorar este tema de lo cotidiano con toda la naturaleza del hecho que se repite y volverá a repetirse y seguirá repitiéndose, como un designio casi siempre desconocido porque es como un hilo invisible que orienta, que dirige nuestras vidas. Un círculo vicioso de nunca acabar. Una repetidora que es el símbolo del martillo social, con que las instituciones productivas y sociales persisten sobre los seres humanos para encadenarlos al reino de la necesidad, al tiempo del trabajo para la sobrevivencia, al mundo de la seguridad económica.

Propuesta como ésta, nos lleva a pensar que la reflexión sobre la vida cotidiana debe fundamentarse en la historia material del modo de vida de los trabajadores. Apoyándonos

*Empleado de Siderúrgica, estudioso de las problemáticas tecnológicas, de asuntos laborales y sindicales.

en experiencias personales, en análisis históricos, psicológicos, antropológicos, sociológicos, proponemos como punto de partida el examen detenido de las relaciones del trabajador con sus semejantes y con la acción productiva, desde una doble relación metódica fundamental, que tiene su origen en el desarrollo de nuestra vida cotidiana. Se trata de la relación ordenada y precisa de la acción del trabajo con la interacción social unida, por un lado, a acciones reales, empíricas, prácticas y, por otro lado, a ideologías, que incesantemente intentan obrar sobre nuestras vidas, ya sea consolidando sus posiciones, o ya sea decantando nuestra práctica social.

Mediante el trabajo, el ser humano, tanto en su historia colectiva como individual, se relaciona con el tiempo. *El tiempo productivo* dirigido a beneficiar el crecimiento económico de la sociedad; y el tiempo no productivo, dedicado al crecimiento humano, al desarrollo integral como seres afectivos, juiciosos, cuerdos e imaginativos. Los empleos de estos tiempos, analizados de forma comparativa, permiten mirar que el uso de estos horarios crea problemas y fenómenos nuevos en la vida cotidiana de los trabajadores.

Si se clasifican las horas del día, de la semana, del mes, del año en tres categorías, observamos la primera característica de nuestra cotidianidad: *nuestra regularidad temporal* determinada por el reloj.

Esta división está determinada, primero, por el tiempo *obligado* (el de la funcionalidad alrededor del trabajo). Por ejemplo, los cambios de turno lo ponen a uno como hombre productivo a prepararse con varias horas de anticipación para asumir las tareas de la producción. Esto significa que para un turno de madrugada uno debe estar muy temprano en la cama para poder recuperar fuerzas, se debe estar muy temprano en el hogar para iniciar esta preparación. Esto, sin contar las horas que uno gasta en el transporte.

La segunda categoría es la del tiempo *socialmente disponible*; representa sobre todo una experiencia de vida relacionada con el de las exigencias diversas que están por fuera del trabajo pero que social e institucionalmente hay que ejercerlas: el transporte, las gestiones personales (fa-

miliares, estatales, formalidades, etc.). Este tiempo es una prospección de las necesidades personales (la demanda del consumo) y que forma parte de una práctica social: el consumismo, que brinda la posibilidad de un control detallado y de una intervención puntual de diferenciación, de depuración, de eliminación, de pedir información en cada momento de los actos que ejecuta y de las prácticas ideológicas (orden religioso) que en la cotidianidad se refleja en las creencias del más allá y en las fuerzas ocultas, de las que no hemos podido marginarnos (los adivinos, los mediums, etc.).

La suma de estos actos produce la escasez del tiempo, uno de los resultados del tipo de producción al que férreamente se plegó el mundo del siglo XX, que condujo a la sustitución del bien máspreciado e irrecuperable de que pueda disponer el hombre, por el más fantástico y fugaz: tiempo por dinero.

La tercera categoría es: *el tiempo libre* (el del ocio) que en estos momentos es una necesidad básica de los seres humanos.

Con esta división del tiempo observamos que el tiempo de la soledad aumenta. Va más de prisa que lo que aumenta el tiempo del ocio. El tiempo obligado y el de la soledad se inscriben en la cotidianidad y tienden a definir lo cotidiano por la suma de las obligaciones que recaen sobre el tiempo de los obreros. Aquí aparece uno de los fenómenos nuevos, de los que hacemos mención automáticamente, la entrada y salida del trabajo. Desde el momento en que suena el reloj, éste marca el ritmo del día y este ritmo muestra una actitud que es como un hilo conductor de direcciones: *es nuestra domesticación*. Nada más imperceptible que silenciosamente bajo el imperio de nuestros sentidos trastabilla bajo nuestros pies, y pocas veces se toma la palabra. Sin embargo, es la placenta misma de nuestra vida, es la cotidianidad.

Esta domesticación está representada por el espejo de la producción, tal como ésta transcurre en la fábrica: Primero está el contrato laboral, que hace de nosotros, los trabajadores, unos seres "libres" para escoger el lugar de nuestra esclavitud, pues la fábrica reglamenta con la pro-

ducción el día, y los días, "uno tras otro, son la vida." Luego viene la presencia del trabajador en la fábrica; a la entrada de los turnos, diariamente nos exigen despojarnos de nuestro nombre, para contablemente identificarnos con un número y productivamente poder cumplir con nuestro rol impersonal frente a la máquina: los ritmos de producción, el incentivo.

Las tareas a destajo también fraguan, con la cotidianidad, un tipo de obrero para el que el mundo son apenas cosas, y los seres somos seres pasivos, espectadores que sólo nos sentimos vivos en la mortal carrera con la máquina hacia un poco más de salario para así poder incrementar, a la larga, nuestro despojo. Esa actitud pasiva hace que con el ingreso salarial adicional crezcan las deudas y los problemas del consumo, y crezca también la infinita credibilidad en el azar y en el esfuerzo subjetivo, aislado de los demás, como fuentes de vida y de riqueza espiritual. Nada más despoblado que los atiborrados salones de producción de estas modernas fábricas; aquelarres de voces, ruidos, pasos de humanos; cuerpos que se consumen en marchas sin metas locuaces, vagabundeos del espíritu; pánico por la incertidumbre de los encuentros y los desencuentros, miedo a la espera, cobardía de los adioses; el obrero en estos salones, a diario, se encuentra sorprendentemente colmado de una insólita soledad en un salón de producción, que es en un turno un cruce de imágenes, de ideas gelatinosas, de esquemas de comportamiento; convergencia de destinos.

Los trabajadores no retornamos sobre nuestro pasado productivo, social, familiar, político: sólo tenemos presente, que es lo que nos permite redescubrir, individualmente, una soledad al filo de la incomunicación. Con esta incomunicación nos volvemos más repetitivos, nos preguntamos menos, y nuestra capacidad de asombro ante los fenómenos cotidianos del trabajo *se anulan*.

El nivel de la organización industrial actual se puede caracterizar como un régimen productivo de alta tecnología, muy mecánico en su desarrollo y que tiende a crecer con la organización misma. Este régimen productivo tiene sus bases ancladas en tres conceptos: a) la puntualidad; b) la

regularidad y c) los indicadores económicos tradicionales, profusos en cifras alentadoras como pilares de la magnificación de la competitividad, el rendimiento, la productividad, la calidad total, el programa cero defectos, etc. En sociedades como la nuestra, este nivel de organización opera con la desvalorización simultánea de las actividades no rentables como la lúdica, el descanso, la amistad, el trabajo doméstico, el recreo, el pensar, etc. Por el momento, vemos que el trabajo, con una extrema división de las operaciones productivas, continúa dominando la práctica de las relaciones sociales del mundo del trabajo. Esta *puntualidad*, esta *regularidad* nuestra es todavía trabajo cotidiano, es entrar en contacto con el mundo humano ya realizado, pues éstas son las formas tradicionales que se vienen aplicando en la industria: *nos mantienen satisfechos en la pasividad y en la ignorancia*, proporcionándonos una alegría y felicidad ilusorias que perpetúan nuestra inconciencia, nuestra maquinización, nuestra neurotización.

En el proceso del trabajo el hombre se sirve de instrumentos (las máquinas) que no son otra cosa que una articulación objetivada de nuestras propias energías y un multiplicador de nuestra actividad. Por esta relación, nosotros los trabajadores, casi siempre, carecemos de tiempo personal, de tiempo para sí. Esto nos sucede a todos: obreros, amas de casa, mandos medios, profesionales, secretarías, gerentes. Hombres y mujeres padecemos una enorme falta y pérdida de tiempo para vivir experiencias creativas: *el amor, la amistad, la emoción estética, la reflexión, la lectura, el baile, la maternidad, la soledad, el escuchar, el acompañar al otro, el envejecer, etc.* A esta situación pueden agregarse consideraciones de orden cualitativo que muestran un ritmo de vida liderado por la diosa velocidad que, en forma vertiginosa, construye un tiempo que aparta al hombre del único ideal de vida realmente humano: *el ocio*.

Precisamente, en la necesidad de interrelacionar los elementos de la actividad productiva (la creación de un mundo de cosas es muy poderosa), con los diferentes aspectos de la actividad humana (el pensar y el hacer de

las relaciones sociales) hace que esta interrelación sea fundamental en el proceso del desarrollo humano. Esta interrelación como actividad técnica absolutiza una sola de estas actividades humanas: *el trabajo*, que es el significado del esfuerzo del trabajador para obtener los medios económicos de subsistencia.

Esta actividad técnica es el trabajo mismo, es algo, es una cosa que los trabajadores obtenemos, y que nos permite existir, primero, como parte operativa de una organización industrial, es decir, como trabajadores, y, luego, como individuos ligados a los objetos físicos (*la producción*). Los procesos de trabajo para nosotros los trabajadores son un entrenamiento técnico para sostener una rutina temporal, mecánica, a costa de nuestra salud, de nuestra conveniencia y nuestra felicidad orgánica. Es allí, en la producción, donde se sufren profundamente las tensiones propias de la disciplina del trabajo. Este entrenamiento nos condiciona una apropiación del *propio ser natural humano* (el cuerpo, el tiempo, el deseo, el espacio, etc.) y esto se da porque nosotros los trabajadores siempre pensamos con las manos, y esto nos permite ejercer sobre el universo una acción muy limitada. No podemos actuar más que sobre lo que tocamos. De esta manera el trabajo es cotidiano y rutinario. Así, de esta forma, se expresa la cotidianidad al interior de la fábrica, frente a los demás trabajadores y frente al trabajo mismo. Es decir, la cotidianidad diseña desde entonces muchas de las facetas, de las características, de los símbolos, de los gestos que son el marco físico ambiental en el que desarrollamos nuestra vida y a la que nos hemos acostumbrado: *El proceso del trabajo*.

Para nosotros los trabajadores, lo cotidiano ha dejado de ser un hecho rico en subjetividad, o sea, la idea del hombre activo, creador, productor en el sentido amplio. Esta cotidianidad, por la acción de las relaciones de producción, también desaparece, para convertirse en objeto (objeto de la organización social). Por esto, el trabajo, se ha reafirmado, se ha consolidado, y por esta misma causa el trabajo se explota en forma racional: *es el espacio-tiempo*

de la autorregulación voluntaria y planificada. Es un objeto con grandes cuidados. Es el camino de la ideología pura.

Lo cotidiano se revela siempre como un hecho de repliegues, de vueltas que se dan alrededor de un centro común: *lo imaginario*. Este imaginario tiene esta función y la cumple a la perfección. Lo cotidiano se circunscribe, para nosotros los trabajadores, a un lugar común: *de la casa, al trabajo, del trabajo a la casa*. Así, la cotidianidad se desdobla. La casa representa la intimidad para el trabajador. Esta es la perfecta propiedad de un residuo de espacio y de tiempo. Se identifica también con la rápida y fugaz recuperación a través de los días, las semanas, **los meses, de la constante** fatiga. Esta es la cotidianidad perfecta: acompañada de la soledad del ser. Esta dura capa de la soledad sustentando el andamiaje de una cotidianidad que con el juego diabólico del olvido hacer rechazar la dicha de una calle ubicada entre el ruido y la violencia de una taberna, o de un teatro en el que, en su fondo, nadie siente lo que siente un cuerpo, en aprietos contra el telón. *Realizarse así es tener una vida sin historia, para todos nosotros este es el sentido; es la vida desprovista de sentido.*

También en nuestra historia individual y colectiva, los trabajadores hemos ido descubriendo la relación de nuestro mundo interior, el de los factores individuales (léase psicológicos), que está compuesto de tres partes: Primero, lo intelectual, o plano psicológico, que es el que tiene que ver con los estímulos. Segundo, el plano afectivo social, que es el referido a los sentimientos, a la relación con el mundo y los semejantes. Y, tercero, la parte correspondiente a lo corporal, y que está definida por el orden de la sexualidad. El trabajo como vivencia, como actitud, ha sido interiorizado por nosotros los trabajadores.

Esta sociedad del trabajo ha modificado la relación de nuestro mundo interior. El trabajo como actitud interior ha entrado a invadir la parte de lo intelectual, de la estimulación y ha hecho desaparecer esta condición a través de las presiones y represiones que se ejercen sobre nosotros, a todos los niveles, en todos los instantes, sobre todos los planos, incluida la vida afectiva y sexual. Esta acción de

invasión por parte del trabajo está orientada, en forma aparentemente inofensiva, mediante el juego de las coacciones hacia la vida familiar y en lo que toca a cada uno de nosotros.

La ley de la cotidianidad se opone así a una redistribución de los tiempos, y a una revaluación de las actividades humanas. Debe haber espacio suficiente para vivir cada etapa de la vida y cada dimensión individual y colectiva de los seres humanos.

Creemos que no es suficiente con advertir una determinada condición de nuestras necesidades. Tampoco es necesario crear confusión entre el concepto de satisfacción y el de saturación, pensando que una de las promesas del desarrollo económico moderno ha sido el de llevar a la humanidad a una situación de vida armónica y tranquila, equiparable a aquella de la arcadía o de la utopía con que desde siglos atrás se ha soñado.

Basta con que los trabajadores nos interroguemos: ¿Estamos contentos con este tipo de vida cotidiana que llevamos? ¿Qué es lo que más aburre a los obreros en su vida cotidiana? Paradójicamente, es algo que debería congratularnos, un engendro propio de la condición económica del trabajo (salario) y de la edad laboralmente activa: *el trabajo*.

¿Cómo nos hace aburrir? Lo primero es que en la casa, todo el mundo depende del irrisorio salario. Bueno, también hay compromisos, amistades y gente que uno conoce a la que hay que tirarle unos pesos.

La lista de las desgracias personales sería interminable, porque nuestra vida es una cadena de horrores.

Múltiples problemas de la vida cotidiana provocan el aumento de la sobreexplotación, porque éstos nos desmotivan aún más para trabajar. Si esto es cierto, ¿será mejor la satisfacción de las necesidades elementales, aun cuando para satisfacerlas se nos prive de algunas libertades, de algunas aspiraciones, desmesuradas para el control social, de algunas ilusiones de la subjetividad? Como sucedáneo de la carencia de tiempo, se construye un tiempo libre, también en descenso, que muchas veces sólo lleva al hastío.

Esto nos obliga a insistir, una y otra vez, en la urgencia de reconceptualizar el trabajo, la familia, el amor, la soledad, a fin de transformar su práctica cotidiana para hacerlos fuente de vida y enriquecimiento humano y no generadores de muerte y enfermedad. El trabajo y el ocio perdieron su noble significado para el libre desarrollo del potencial humano.

COTIDIANIDAD Y CULTURA EN LA FABRICA

Héctor Vásquez*

¿Qué sentido tiene iniciar una reflexión sobre la cotidianidad y la cultura obrera en la fábrica? ¿En qué consiste esta cotidianidad, cómo se expresa, qué aspectos de la cultura y de la conciencia de los trabajadores desnuda y qué importancia tiene para la construcción de una política sindical de los trabajadores?

Una indagación de esta naturaleza resulta de extraordinaria importancia cuando se tiene como objetivo contribuir a la formación de un sindicalismo nuevo, más fuerte y robusto, más incidente en la vida económica y política de la nación y en las empresas donde tiene presencia, capaz de aportar decisivamente a la formación de una cultura nueva, del trabajo y de la vida, que tenga al hombre y no al capital como el centro de su reflexión. Al mismo tiempo, este acercamiento a la vida cotidiana de las fábricas nos permite mirar, en los escenarios donde transcurre su lucha por la existencia, la cultura, las formas de pensar y los sueños que tejen los trabajadores día tras día.

Durante muchísimos años estuvimos presos de una forma de pensar que colocaba al proletariado, a los obreros de las fábricas, como la fuerza esencial o la vanguardia de un movimiento revolucionario que habría de transformar radicalmente todas las estructuras y toda la cultura de la sociedad capitalista. En este paradigma, el obrero fabril, en

*Dirigente sindical (Sintra-Polímeros) e investigador. Colaborador de la *Revista de la ENS*.

hay que agregar el que se invierte en la preparación para ir al trabajo, desde que se levanta hasta que sale de su casa, o en la recuperación y el descanso después de una agobiadora jornada de trabajo. ¿Cuánto tiempo diario resulta entonces absorbido por el trabajo?*

Lo primero que el obrero encuentra cuando ingresa al trabajo es un impresionante sistema de órdenes: tiene que marcar una tarjeta que deja constancia de su ingreso y salida de la fábrica; y tiene que someterse a todo un sistema de trabajo en cuya preparación él nada ha tenido que ver. Las pausas y los descansos están cronometrados; no puede ausentarse sin previa autorización; el ritmo y la intensidad los definen sin su participación; los ambientes son ruidosos, casi siempre por encima de los permitidos; está expuesto a polvos, humos o vapores, a altas o bajas temperaturas; las posturas son casi siempre incómodas; y constantemente está sometido a la vigilancia incisiva de los supervisores.

Son ocho horas o más de una actividad que se realiza mecánicamente, en la que el obrero no utiliza su cerebro, o apenas una parte muy pequeña; una actividad que lo desmembra por completo, que lo convierte en cosa, en apéndice de una máquina o en terminal de un proceso de trabajo controlado por otros.

Es en las pausas del trabajo en donde encontramos al hombre, no a la cosa ni al autómatas, en donde podemos saber qué conversa y cuáles son sus preocupaciones, en definitiva, donde nos permitimos acercarnos a su cultura. Esta parte la podríamos despachar diciendo simplemente que el obrero lo único que hace todo el tiempo es conversar sobre fútbol, o en charlas pesadas donde abundan las insinuaciones sexuales de una crasa vulgaridad.

En efecto, la conversación más recurrente entre los obreros en los sitios de trabajo es sobre fútbol: la primera media semana sobre el partido que pasó y la segunda mitad sobre el partido que viene. Es el tema que más conocen los

*La arqueología y la antropología modernas nos ha permitido saber que nuestros antepasados de la Edad de Piedra, hace miles de años, apenas dedicaban tres horas al día para la caza y la recolección de alimentos. HARRIS, Marvin. *Caníbales y Reyes*. Biblioteca Científica Salvat.

trabajadores, sobre el que más se informan en su mayoría. Entre lo poco que leen tenemos el periódico, y de éste su sección deportiva; y lo mismo con la radio, casi siempre sintonizada en los programas deportivos. Y cuando no están hablando de fútbol, el tema es el ciclismo, si hay Tour de Francia o Vuelta a España; o, para variar, no faltan los escándalos sociales o las noticias de policía.

Sin embargo, no son estos temas las únicas preocupaciones que afloran en las conversaciones de nuestros proletarios. También aparecen las referencias al bautismo o a la primera comunión de un hijo, conversación que nos muestra el lado religioso de los trabajadores, más interesados en el cumplimiento formal de ciertos ritos y en mantener una tradición que en la vivencia interior de la religiosidad. La otra referencia que se hace es a su esposa y compañera, a la que trata de "ministra", o también de "la fiera", en torno a la cual muestran una posición ambigua: sus posiciones van desde un profundo respeto y reverencia, que algunas veces trasluce temor, hasta actitudes despreciativas y de las más evidente cultura machista.

El tema de la política sólo aparece muy esporádicamente, casi siempre con ocasión de eventos electorales. Frente a la política la mayoría de los trabajadores demuestra una profunda indiferencia, pero también mucha desconfianza y escepticismo. En este sentido, se ha podido comprobar cómo los trabajadores son de los sectores que más se abstienen de participar en política y hasta se ufanan muchas veces de jamás haber "metido el dedo" por nadie en su vida.

En general, se podría decir que lo que más caracteriza la conversación de los trabajadores en la fábrica, y aun fuera de ella, es lo insustancial, lo intrascendente, la chabacanería y la superficialidad.

La mayoría de nuestros trabajadores poseen una escasa formación académica; sólo en los últimos años han empezado a ingresar a las fábricas obreros con el bachillerato completo y, más recientemente, con una formación tecnológica; pero todos ellos reflejando una pobre formación cultural. Muy pocos tienen hábitos de lectura, incluso

dentro de la dirigencia sindical, ni las publicaciones especializadas en asuntos sindicales, y éstas aún mantienen un carácter muy marginal al movimiento sindical. Pero esta limitación no es exclusiva de los obreros. El mismo fenómeno se observa entre los administradores y profesionales, la mayoría de los cuales tan sólo se interesan por leer aquellas cosas de su especialidad que apuntan a calificar su fuerza de trabajo.

Esta pobreza cultural que se vive en las fábricas tiene también otra expresión: se refleja en la ausencia casi total de expresiones artísticas. Valdría la pena intentar averiguar cuántos grupos musicales existen en el medio obrero, cuántos grupos de teatro, quienes están interesados en las artes plásticas, y cómo se podría ampliar el interés que la literatura y la poesía despiertan entre algunos trabajadores, tal como se refleja, por ejemplo, en el concurso anual que viene realizando la Escuela Nacional Sindical y Cotrasofasa.

Así, resulta que esta pobre cultura, que se expresa en la mayoría de nuestros centros fabriles, lo que está reflejando es hasta qué punto los trabajadores carecen de un pensamiento propio sobre la mayoría de los aspectos de su vida: No tienen, por ejemplo, una posición sobre el trabajo y sus fines, sino que aceptan fatalmente su condición de subordinados, rebelándose esporádicamente y solo de manera aislada y personal. Su criterio sobre la política es el del sentido común, manipulado por los políticos de turno y por quienes detentan el poder del Estado y de los medios de comunicación. Sobre el deporte y la cultura es también el poder de los medios de información, básicamente el de la radio y la T.V. Así, resulta que son simples consumidores de todo lo que les ofrezcan, y en este sentido son víctimas de todo el poder de seducción que tiene la sociedad de consumo.

Esta situación que estamos describiendo tiene su expresión también en la práctica sindical. La mayoría de nuestros sindicatos reflejan un muy escaso interés en los problemas de la cultura de los trabajadores: lo dicen sus boletines donde muy pocas veces aparece este problema; lo

muestran las sedes sindicales, la mayoría de ellas lugares feos donde lo poco que se encuentra para leer es un periódico y si acaso alguna revista de temas laborales. En este sentido muy pocos sindicatos realizan un esfuerzo serio por ofrecerle a sus afiliados el servicio de una buena biblioteca o de un lugar donde los trabajadores puedan escuchar buena música, o simplemente un lugar agradable donde se entren para tertuliar. Aquí hace falta un trabajo que promueva la transformación de las sedes sindicales en verdaderos centros de cultura, donde los trabajadores puedan ir a leer un libro, escuchar o hacer música, teatro, pintura, o simplemente jugar y conversar.

Resulta de una enorme importancia volver a detenernos a examinar la actitud de los trabajadores frente al trabajo. Ya hemos dicho que, el obrero realiza su trabajo de manera mecánica, que en él no pone su inteligencia ni su capacidad crítica. Esto ha sido así por la naturaleza misma del trabajo en la sociedad capitalista.

Marx definió el trabajo capitalista como el de la esclavitud asalariada. Dentro de la fábrica, el obrero es considerado como un elemento más del proceso de trabajo, como un simple apéndice de la máquina. El obrero no participa ni de su planificación inteligente y menos aún de sus resultados.

Toda la organización del trabajo, su ritmo, su objeto, sus fines, le son impuestos al trabajador y así lo asume de una manera fatal, como si fuera algo impuesto por la Naturaleza o por Dios. Este proceso enajenante aplasta al trabajador, lo subordina a cumplir unas tareas profundamente fraccionadas, repetitivas y monótonas, por lo que se pudiera decir que, en el trabajo, el obrero no piensa con su cerebro sino en sus manos. Este proceso termina inexorablemente embruteciéndolo, dejándolo sin ningún sentido para cualquier otra actividad que lo obligue a utilizar su inteligencia, su capacidad de pensar y de crear. Por ello resulta "natural" que el obrero renuncie a tener un pensamiento propio, en la fábrica y fuera de ella, y que su preocupación mayor sea simplemente la de "matar" el tiempo de cualquier forma, ya sea jugando a las cartas.

viendo la T.V. o durmiendo. Su única preocupación con relación al trabajo es mantenerse en él, que no lo vayan a echar, porque el trabajo le permite el salario con el que se mantiene él y su familia. Así el salario viene a constituirse en la cadena invisible que lo ata al capitalista y por el cual acepta perder día tras día su libertad.

Frente a este fenómeno hace falta que los sindicatos y los trabajadores replanteen los objetivos y el carácter mismo de la lucha sindical. El movimiento social de los trabajadores está en condiciones, objetivamente, de aportarle al conjunto de la sociedad elementos valiosísimos que signifiquen estados de mayor democracia, de libertad y de civilización.

Hay una pelea que está por darse al interior de todos los lugares de trabajo y en particular en las fábricas. Es la pelea por la inteligencia, por la libertad y por la humanidad del trabajo. Es necesario que los sindicatos y los trabajadores empiecen a comprender que la organización del trabajo también es asunto propio, que tenemos que incidir en la planificación del trabajo en su ritmo, en sus asuntos tecnológicos; que el trabajo no tiene que tener como fin la revalorización del capital ni el afianzamiento de su dominación sobre todas las actividades vitales del planeta; que el trabajo tiene que estar al servicio del hombre, para que éste satisfaga sus necesidades vitales y afiance su libertad; que lo que se fabrique y se haga obedezca a necesidades vitales de la humanidad o sirvan para mejorar sus condiciones de vida, a través de la fabricación de objetos hermosos, finos, duraderos, que no entrañen un daño a la naturaleza ni deterioren el medio ambiente; que el trabajo, finalmente, sea una actividad consciente, inteligente, libre, realizada en condiciones de autonomía y de democracia.

**FUTBOL
Y SABER POPULAR**

Alexis García
Gonzalo Medina
Guillermo León Zapata

JUGAR BONITO, JUGAR BIEN Y GANAR

Alexis García*

Vengo a hablarles un poquito del saber popular y el fútbol, con base en mi experiencia como jugador de fútbol, tanto a nivel aficionado como profesional, y lo que ha influido la sociedad en mí y lo que he influido yo con mi fútbol en ella.

Quería comenzar con un escrito que leí hace poco de Mario Benedetti y que se llama "Esa amnesia llamada fútbol"; esa amnesia que algunos la quieren volver alineante para la gente que asiste al estadio, donde nuestra labor es precisamente tratar de que no sea eso, sino tratar de seguirle dando a la gente la posibilidad de volar, de elevar la mente a otras cosas, a otros placeres que precisamente nuestros gobernantes luchan por quitárnoslos. Nuestro trabajo es tratar de que la gente supere un poquitico ese show del ministro Hommes, que superen esos diálogos en México de nunca acabar, y todos esos otros en donde yo creo que hay más piscina y fotografía que diálogo; de tratar de que termine esa voladura de oleoductos, esos racionamientos y ese desgüeño administrativo de que sufrimos. Esa es nuestra labor y creo que es en eso en que tenemos que aportar, pero también ustedes que son parte del espectáculo que nosotros hacemos. Yo no quiero que el jugador de fútbol sea un payaso de un circo, como lo describía alguien, que simplemente va a distraer, a distraer para que la gente

*Futbolista profesional, capitán del Club Atlético Nacional de Medellín.

después de un partido, enloquecida y ya sin voz, borracha, no le quede tiempo de reclamarle a quien realmente le tiene que reclamar por lo que él ha producido.

Mario Benedetti empezaba así: "El fútbol es un deporte de interés para todas las capas sociales y es quizás el único nivel de nuestra vida ciudadana en que el acaudalado o el político no tiene a mal hermanarse en el alarido con el obrero o abrazarse con él en la celebración de un gol o de un título, pues el fútbol nos permite esa mentirosa igualdad.

"Allí no hay privilegiados, todos posan democráticamente sus caderas en el duro cemento igualador. Todos gritan gol, todos denuncian out side, todos agravian al juez o a los jugadores. Pero cuando suena el pitazo para finalizar el partido se reestablecen las distancias sociales, ahí volvemos todos a volver a tener los mismos problemas: los que debemos la carne en la esquina, los que vamos a ver cómo compramos el mercado o cómo pagamos los servicios; volvemos a ser los mismos, los que nos tenemos que ir después de un partido de estos en un bus apretujados, cuidando el reloj, otros tratando de conseguirlo.

Y, al contrario, algunos salen en un Mazda, cómodos, con aire acondicionado, pagan su plata en el parqueadero y llegan a su casa, a la comodidad y al confort de siempre. El fútbol nos brindó en un momento dado esa igualdad que después nos la quitó ese pitazo final. Pudimos volar 90 minutos, pudimos elevar nuestra mente 90 minutos y yo creo que eso fue algo, eso fue algo porque de todas maneras tuvimos ese momento para sanear nuestra mente, para sanearla de todo lo que habíamos comentado, que habíamos visto en los periódicos y en la televisión que parecen más películas de vaqueros que noticieros y que informaciones.

"El fútbol es como tal un canalizador de violencia. Esa amnesia que producen los domingos de fútbol —dice Mario Benedetti— que hace olvidar las promesas incumplidas y las alzas constantes. Es mejor para los gobernantes que el público se agarre con el árbitro que no con ellos. Es una

violencia que tiene permiso para pegar en el travesaño, pero que obligatoriamente debe salir desviada".

Esto me parece muy bonito y muy real. Desde que estoy en el fútbol siempre he luchado porque éste fuera diferente a eso; eso es una realidad, pero siempre he luchado por chocar un poquito con aquellos que nos tiene sin luz y, a veces, sin luces mentales, pues sufrimos apagones del cerebro que son los más graves y contra los cuales debemos luchar por superarlos.

Yo empecé en el fútbol siendo un pelao bastante pobre económicamente, de espíritu no. Jugaba en el barrio todos los partidos que resultaran, nos juntábamos en una esquina a oír música. Por ahí decimos que buen futbolista es buen bailarín. La salsa es un estilo de música que es inherente al fútbol: el 95% de los jugadores profesionales son aficionados a la salsa o es la música de su predilección. Yo creo que eso mismo se refleja en la cancha, algunos nos demuestran que son buenos bailarines porque mueven las parejas a las patadas; otros tratamos de moverla suave, como se debe tratar a las parejas.

Dentro de ese ambiente de pelaos nos creamos algunos resentimientos porque la misma pobreza nos ponía como obstáculo a nuestros padres, porque no tenían con qué comprarnos un balón o con qué mantenernos los zapatos que rompíamos bastante seguido; los mismos que teníamos que tapar a punta de betún para ir al colegio y no acomplejarnos. Luego nace la idea del balón —que hasta lo hacía uno mismo—, la de los partidos, el repudio de los vecinos; hasta llegar a la representatividad del barrio, cuando uno logra ser jugador destacado. Y, ahí, esos vecinos que nos rompían los balones y nos los quitaban, son los que ahora nos saludan con mucho más cariño, son los que comentan que les debemos mucho a ellos de lo que hemos logrado. Es lo que nos pasa con los políticos: cuando Lucho Herrera gana o Colombia logra algo, hay que ir primero que todo al Palacio de Nariño, para que la gente aplauda aunque sea una vez en el año al Presidente.

Sigo escalando posiciones como futbolista y llego a la Selección Antioquia, que creo que es el mejor equipo del

mundo, y de ahí tengo la posibilidad de pasar a un equipo profesional. Y les voy a contar una experiencia: Llegué a un equipo de Manizales, a una ciudad donde les gusta el buen fútbol, donde la gente pregonaba primero la diversión, pero llenan su fútbol de jugadores y de técnicos argentinos; y estos argentinos llegan a Colombia con la idea, primero, de que nosotros somos indiecitos todavía, con taparrabo, y segundo, de que las mujeres están todas a su disposición. Y empiezan a encontrarse con situaciones bastante diferentes hasta llegar al fracaso.

Es que hemos tenidos técnicos que han logrado éxito relativo en Colombia, no estoy en contra de ninguno de ellos, felicito a Zubeldía, que en paz descansa, pero que no le han dado identidad a nuestro fútbol, y donde no nos hemos sentido ganadores. Porque cuando Colombia ha nacionalizado jugadores para que estén en la Selección, o cuando Nacional logró títulos con Zubeldía, o cuando el América gana algo —y no estoy en contra del América ni de ninguno de sus hinchas—, yo me doy cuenta de que la gente no se siente ganadora, no se siente participe de ese triunfo porque no sienten que es triunfo de ellos: es un triunfo que le dio "El Polilla" Da Silva, o una gran jugada de Balbis. Yo no estoy en contra de la apertura del Presidente ni de la apertura del fútbol ni de ninguna otra apertura. Pienso que a los buenos hay que traerlos a que nos enseñen y a que nos muestren otros caminos; uno siempre tiene que aceptar todos los caminos, pero si son buenos caminos. Es que ya no estamos en la época de Colón, cuando nos traían espejitos y nos los cambiaban por kilos de oro. Nosotros ya sabemos el valor de las cosas.

Creo que a partir de que salí del Cristal Caldas y llegué al Nacional —eso fue en enero de 1987— creo que Colombia adquirió identidad. Cuando empezó este proceso de los puros criollos, este "veerde" se metió a la fábrica, a los baños de la casa; se metió como canción de los padres y los niños en sus kinders. Yo creo que Nacional se metió a todos los rincones de los hogares porque era lindo uno ver, después de ganada la Copa Libertadores, ancianas que no tenían ni idea de que el balón era redondo, salir a gritar a

la calle: "Veerde". O ver pedir autógrafos a niños de uno o dos años, o con una banderita, o ver a esos dos muchachos del año pasado, Juan Gómez y Echeverry el otro gobernador, abrazados en la mitad de la cancha. Yo creo que esas son las cosas lindas que nos brinda el fútbol.

Dentro de eso, creo que Nacional, que es lo que conozco —Medellín también me ha gustado mucho—, ha tenido la posibilidad brindar con ese fútbol nacional una identidad a la gente; y hacer que la gente de las fábricas se sienta valorada, ella misma capaz de exigir, capaz de mirar a la cara al patrón, de pedir lo que le corresponde; así como Nacional es capaz de ir a Asunción y pedirle a Olimpia lo que le corresponde; así como Colombia es capaz de ir a Wembley y sacar un empate y gozarse, como decimos, a los ingleses, mejor comidos desde niños, mejor alimentados, hasta mucho más pispos para algunas. Yo creo que eso le da la posibilidad al mismo obrero de darse cuenta de que es capaz de muchas cosas. Lucho Herrera nos demostró que a punto de aguapanela se podía ganar una Vuelta a España. Y tenemos con qué: Nacional y algunos otros deportistas son ese ejemplo de que podemos salir, que tenemos cosas propias que nos hacen grandes y que no solamente nos hacemos famosos por el narcotráfico, con las bombas y la guerrilla; sino que tenemos gente representativa y que como éstos podría ser cualquier colombiano: gente regularmente salida de abajo, gente del pueblo, gente pobre, gente que se ha superado y que se ha levantado. Y que a través del fútbol, ha logrando poner su mente en un estado superior.

Antes salíamos a jugar con los equipos europeos, o no tan lejos, con los brasileros o argentinos, y nos pegaban un grito y nos bajábamos. Salían con unos guayos así de tacos, pisoteando, y nosotros: "ya nos mataron". Y decíamos que si perdiáramos 5 a 0 estábamos muy bien. Ahora no, ahora ya sabemos que vamos a ir a ganarles y que tenemos con qué. También hemos conseguido esos guayos grandes, mucha más fuerza anímica y hemos adquirido la capacidad de ir a enfrentar al que sea y darnos cuenta de que somos capaces, así como los obreros son capaces, no solamente

de pagar un televisor a cuotas, sino ahorrar un poquito y, de pronto, pagarlo de contado; y poder conseguir muchas más cosas, y llegar a cosas mucho más grandes.

Yo creo que esa es la posibilidad que nos da el fútbol y que nos ha dado el proceso de identidad y nacionalización que ha tenido, valga la redundancia, el Atlético Nacional. Y dentro de eso hemos demostrado que el fútbol no se puede ver de infarto: el fútbol hay que verlo como una diversión. Yo pienso que muchos periodistas utilizan muchos conceptos: *pré-sing*, zona, hombre a hombre, y estoy seguro de que mucha gente no sabe qué es eso; yo a veces tampoco lo sé. Yo pienso que el fútbol sigue siendo un juego y eso es lo que hay que transmitirle a la gente. Como capitán de Atlético Nacional, siempre en mis declaraciones y en mis conceptos en grupo he tratado de vender esa idea. Eso sí, no traicionarla: uno no puede ofrecer pizzas y de pronto ir saliendo con empanadas, porque no le van a comprar. Hay que tener siempre el concepto de que como uno vive tiene que jugar; pero para jugar bien primero hay que vivir bien. Yo no puedo vivir agarrado en mi casa y entrar a la cancha a jugar bonito.

Ese jugar bonito me recuerda otro concepto de mi amigo: "jugar bonito, jugar bien y ganar". Esas eran cosas que no eran compatibles. Para los periodistas eso era el agua y el aceite y también para algunos técnicos, sabios del fútbol. Y creo que nosotros hemos demostrado que no: se puede jugar bien, se puede jugar bonito y se puede ganar. Porque yo creo que si uno tiene el balón, que es el elemento de diversión, y se divierte con él, regularmente va a ganar, porque creo que nadie va a salir a divertirse en un juego y divirtiéndose va a perder, hay contadas excepciones en las que se da. Pero como en el fútbol son tantos partidos, esas contadas excepciones son muy poquitos partidos perdidos y muchos ganados.

Entonces yo sigo sosteniendo que el fútbol es un juego en el que hay que divertirse y divertir. Creo que la gente de Medellín ha aprendido a divertirse con el fútbol, ha aprendido a divertirse con el Nacional, y ha aprendido a ganar, no a perder. Yo considero que aprender a perder no es

bueno, pero hay que aprender a aceptar también que hay gente que se prepara para ganar. Las zancadillas no solamente las meten en la política ni en el gobierno, las zancadillas también las meten en el fútbol y uno tiene que aprender que hay gente que le mete a uno zancadilla. Las zancadillas son ilegales, pero a veces se gana ilegalmente. Pero sigo sosteniendo que el fútbol es un deporte recreativo, para verlo destensionadamente y con alegría, para soñar con él, para salirse un poquito de toda esa realidad jodida que tenemos, y donde cada uno tiene su grano de arena que aportar para salir de ella.

Alguien decía que es muy difícil estar en el lodo de frac y no enfangárselo y no untarse. Hay que luchar al menos por limpiar el lodo y por tratar de salir. En el fútbol, nosotros hemos aprendido a salir de él, hemos aprendido a remontarnos un poquito sobre la mediocridad de algunos que, cuando logramos superarlos, se quieren pegar aunque sea de la rueda de atrás, corriendo el riesgo de estrellarse.

Muchas gracias.

FUTBOL Y SABER POPULAR

Gonzalo Medina*

El presente trabajo pretende mostrar que en la práctica del fútbol se expresan elementos referidos al concepto del saber popular. Tal categoría puede entenderse como el conjunto de ideas, creencias y actitudes que hacen parte del comportamiento del hombre y que no siempre están determinados por el conocimiento científico.

Lo anterior significa que tal relación (saber-fútbol) está inmersa en el fenómeno cultural, debido a que se inscribe dentro del marco de la conducta. Pero, al mismo tiempo, debe reconocerse la influencia de factores económicos, sociales y políticos, porque el hombre también es expresión de las relaciones de producción que se establecen en una sociedad; está en el centro de las contradicciones de clase y, por tanto, se mueve en el juego de la lucha por el poder.

El deporte para el hombre se constituye en una necesidad básica, igual que el trabajo, debido a que el ser humano conforma una unidad integral en su desarrollo. O sea que el deporte es otro campo de realización porque su práctica representa una expresión más de lo que es el hombre como ser social e individual; es decir, la actividad deportiva permite reflejar una conducta, un temperamento, una concepción de la vida y del mundo. El deporte es, por ende, otro espacio para la práctica de la libertad.

En este trabajo confluyen dos situaciones que le dan sentido al mismo: Que la imagen que a nivel internacional se tiene del fútbol suramericano, definido y reconocido por

*Periodista y comentarista deportivo de la ciudad de Medellín.

su picardía, habilidad y creatividad, a diferencia de otros esquemas, sobre todo europeos, caracterizados por la fuerza, por la presencia de un atleta futbolista, en cierta medida es una respuesta a las condiciones físico-atléticas propias de los pueblos de esta región.

Ese fútbol habilidoso es la expresión de una serie de limitaciones corporales —talla, peso—, las que a su vez tienen explicación en el proceso de surgimiento y desarrollo de las comunidades latinoamericanas de origen indio, mezcladas luego con los españoles y, en menor escala, con otras razas europeas y africanas. Pero, al mismo tiempo, la tipología del hombre latinoamericano es también la resultante de las condiciones materiales de vida de estos pueblos.

El atraso, la dependencia, la explotación, el sometimiento a potencias extranjeras, el saqueo de recursos, entre otros factores, han generado problemas de subdesarrollo a todo nivel —incluido el individual—, expresado en la desnutrición, la mortalidad infantil, la insalubridad, la subalimentación, etc.

Pero también a su vez esas condiciones materiales de vida han generado una actitud mental en nuestras comunidades, ligada a la lucha por la subsistencia individual y familiar.

Es común entre nosotros el famoso rebusque. Ese esfuerzo cotidiano por asegurar lo del día, haciendo lo que haya que hacer, sabiendo que es fugaz la duración de ese quehacer y que por tanto hay que ir pensando en el siguiente trabajo que permita continuar en el rebusque.

Y como el hombre es una unidad de pensamiento y de acción, toda esa mentalidad de luchar por sobrevivir le hace desarrollar al máximo toda la creatividad inimaginable que se refleja en otras prácticas sociales del individuo, como es el caso del deporte y, más específicamente, del fútbol.

Para César Luis Menotti, la práctica masiva del fútbol en Latinoamérica se debe a que es un deporte barato, que puede jugarse con la pelota más rudimentaria: de trapo, de papel, y que al mismo tiempo se constituye en un deporte colectivo que propicia la socialización de los hombres.

Menotti agrega que las características de habilidad, toque, creatividad y gambeta propias del futbolista suramericano, no son más que la expresión de esa lucha por la subsistencia que diariamente tiene que afrontar.

En el caso de la práctica del fútbol —ante la ausencia de canchas adecuadas— debe jugarlo en las calles y, por ello, tiene que eludir toda suerte de obstáculos: carros, postes, huecos, caños, traseúntes y árboles. Al mismo tiempo, esa práctica del fútbol se constituye en una respuesta (aunque puede serlo inconsciente) a unas condiciones de opresión, de explotación y de negación de libertades.

Es la posibilidad de testimoniar una manera de pensar y de sentir a través de un diálogo con el balón que es mediado por un ritual colectivo de once voluntades, once sentimientos, así estén dispersos en una cancha y en torno de la cual convergen miles de miradas que buscan una identidad afectiva, también mediada por el balón.

"El fútbol pasa a ser, para ese chico del que hablaba, un medio de expresión, un modo de ser. El fútbol le permite, como me permitió a mí o a vos, expresar una manera de vivir..."

"El fútbol le exige a un chico ingenio, picardía, las mismas dotes que debe utilizar para sobrevivir en la calle..."

"Un equipo de fútbol siempre identifica algo: una barriada, una esquina o, más simple todavía, un grupo de amigos. No importa la trascendencia que esto tenga. Y en una sociedad como la nuestra, donde las clases trabajadoras viven presionadas, sin alegría de vivir para algo más que un plato de comida, el fútbol se convierte en el medio idóneo para experimentar algo tan importante como es el orgullo..."

"El jugador, sin darse cuenta, sin proponérselo y hasta sin imaginárselo, comienza a sentir el halago de la representatividad. Primero la del barrio, cuando juega contra los de otro barrio; después en el baby-fútbol y así, paulatinamente, se va sintiendo importante, se va sintiendo persona..."

"Porque no hay otra manera, no ya de jugar al fútbol, sino de vivir, que no sea para la alegría. No hay nada más desolador que ver a una persona trabajando en una cosa

que no le guste y, para colmo —como ocurre realmente— sin participar de sus beneficios. Por eso vemos llegar a los obreros malhumorados a las fábricas; y el jugador debe entender esto; es básico para su vida saber para qué juega y para quién juega. Eso es lo que debe preguntarse y responderse..."

"Sí, es un deporte —y habla del fútbol— que permite una participación sin exclusiones. Me explico. Al fútbol pueden jugar todos, en principio. No hay medidas, pesos ni tiempos excluyentes... en fútbol el único criterio para «medir» a un aspirante es el talento, cosas que no pueden ser juzgadas a priori con relojes o cintas métricas. Un gordo bajito, que le pega con una sola pierna y no salta a cabecear, puede ser Puskas, Sibori o Maradona."

A nivel más nuestro radica el otro aspecto que trata de darle coherencia a este trabajo: la irrupción del fútbol colombiano en el panorama mundial, la adquisición de una identidad propia pero determinada por las mismas características de diversidad social, económica y cultural. Es un fútbol que parte de reconocer que la manera de jugar no es otra cosa que la forma de vivir, de pensar y de sentir propios de un individuo o de una comunidad. "Como se vive se juega", es la frase con que Francisco Maturana sintetiza la filosofía de esta nueva propuesta futbolística. De allí se explica el espacio de libertad que se le reconoce a cada jugador cuando se trata de asumir su papel en la cancha; se quiere evitar que el futbolista se adapte al esquema y, por el contrario, sea éste el que se defina a partir de los jugadores. Es un fútbol que tácticamente se define sobre el concepto de sentido común: "Si tenemos el balón todos atacamos, si no todos vamos por él". O sea, que no se plantean esquemas defensivos que castren la posibilidad de crear y atacar, como tampoco de impedirle jugar al contrario.

"En las conversaciones sobre fútbol, uno siempre está en pleno aprendizaje, pues la ciencia del balón no se encuentra en los libros... el fútbol está en el mismo fútbol, en la posibilidad que uno tenga de estar conversándolo y ejercitándolo con la gente que lo practica a diario..."

"Lo importante es siempre estar dispuesto a aprender, saber escuchar, vivir en predisposición de buscar, porque uno puede ir a un campo de fútbol sin el propósito de mirar y, entonces, pasa el tiempo sin beneficio distinto al de recrearse con el espectáculo..."

"Menotti me dio un consejo sumamente válido: «Vos, Maturana, olvidáte de la dinámica y más bien reforzá tus valores. Usá lo que tenés autóctono, pulí esas raíces de buen juego que les ves a los colombianos y convertite en un estandarte del fútbol colombiano...»"

"La dinámica la traen los jugadores en su rapidez mental. De la misma manera como viven, piensan, juegan... «Cuando los talentos caminan en la cancha, probablemente están pensando» (Menotti)".

"Ahí empecé a desmontarme de ese problema que yo mismo me estaba fabricando y más bien opté por aprovechar la cantidad de lentitud talentosa que había en la selección y en general dentro del fútbol nacional. Nuestro "caminadito" nos debía permitir siempre hacer la pausa para pensar, para guardar energías, para salir de ese parpadeo a hacer diabluras con el rival..."

Para el pedagogo Humberto Quiceno, la Selección Colombia sintetiza en cierta medida la identidad cultural de nuestro país, la misma que se expresa en el tipo de fútbol que practica. Al mismo tiempo se trata de una selección y de un fútbol que se unifica o se construye sobre la diferencia, sobre el reconocimiento a la diversidad y, por ende, a la tolerancia, una de las urgencias éticas que reclama la sociedad colombiana frente a los conflictos que la golpean.

"El fútbol actual ha nacido de la derrota, de la forma como se le enseñó a pensarla a los jugadores por estos tres técnicos (Bilardo, Ochoa y Zubeldía). Dicho de otra manera, el nuevo fútbol surgió de la victoria sobre la muerte. De la larga agonía del América hasta Ochoa; de la estela de sufrimientos de las selecciones hasta Marroquín; de las desapariciones de Zubeldía y Bilardo, sobre todo del primero al que le debemos reconocer como el que transformó todo el juego del fútbol en Colombia..."

"Ha habido selección nacional, pero una selección completamente desconocedora de la relación técnica-grupo-etnia. Caso contrario ha acontecido con el fútbol amateur o las selecciones locales. Este fútbol debe su éxito, no a los dirigentes, sino a la fuerza del barrio, de la barriada, del negro, del morocho, del marginal, del provinciano... el fútbol antioqueño ha surgido siempre como un argentino no porteño, es decir, mestizo. El Valle ha tenido su fútbol, sus negros, su juego largo, veloz, rápido y técnico; fútbol, pues, de negro. La Costa en su estilo, fuerte y técnico, corajudo, de garra, pero un fútbol de negros (y de negros-monos)... Se ve, pues, una identidad en el juego aunque no se ha valorado el grupo y la etnia, más bien éste ha funcionado como una pequeña distinción."

Se trataría, en este caso, de identificarse con la... cultura regional, la identidad étnica y de grupo y las características de las regiones..."

"...Con Maturana la Selección quiso modificarse como él hizo en el Nacional, no sólo pensando en los jugadores criollos, sino en la forma de resolver el problema étnico y técnico... No hay que entender que Maturana juegue a lo paisa, o a lo negro o a lo costeño; Maturana integra lo paisa-negro-costeño en torno al pueblo-barrio; marca el juego en coordenadas espacio-temporales y con unos signos locales. Con la Selección el pueblo existe realmente, no porque salgan a la calle a vitorear los triunfos, sino porque el pueblo es una categoría real, presente en el juego de la selección".

Sí podemos afirmar, por lo tanto, que el fútbol es un fenómeno social y cultural, entendiendo por tal todo lo que el hombre piensa, produce, crea, etc., entonces nos atreveríamos a afirmar que hay un saber no científico, más ligado a la cultura, expresado en la práctica del deporte y especialmente del fútbol.

Se trata de un saber popular, espontáneo en apariencia, pero que determina actitudes, conceptos, creencias y actos en el individuo.

¿Qué es lo que hace que —a juicio de Quiceno— en la Selección Colombia, en su fútbol, se reflejen temperamen-

tos o idiosincrasias regionales, la reflexión y técnica paisas; la alegría y la fuerza de la gente del Pacífico? ¿Qué relación existe entre el entorno familiar, barrial, regional en que se forma el individuo y una determinada manera de pensar, sentir, creer y, en este caso, de practicar un deporte llamado fútbol?

FUTBOL E IDENTIDAD CULTURAL

Guillermo León Zapata*

Uno de los principales reformadores del fútbol en Colombia fue Luis Alfonso Marroquín, por allá a mediados de la década de los 80. Y tenía que ser él por una razón bastante sencilla: estuvo trabajando durante mucho tiempo con una escuela de técnicos yugoeslavos, con Vidinic, con Popovic, con Tosa Becelnovich, todos ellos técnicos de equipos colombianos. Estos señores trajeron propuestas de trabajo europeas para equipos de culturas muy diferentes.

Sus tácticas, estrategias y orientaciones disciplinarias no recogían, de ninguna manera, la forma de vivir, la idiosincracia, la cultura, el accionar cotidiano de los jugadores colombianos. Y Vidinic y Tosa y Popovic y todos los otros técnicos foráneos encontraron en este país una realidad muy diferente. Y claro, los equipos no dieron resultado. Las selecciones nacionales hasta 1985, con muy pocas excepciones, fracasaron.

Marroquín anduvo al lado de Vidinic durante mucho tiempo y pudo percibir esos problemas que tenía que empezar a resolver sobre la base de un ejercicio específico, orientando un equipo de fútbol, una selección nacional, y con los mismos recursos de un Vidinic, que tuvo selecciones con jugadores de la Costa Atlántica y de la Pacífica, con jugadores de Antioquia, del Chocó, de Bogotá, del Valle del Cauca, de Santander y del Norte de Santander.

Luis Alfonso Marroquín, con un criterio nacional, de ninguna manera antioqueño, y develando todo lo que no

*Periodista, comentarista y redactor deportivo de la ciudad de Medellín.

había podido develar Vidinic, empezó a trabajar con sus equipos sobre la base de las regiones, rescatando de cada una lo que efectivamente podían aportar para un seleccionado nacional. Pero esto apenas fue un principio. Sin embargo, fue el aporte inicial para una escuela que indudablemente se consolida hoy en día en Colombia y el mundo.

Y vale la pena hacer también una reflexión: el fútbol que hoy en día practica Nacional, Medellín, la Selección Colombia Juvenil, la Selección Colombia de Mayores, y también ahora el América de Cali, es un fútbol que, si bien es nacional y rescata el aporte de cada una de las regiones del país, también es un fútbol que tiene un aporte universal. Es la corriente Arrigozach, la corriente Fabio Capelo, la corriente de Menotti, la corriente de Maturana, la corriente de Nelson y de Hugo Gallego.

Maturana integra lo regional, lo nacional y lo universal; integra la calle con el mundo. Y ahí es donde aparece una serie de conceptos en el fútbol Maturana, conceptos que escuchan ustedes a diario en la radio, que leen en la prensa y que son manejados por nuestros periodistas cotidianamente, pero después de Marroquín, y mucho más ahora con Maturana, con los Gallego y con Hernán Darío Gómez. El concepto "*prestig*", el concepto "*zona*", "*portero libero*", "*juego bonito*", "*jugar bien*", "*jugar colectivamente*" y aquello de un partido hecho única y exclusivamente para once. Todos esos términos son los que le dan esa relación popular con el fútbol: ahí es donde encontramos la relación. El interpretar qué quiere decir cada uno de estos técnicos en una cancha de fútbol con relación a lo que hizo en algún momento en la calle, en la barriada. Y lo que se hace efectivamente en un partido frente a Alemania en un torneo mundial.

El "*prestig*", un concepto universal, nos hace recordar aquellos partidos en la calle en donde todos siguen la pelota, en donde los niños, e incluso los jóvenes, todos van detrás de ella, todos quieren cogerla, todos quieren tener la pelota. Esto es, indudablemente, un elemento vital para la concepción que hoy en día se maneja sobre el fútbol.

Si la pelota no se tiene, no se pueden hacer goles; hay que tener la pelota, hay que buscar el balón. Y así lo entiende el Nacional y así lo entiende la Selección Colombia y los equipos que tienen esta forma de jugar diferente, todos los jugadores están atrás el balón, no exclusivamente atrás el adversario. La marcación a presión, la marcación en zona son parte de una concepción filosófica, así el fútbol llama a que los jugadores entren a una cancha a buscar al rival, a cuidarlo. Esta concepción, la del juego bonito, la del juego productivo, la de jugar bien, es la que efectivamente reclama el balón como elemento fundamental.

El juego bonito tiene que ver también con ese elemento primario, lúdico y recreativo de los jugadores de barriada: jugar para gozar, jugar para divertirse, jugar por satisfacción. Pero, además, como estamos ahora jugando competitivamente, se necesitan los dos puntos, se trata del fútbol de alta competencia. Ese es el otro elemento importante que reclama este nuevo fútbol colombiano, esta nueva propuesta: jugar bonito pero jugar bien. Y jugar bonito y jugar bien implica disponer en una cancha de fútbol once jugadores, que se recreen con una bola de fútbol, pero que a la vez que se están recreando consigan el rendimiento positivo que es ni más ni menos que hacer goles y sumar puntos, para que efectivamente todo lo que esté buscando el técnico y su grupo de jugadores se concrete.

Hay otro concepto que se ha manejado universalmente, pero que se puso más de moda cuando apareció René Higuita, el portero libero. Muchos se atrevieron y se atreven a plantear que, luego de aquella fatal jugada de Higuita frente a Camerún, cuando Milla le roba un balón y concreta el segundo gol, es la muerte del portero libero o de Higuita como jugador. De ninguna manera. El comportamiento de René Higuita no es esnobista y hay que entenderlo así. Este comportamiento hace parte de esta manera de jugar, de este fútbol nuevo y moderno de Maturana, de este fútbol revolucionario.

Halo Schumagger, el portero de la selección alemana de fútbol, bastante controvertido en su país, porque tiene una reflexión diferente de cómo jugar, plantea en su libro 'Tar-

Jeta Roja", que él como portero se siente aprisionado por las redes y que por eso sale. Y en Brasil no hay buenos porteros y lo han reflexionado los brasileños también. Es que, efectivamente, a éstos les gusta el movimiento, y la portería es muy estática. Y esto hace también parte de un elemento indiosincrático, cultural, regional. Los jugadores deben moverse permanentemente y así lo hace un portero líbero como René Higuita y lo van a tener que hacer todos los porteros que lleguen a un fútbol de Nelson Gallego, de Hugo Gallego, de Francisco Maturana, de Hernán Darío Gómez, porque esa es efectivamente una manera diferente de comportarse en una cancha de fútbol, buscando satisfacción y buscando resultados.

Igual sucede con el juego colectivo: no es gratuito que los jugadores del Nacional en un momento determinado estén tratando de conseguir una bola, tratando de quitársela al adversario, y que ese trabajo sea hecho por cuatro o cinco jugadores en un momento determinado. Es parte de una concepción colectiva del juego, de una concepción que de alguna manera rescata la amistad: aquella misma que se empieza a forjar en la esquina cuando los jugadores trabajan en la calle, de una manera todavía muy espontánea, pero que Maturana logra evaluar y llevar a una táctica más moderna, a un partido de fútbol de alta competencia.

En todo caso, esta nueva propuesta reúne los conceptos de jugar y recrear, rescata la lúdica, la satisfacción, el goce y el placer, tanto para los jugadores como para quienes los están viendo.

Yo pienso que el fútbol de Maturana, este nuevo fútbol colombiano revolucionario, por decirlo así, ha provocado un proceso de alfabetización de los comentaristas deportivos, porque los ha llevado indudablemente a reflexionar más allá de lo que es un partido de fútbol. Y ya hay en Colombia tres o cuatro comentaristas de fútbol que ven más allá y se han dado a la tarea de investigar y de contarle al oyente qué es lo que efectivamente puede pasar cuando un equipo juega una marcación zonal o cuando un equipo juega una marcación a presión. Así se ha generado una corriente de

pensamiento importante, por la vía del contagio que ha producido este fútbol de Maturana.

Para terminar quiero recalcar y dejar bien claro que el fútbol de Maturana o de Hernán Darío Gómez no es el fútbol de los antioqueños, aunque la reflexión nació desde acá. Nosotros insistimos en que se trata, indudablemente, de una propuesta nacional, y ahí no vemos ninguna rivalidad. Incluso hemos tratado, en la medida de las posibilidades, de contagiar a los colegas para que vean a través de esta propuesta una manera diferente de jugar fútbol en Colombia y una manera nueva de contarles a los radioescuchas de todo el país que lo que se está haciendo es indudablemente con un propósito ante todo nacional y que eso es lo que están construyendo.

**TANGO,
SALSA Y ROCK
EN CLAVE DE BARRIADA**

Jairo Colorado
Jaime Jaramillo Panesso
Jorge Giraldo

TANGO Y CULTURA POPULAR

Jaime Jaramillo Panesso*

El origen del tango es orillero, como se dice en lunfardo, o sea de las afueras de la ciudad. Pero es también orillero porque pertenece a la cuenca del Río de la Plata en dos grandes ciudades que son Montevideo y, especialmente, Buenos Aires.

Se dice que el tango nació hacia 1880, o sea que la retorta que fue la ciudad lo fue moldeando a partir de las nuevas clases sociales del Buenos Aires de entonces; entre ellas básicamente el proletariado, muy influido por la emigración de trabajadores y artesanos europeos que llegaron a las ciudades de la cuenca del Plata hacia estos años. Se calcula en un millón los emigrantes que llegaron a las diferentes ciudades de Argentina; en Rosario, por ejemplo, más del 50% eran gentes inmigrantes, la mayoría hombres solos que habían pasado el Atlántico para irse a buscar la América.

Muchos de esos trabajadores llevaban ideas políticas socialistas o anarquistas, anarquistas en el sentido filosófico y de militancia política. Por eso encontramos a hombres como Discépolo, por ejemplo, que militaba en el anarquismo. Casi todos los compositores del tango tienen formación y militancia política, generalmente democrática o de izquierda.

El tango en su origen nace también en los conventillos, o sea en casas grandes donde se alquilaban piezas, y es allí

*Abogado y catedrático. Tangófilo y reconocido conferencista.

donde la costurera, la trabajadora y el acarreador del puerto, el resero, o sea el que descuartizaba reses para la exportación, el zapatero o los artesanos, los asalariados que llegaban de otros países o del centro de la pampa a la ciudad, desembocaban en el tango. Pero desembocaban primero por el camino del payador: o sea el de los trovadores de su tierra (por ejemplo Betinoti), que llegaban rasgando sus guitarras; uno de estos, que imitó inicialmente a los payadores, fue Gardel. Pero estos payadores fueron cediendo el camino al tango en la medida en que se sustituía el compadre por el compadrito, en esa ciudad y en esos barrios populares.

El tango tiene tres características de origen muy popular: primero, es una danza que la prefiguraban hombres solos en las esquinas, en los conventillos, porque el tango al ser prohibido o algo temido por las mujeres y, sobre todo, por no existir muchas mujeres entre toda esa gente llegada a la ciudad, entonces los hombres bailaban el tango solos. Entonces es también una danza, una música que tiene, como ya lo veremos, unas características de iniciación y desarrollo. Al principio, el tango era interpretado por tríos en donde había guitarra, flauta y arpa. Esos fueron los tríos que hicieron el tango. Posteriormente se le introdujo el piano, el contrabajo y el bandoneón y salieron la flauta y el arpa.

La otra característica popular del tango, además de ser una danza para hombres solos, era el lenguaje que tenía, el lunfardo. El lunfardo es el producto de esa retorta de tantas lenguas, un tanto de italiano, un poco de inglés, de genovés y español, un poco de aymará y, además, la deformación, el "vesre", o sea, el hablar al revés: un "feca con chele", un "café con leche". Esos tres elementos culturales y simbólicos a la vez forman inicialmente el tango. Un ejemplo de un tango como se hace en sus inicios —un trío de violín, flauta y guitarra— lo tenemos en el famoso Ernesto Poncio.

El tango interpretaba también la soledad de unos hombres de una ciudad distinta, desarraigados de su patria la gran mayoría de ellos y ante una gran escasez de mujeres;

por eso también en el burdel comenzó a bailarse y a oírse. Según decía el gran maestro Pugliesse, en una charla en La Habana, no solo en los burdeles, como lo acostumbran decir algunos historiadores, sino también en el conventillo y en las esquinas de los barrios.

Los temas más recurrentes de los tangos más primitivos, si se puede decir así, son el hombre que es engañado por la mujer o la soledad, pero la explicación social es la misma, hombres que no tenían con quién compartir el amor, que estaba en la madre patria, y además, sentían una gran reminiscencia por la madre. Eso explica porqué la tristeza inicial de ese tango. Y si se le agrega además el bandoneón que tiene un rezongo tristón, entonces con mayor razón se manejaba ese tipo de nostalgia. Pero el tango inicialmente no era nostálgico, era para bailar.

El tango también interpretaba las situaciones políticas del momento; por ejemplo, existe un solo de bandoneón dedicado a la "Unión Cívica", y éste era el nombre inicial de la agrupación política que hoy es el Partido Cívico Radical.

El mundo que rodeaba al tango era conflictivo, era también de "caneros" o sea de hombres de la cárcel, era un mundo de cuchilleros, y Borges nos habla de los cuchillos entre los milongueros, era un mundo en donde las mujeres llevaban en la media de nylon la puñalita o el facón, un mundo duro y difícil. Uno de esos instrumentos de peleas callejeras, era la cachiporra. Una banda popular, porque las bandas populares también interpretaban tangos, digamos para nosotros algo así como la banda Marco Fidel Suárez, tiene un tango titulado "La Cachiporra".

El tango llegó a Medellín, a Antioquia, aproximadamente en los años veinte, pero no traído por argentinos, sino que venía en voces de españoles, como, por ejemplo, Juan Pulido o Imperio Argentina, porque venían en las revistas musicales que recorrían a toda América, iniciaban el recorrido por Buenos Aires y allí aprendían el tango. Así que, cuando Gardel viene y muere en Medellín, y que no era tan conocido, ya el tango estaba aquí. Y estaba también por otra razón: Porque los más importantes comerciantes antioqueños, los De Bedout y los Ramírez Jhons, mandaban a

prensar discos de música colombiana a Buenos Aires y allá por un lado prensaban un bambuco, que allá interpretaban con las partituras que les mandaban, y por detrás venía prensado un tango. Así que se fue metiendo de contrabando por medio de las rocolas, los gramófonos o las victrolas de la época.

Y cuando el tango fue llegando, de una vez entró a las clases medias y altas que compraban esa clase de instrumentos. Pero como en los barrios también se escuchaba, la gente aprendió a bailar de esa manera el tango. La otra razón por la cual a mi juicio entra el tango, es que la ciudad de Medellín se fue configurando por una gran inmigración del campo a la ciudad, y en particular a esa otra ciudad que se llamaba el barrio Guayaquil —que ahora ya no existe—, cuando era caracterizadamente de trabajadores en el día y de prostitutas y bebedores, en la noche entonces cambiaba el telón, salían unas personas de la escena y entraban otras. Ese Guayaquil, que fue muy rico literaria, humana y musicalmente, tenía hombres y mujeres que cantaban los tangos iniciales: hombres solos que venían de inmigración campesina. Pero, como allí en Guayaquil estaba la terminal de los buses o camiones de escalera y en esa época existía el tranvía, el tango tenía viaje directo entre Guayaquil y las terminales de Buenos Aires, Aranjuez y los otros barrios que en ese momento existían. Por eso el tango estaba o en Guayaquil o en las terminales de los choferes, y no tanto en la mitad.

Y así fue teniendo sus propios creadores entre nosotros, verbigracia Tartarin Moreira. El tango hablaba del obrero recién llegado, o de la muchacha llegada a la ciudad y había dado un mal paso: igualito estaba ocurriendo aquí para muchas gentes. Pero también estaban los temas de carácter amoroso, el eterno canto de la música popular, del bolero, la balada, el rock; en todas las músicas populares el amor y el desamor son tema importante. Tenemos, por ejemplo, hablando del amor, "El esquinazo", que la mujer pasaba y lo dejaba a uno plantado, y una buena muestra de éste, el de Angel Bivoldo. Ese "Esquinazo" en particular es una milonga y esos golpes que se oyen son golpes de tacón. El

bañarín de tango usaba un taconcito más alto que el común y corriente, un tipo de tacón que se llamaba taquito militar y que es, además, tema de una de las más importantes y más lindas milongas. Este tacón, muy propio del bailarín de tango para dar ese tipo de pasos y golpecitos en la milonga, es heredero del zapateo español.

En Medellín, hasta los años 50s, el tango fue una música muy aceptada por todas las clases sociales, se bailaba desde el Club Unión hasta la Puerta Inglesa, allá en las terminales de Buenos Aires, tanto en el Bosque de la Independencia como en Guayaquil. Pero inicialmente, también en Medellín lo bailaban los hombres solos, porque fue excomulgado y era pecaminoso para la iglesia; entonces los hombres, desafiante afortunadamente, lo bailaban, hasta que las mujeres sobre todo de Guayaquil, aprendieron a bailarlo, con la falda estrecha rajada a los lados. Eso no se lo inventaron los señores de París, ni Saint Laurent ni ninguno de los más despladados y enriquecidos modistos, eso lo inventaron las muchachitas buenas de Guayaquil y así lo bailaban en los cafés o en el Barrio Antioquia o en el Bosque de la Independencia, que era el lugar a donde iban las clases populares en las tardes.

"El Bosque" quedaba donde está hoy el Jardín Botánico, y allá iban en la mañana los niños con sus padres a jugar; y por las tardes estaban los obreros, los artesanos, las muchachas del servicio, los soldados y los policías. Y entre todos ellos bailaban tanto música colombiana como tango. Uno de los tangos que bailaban era, por ejemplo, "El Amanecer", de la orquesta de Lizardi con la autoría de Roberto Firpo. He ahí una orquesta típica argentina completa, con la parte del pisicatto, o sea arañar la cuerda del violín para que dé ese sonido distinto. Esa orquesta de Lizardi, como las orquestas típicas argentinas básicas, tenía ya una línea de bandoneones, uno, dos, tres bandoneones, hasta cuatro; una línea de violines, un contrabajo con arco y el piano, que es la orquesta básica típica del tango.

Quiero decirles, para terminar, que el tango ha ido declinando en la ciudad de Medellín, también en la ciudad

de Buenos Aires, en la medida en que otros géneros musicales lo han ido superando tanto temática como rítmicamente. Sin embargo, quedan refugios del tango, y en la ciudad de Buenos Aires, aunque ustedes no lo crean, todavía hay mucho tango, bastante, y la gente sale a bailar en grandes salones, y no como lo vemos aquí en los espectáculos, porque lo vemos bailar y cada uno de nosotros dice: "Imposible bailar tango cuando hay que hacer todas esas maromas". El tango se baila casi como el bolero, el tango cerrado, que tiene unos pasos básicos. No es el de esas parejas especializadas, que es más bien para adelgazar, que se vuelve un aeróbico. El tango no es eso, el tango es muy diferente, cuando uno quiere amacizar su pareja, porque el tango es la primera música popular de pareja abrazada.

Probablemente por eso Pío X lo descalificó, y hubo que llevarle allá a Casimiro, a la propia Roma, para que levantara la excomunión, pero ya mucha gente había ido a los infiernos. (Posteriormente, supongo que alguna milonguera los sacó).

Y es que el tango ha tenido muchas etapas y en cada una sus revolucionarios, sus innovadores, sus cambiadores: La prehistórica, la histórica, la inicial; luego la renovación, que es hasta 1940; la vanguardia, luego de Trollo; y la última que es la actual, con la muerte de Piazzola. Aquí hay grandes autores que no llegan hasta nosotros porque aquí no prensan el tango nuevo. Parece que repetir los viejos tangos y dejarlos allí es una política de algunas casas disqueras y eso también ha hecho envejecer al tango con nosotros.

LOS INICIOS DE LA MUSICA AFRO-ANTILLANA EN MEDELLIN

Jairo Colorado*

Para comenzar, quiero anotar que, además de Carlos Gardel, el hombre de la sonrisa dulce y la mirada soñadora, ese Sol Tropical, cantaron música cubana Alberto Gómez —una de las más bellas versiones del "Manicero"—, también Roberto Ray con una versión de "Lamento Borincano"; y dicen que Agustín Irusta grabó con Matamoros, en Cuba (me lo aseguró un coleccionista de Guayaquil).

Ahora, cito a Gardel porque es el artista latino que abre las puertas a nuestras canciones en Hollywood, y aunque desaparece en 1935, para desgracia casual aquí en Medellín, deja su luz tropical. Es aquí donde quedan sus restos y sus canciones. Pero en el 36 se hace una película que se llama "Volando a Río", con uno de los más grandes bailarines que se ha visto en el cine, Fred Astaire y donde la canción de fondo es "La Carioca". Ésta es la primera película en la cual salen a relucir las primeras canciones latinas. Después vendrían "Mamá Inés", "Todos los negros tomamos café", y otras tantas canciones latinas que son grandes hits mundiales.

.. Hay una gran cadena de éxitos para la música y los cantantes latinos, y son éstos los que se dan el gusto de hacer las primeras revistas musicales de Hollywood. ¿Quiénes son ellos? Miguelito Valdés —a quien llamaban Mister

*Bailarín aficionado y enamorado de la música, particularmente afro-antillana. Se inaugura aquí como conferencista.

Babalú o El Ciclón del Caribe—, Carmen Miranda —aquella brasilera que hizo famoso un sombrero con piñas y con bananos—, el colombiano Carlos Julio Ramírez —que también actúa en la película "Escuela de Sirenas", con Esther Williams. ¿Y saben quién más aparece en una película de éstas? El galán de moda en ese tiempo en New York, Daniel Santos, y nada más y nada menos que con Humprey Bogart. Y todos ellos acompañados por Xavier Cugat, con la orquesta de Waldorf Astoria, un violinista catalán que vivió sus primeros años en Cuba y que acompañó a Carusso y a Rodolfo Valentino.

Veamos otro acontecimiento dentro del cine de Hollywood: Daniel Santos, después de aparecer en una de estas películas de Hollywood, tiene que irse a la guerra con el ejército de los Estados Unidos, y Pedro Flores le hace dos canciones famosas: "Despedida" —«Vengo a decirle adiós a los muchachos, porque pronto me voy para la guerra...»—; y una guarachita, con el cuarteto Flores. Y es que, de verdad, las de Daniel Santos fueron nuestras canciones de cuna. Y recuerdo que un tío me las cantaba: «... que ahora vas a tener que ir a pelear... que las cosas no estaban como están...» Así estas canciones se convierten en el himno de los soldados latinoamericanos.

Pero tenemos también las canciones de Adelita, Felipe Rodríguez, Mirta Silva "La Sabrosa", Bobby Capó; los temas del Conjunto Casino; y entre los que más se oían, recuerdo, el bolero "Entre Espumas", con una letra como de tango: «Ella se sentó a mi mesa, y en la copa le di todo mi amor...» También del Conjunto Casino "La Vaca Lechera". Y la guaracha "Me Mata": «Pero yo gozo, yo quiero morir sabroso».

Aparecen también las canciones de Miguelito Valdés, "Brucca Maniguá", y las canciones de doble sentido como "El plato roto": «Adela tenía un plato lo más de sabroso, pero Rafael el hermoso se lo quebró. Por eso tuvo que pagar lo que quebró Rafael».

Una de las canciones más chéveres de esa época, que me la cantaba mi mamá, era "El Mondonguero" y que dice:

«Mamita, mamita, aquí está el mondongo que usted me mandó a buscar, como no puedo entrar...»

Una de las partes más importantes de la rumba en Medellín era La Estación Villa. ¿Qué pasó en la Estación Villa? Que por ahí tenía que pasar toda la gente que venía de la Universidad de Antioquia. A muchos les tocó "El Suave", pero no la época buena del "Chiquí", del "Bar de Sancocho", el "Billo's Caracas", donde tenían todas las guarachas de la Billo's Caracas Boys y los boleros más hermosos de Rafa Galindo: "Paraiso Soñado", "El Ruiseñor", en fin; aquellas guarachas que nos hicieron bailar: "Sucu suco", "Guarachona", "Abaniquito Real"; más de 500 guarachas difíciles de recordar en este momento, porque La Billo's tenía un repertorio extenso.

Luego, la época de la Sonora Matancera, que llega con Bienvenido Granda y Celia Cruz. El primer tema con el que pega Celia aquí es "Burundanga", y se volvió un dicho cuando alguien se dormía por ahí y le robaban.

Pero también hablo de la Estación Villa por algo muy importante. Allá vivía Crescencio Salcedo; también vivió por muchos años Raúl López, el de "Juanita Bonita"; Enrique Aguilar, el del Trio Los Romanceros; casi toda la orquesta de Sonolux, La Sonora del Caribe y muchas otras vivían en La Estación Villá. Era muy fácil ver en el "Bar el Sancocho", por ejemplo, a Alba del Castillo, una gran soprano que cantó en el Metropolitano de New York con Carlos Julio Ramírez, una mujer que murió en medio de la pobreza. Y nos encontrábamos con Jorge Ochoa, con Gustavo López. Después de que salían de sus presentaciones en La Voz de Medellín nos encontrábamos también con Jairo Villa y con Evelio Pérez, dos grandes tenores de La Toma.

Ahora, situémonos en San Félix, una calle desaparecida, donde queda la Avenida Oriental en la zona de San Juan. Allí habían unos bares que se llamaban el "Media Luz" y el "San Jorge", con nombres de tango; y el "Rodríguez Peña", el "Armenombí" y "La Carioca", todos seguidos y de un mismo señor Juancho Uribe; un gran coleccionista antioqueño de tangos y de música antillana.

En este mismo sector de Guayaquil, en Carabobo, al frente de lo que es el Ferrocarril de Antioquia, funcionaban cuatro negocios. Uno de ellos, el bar "Santa Cruz", en toda la esquina, aún permanece ahí; al frente otro, el "Maracaná", y el "Norella", lleno de espejos, uno de los más lujosos de aquella época en Medellín. El dueño era un homosexual que tenía plata, y viajaba a México y a Cuba y traía discos. Allá escuché temas tan desconocidos de Benny Moré como "La Atómica" y "Rabo y Oreja", había una cantidad de temas en ese piano que uno se enloquecía.

En el bar "Perro Negro", en Guayaquil, y en el "Santa Marta", en Palacé, al frente de la iglesia de los Hermanos Franciscanos, se escuchaban los mejores mambos de Pérez Prado, los mejores boleros de Panchito y las mejores guarachas cubanas. Allí me formé yo bailando, pues para allá salíamos cuando veíamos aquellas películas que les contaba antes. Una de esas se llamaba "Al Son del Charleston", una revista musical mexicana con un bailarín que se llama Mister Trotsky. ¡Y casi no me le pillo los pasos! ¡Era que ese hombre volaba con los pies! Y allí nos encontrábamos un grupo de amigos a bailar, entre ellos Pedro Grajales —octavo en los Olímpicos de Tokio en 800 metros planos— y otro muchacho que fue campeón departamental de billar, que le ganaba a "Tabaco" Pérez y que jugaba también carambola a tres bandas.

Y para terminar les quiero decir que, cuando llega el bloqueo a Cuba desaparecen el son, la rumba, la conga, la guaracha, el son montuno, la guajira, las canciones de Celina; desaparece mucha música en nuestro medio. Y es ahí cuando comienza a darse el proceso de la salsa, que en Medellín comenzó en la Carrera Palacé, en el "Artista", en el "Boogaloo", en "El Diferente", en "La Casita de Bambú", en "Brisas de Costa Rica". Pero fue un contexto muy diferente al de la rumba de Guayaquil.

EL ROCK Y LOS TRABAJADORES

Jorge Giraldo*

El hecho de que el rock no goce de la suficiente legitimidad en el país y ni siquiera en Medellín, la ciudad rockera de Colombia, nos obliga a los voceros del rock a hablar con un público más amplio sobre lo que es el movimiento rockero en el país y a asumir una aburridora postura en su defensa, porque el rock está viviendo un momento similar al que sufrió el tango, cuando fue excomulgado por Pío X, o al de la música antillana en Medellín cuando, por intervención de Monseñor Builes, no dejaron entrar a Pérez Prado a la ciudad.

Aunque ese tipo de prohibiciones ya no parecen tener presentación, en los últimos meses asistimos a una importante campaña propagandística de los sectores culturales más conservadores —el *Opus Dei* o Tradición, Familia y Propiedad— contra el rock.

Como toda la música popular, el rock surge desde las capas bajas de la población. A diferencia de la música antillana y del tango, el rock surge después de la Segunda Guerra Mundial, en pleno Siglo XX, con unas características sociales que de hecho lo vinculan de una manera muy fuerte a las clases trabajadoras.

Tal vez son cuatro los factores que lo ligan a los trabajadores o viceversa: 1) El tener como raíz la música negra del blues, canto de trabajo de los negros en las plantaciones de caña y algodón en el las orillas del Missisipi en Estados

*Director del Departamento de Capacitación de la Escuela Nacional Sindical, Medellín, y director de la *Revista de la ENS*.

Unidos, y del que decía un rockero argentino que era una especie de tango. 2) La cantidad de nuevos sonidos que introduce el acelerado proceso de industrialización y urbanización; lo que nuestras mamás o abuelitas llaman "el ruido" o "la bulla". 3) El ser un canal expresión de protesta de los sectores trabajadores, por surgir en una aguda coyuntura social. 4) El hecho de que el rock haya aparecido en el país más desarrollado del mundo, en los Estados Unidos, que se forja como sueño de muchos inmigrantes de Europa y América Latina, incluso del Oriente lejano, lo que hace que salga de una manera mucho más fácil y más expedita hacia otros lugares del mundo y cobre ese carácter de universalidad, que llevó a John Lennon a decir que Los Beatles eran más populares que Jesucristo.

Esta relación del rock con los trabajadores se ha manifestado no solo en su consumo, también en el hecho de que dentro de la clase obrera hayan surgido muchos de los grandes y de los mejores grupos y cantantes de rock. Los Beatles son el producto de la barriada obrera de Liverpool, así representen en este momento una idea muy corta o demasiado conservadora para lo que es el rock hoy en este momento en el mundo.

Pero, además, los trabajadores y su situación han sido tema y objeto del rock, igual que sus oficios, desde el novelista de los Beatles hasta la prostituta Roxanne the Police, en la década de los 80. Por ejemplo, unos versos de Sting en 1985, en medio de la gran huelga del carbón, cuando Margaret Thatcher libró su gran batalla contra el sindicalismo británico, dicen: «Nuestra sangre ha manchado el carbón, túneles muy hondos en el suelo de la nación, valemos más que pesos y centavos, su teoría económica no tiene sentido». El dúo catalán "El último de la fila" dice: «Trabajo duro, tajo que amarga en este día, melancolía». O Bruce Springsteen, de los Estados Unidos, en "Trabajando en la autopista": «La paga del viernes por la noche, los muchachos salen del trabajo hablando del fin de semana, luchando para sacarse la mugre. Algún día llevaré una vida mejor que ésta». O simplemente las referencias al ambiente urbano como Low Redcor en su "Canto de amor a la ciudad":

•Por ti convertiría el humo de las chimeneas de las fábricas en ramos de flores plásticos. Por ti escribiría poemas como relámpagos de magnesio para alumbrarte el camino de vuelta a mí.

Pero el rock ha ido todavía mucho más allá. Aunque suene atrevido para algunos, el rock como proyecto cultural coadyuvó a impulsar muchos de los llamados movimientos sociales que han aparecido en el mundo: El pacifismo, el ecologismo, más recientemente el movimiento de derechos humanos o los movimientos contra la discriminación sexual.

Como proyecto estético, el rock a atravesado la sociedad de abajo a arriba, hasta el punto de que encontramos grupos tanto de las clases medias y bajas, como de las aristocracias más millonarias.

Y en ambos sentidos, como proyecto cultural de las clases medias y bajas y como proyecto estético de toda la sociedad moderna, se podría decir que el rock es la música de la modernidad. Y es por este camino, el de la industrialización y la transnacionalización, por el que el rock llega a países atrasados como Colombia, porque el contacto entre los países no empezó con la apertura económica.

El rock llega a Medellín a los tres o cuatro años de su nacimiento, y, similar al tango, no llega a través de los ingleses o de los norteamericanos, sino de los artistas mexicanos o argentinos de "La Nueva Ola" (Enrique Guzmán, César Costa, Alberto Vásquez, etc.); y uno de los grandes impulsos se lo dio el concierto de Enrique Guzmán en 1965 en Medellín.

Uno de los primeros conjuntos de rock que hubo en Medellín fueron los Black Star, o los Teen Agers, cuyo cantante era Gustavo Quintero, cuando cantaba "La Gallinita Josefina", "Speedy González" y "Al Compás del Reloj". Otro fue los Afro Sound, con Fruko; pero que se hicieron famosos como conjuntos de música tropical hecha en Medellín o "raspa" o "chucu chucu".

Otro gran impulso al rock en Medellín fueron los concursos. Uno de estos era impulsado por Guillermo Hines-troza, quien creó en Medellín un programa que se llamaba

"El Club del Clan", que continuó luego en Bogotá con Alfonso Lizarazo. Otro concurso, con resonancia en los medios masivos de comunicación, fue el que se inventó Milo, "Milo a Go go", un concurso de baile en las distintas ciudades del país. Y aparecen también en Medellín los primeros bares donde se escuchaba rock: "El Gato Pardo", en la 65 con Colombia, y "El Tambo de Aná", que existió hasta mediados de los 70s.

Fue una época de gran agitación internacional. El movimiento estudiantil y, más todavía, el movimiento Hippie tienen sus repercusiones; y viene el primer gran golpe al rock en la ciudad de parte del sector gobernante: cuando estos conjuntos que empezaron tocando rock, se cambian definitivamente a la música tropical, pues se suspenden los concursos y, presionados por las disqueras, prácticamente desaparecen los programas de radio.

Así el rock entra en Medellín en una especie de adormecimiento que coincide con la disolución del movimiento nadaísta. Y es en medio de ese sopor cuando a Carolo (Gonzalo Caro) se le da por organizar un festival, porque era imposible que los festivales masivos que se empezaron a hacer en el 70 en New York y que se siguieron haciendo en todas las ciudades más importantes del mundo, no se fueran a hacer en Medellín. Entonces Carolo organiza el Festival de Ancón, en La Estrella, con cierta complicidad del alcalde de Medellín Alvaro Villegas Moreno, y de quien dicen que fue destituido por conceder tal permiso. El Festival de Ancón es una historia aparte. El caso es que marcó definitivamente a la ciudad y ayudó, digamos, a revitalizar el rock en Medellín.

Posteriormente el mismo Gonzalo Caro abre en el Pasaje Junín- Maracalbo "La Caverna de Carolo", que existió casi toda la década de los 80, y donde se vendían discos, cassettes piratas, chanclas con suela de llanta, camisetas teñidas con iris, camisas que parecía para Hare Khrisnas o Yogas, y todo ese mundo oriental en que estuvo inbuído el mundo hippie. Este fue un importante sitio de encuentro para los rockeros de Medellín.

Lo que resta de los 70 para el rock en Medellín transcurre entre el cine y la radio. En los teatros María Victoria y Tropicana se exhiben los sábados, fuera de programa, las películas de los grandes grupos: "La canción es la misma", "Tommy", "Jesucristo Superstar", "Concierto para Bangladesh", "Let it be". Aparecen nuevas emisoras como "La Voz del Cine" y "Emisora El Poblado". Son los tiempos de la marihuana, el cherrynol y el lili, la novedad de los hippies que se quedaron en la ciudad después de Ancón y la popularidad del rock en los sectores medios, estudiantes y pequeños grupos de trabajadores jóvenes.

Desde principios de los 80 comienza esta nueva época del rock que estamos viviendo hoy. Aparecen grupos que intentan una expresión original y se atreven con temas propios en español, como Fénix y Carbure, muy en la onda del heavy metal; y ello conduce a la recurrencia de conciertos en parqueaderos, teatros y en la plaza de toros. El rock vuelve, prácticamente para quedarse, a los medios de comunicación a través de las nuevas emisoras especializadas, las secciones semanales en los periódicos y la creación de un mercado apreciable para el disco.

Pero, ¿qué hay en el trasfondo de esta oleada rockera? No creo equivocarme si resalto la conexión entre la crisis industrial de estos años y sus repercusiones en el desempleo, la crisis general de la ciudad con sus violencias, la destrucción del espacio urbano y el deterioro de la calidad de vida, con la erupción del rock desde una perspectiva más auténtica, popular y masiva.

Los años 80 representan el paso del rock como experiencia estética de algunos grupos jóvenes de los barrios de estrato 4, a la experiencia vital de una gran masa de muchachos de los barrios populares, estudiantes, desempleados y trabajadores del rebusque. Por eso ahora la preocupación de la juventud de todos los niveles sociales está en expresar un sentimiento, una opinión frente al mundo que les ha tocado duramente vivir y de ahí que la lírica sea en español y que los ritmos que imperan sean aquellos ásperos y crudos del metal y el punk.

Revivieron fugazmente ciertas emisoras de rock, como Radio Ritmos; y vinieron otras: La Voz de la Música y Radio Musical, en una época en que hubo importantes conciertos de rock en el país, pero donde ninguno vino a Medellín. Por ejemplo, en 1973 viene Carlos Santana, pero sólo se presentó en Cali, Barranquilla y Bogotá. También James Brown vino a Colombia en la cumbre de su carrera, pero no a Medellín.

Aparecen los pioneros de los muchos himnos juveniles que ya acumula la ciudad en estos años, y de ellos vale la pena destacar "El faltón" de Carbure que decía:

*Cuando tengo un amigo y confío en él
nunca pienso que me dé en la cabeza
siempre es confianza siempre es amistad
nunca espero yo que me falte.*

Hay algunos sucesos externos importantes como los conciertos de Soda Stéreo y Moebius-Plank-Scheffer en la ciudad, pero la gran cosa se produce en las entrañas de nuestros barrios y sus habitantes: Empezan a surgir día a día grupos de rock que trabajan sin recursos pero con entusiasmo, que representan la única luz para muchas vidas desesperadas y opacas, que sin embargo pasan a representar uno de los pocos sectores sociales —atrevidamente diría que el único sector social— que es capaz de mirar a la ciudad de frente, con su miseria y barbarie, con su asquerosidad y su belleza, sus traiciones y su fe. Y el rock de Medellín y Colombia se enriquece de tal manera que pasa a ser uno de los fenómenos culturales y artísticos más notables de este fin de siglo en el país.

Así que hoy tenemos en la ciudad más de un centenar de grupos, brotados de todos los rincones y grupos sociales, de los más diferentes comportamientos y propuestas, que superan el hecho artístico y se consolidan antetodo como un acontecimiento cultural, rodeado de sus peculiares lenguajes, vestimentas, modos y medios de comunicación, construyendo un proyecto de vida, a la vez auténtico y universal, vital y esperanzador, enclavado en el centro de esta ciudad de la furia.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Impresos Caribe, Medellín, el día 5 de abril de 1993.

Ensayos laborales / dos
Los trabajadores y la cultura

es el resultado de un ciclo de conferencias sobre este tema, organizado por la *Escuela Nacional Sindical-Antioquia*, en 1992.

Surgió de la inaplazable necesidad de abordar las diferentes relaciones e interdependencias establecidas entre los trabajadores con fenómenos como la cotidianidad, la celebración religiosa, la práctica de la fiesta y del ocio, sus aficiones a la música (aquí el tango, la salsa y el rock), el fútbol como saber y como elemento de identificación, etc.

Así como la heterogeneidad de estos temas, fueron nuestros invitados:

MAURICIO ARCHILA NEIRA
HERNÁN DARÍO VILLEGAS
HÉCTOR VÁSQUEZ
WILLIAM ROMÁN
ALEXIS GARCÍA
GONZALO MEDINA
GUILLERMO LEÓN ZAPATA
JAIRO COLORADO
JAIME JARAMILLO PANESSO
JORGE GIRALDO



ensayos laborales

Los trabajadores y la cultura

(Identidad, cotidianidad, barrios y ciudad, fútbol y música)



Mauricio...
Fernán...
Héctor...
Rosa...
Gonzalo...
Lola...
John...
Jorge...



ens

Ensayos Laborales / dos

Los trabajadores y la cultura

Los trabajadores y la cultura

*(Identidad, cotidianidad, barrios y
ciudad, fútbol y música)*

**Mauricio Archila, Hernán Darío Villegas,
Héctor Vásquez, William Román, Alexis
García, Gonzalo Medina, Guillermo León
Zapata, Jairo Colorado, Jaime Jaramillo
Panesso, Jorge Giraldo**

Ensayos Laborales / dos

Escuela Nacional Sindical-Antioquia
Medellín
1993

© Escuela Nacional Sindical-Antioquia
Apartado Aéreo 12175, Medellín
Segunda edición: Abril de 1993

Editor: *Juan José Cañas Restrepo*
Composición: *"Textos y Diseños"*
Impresión: *"Impresos Caribe"*
Hecho en Medellín, Colombia

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

Jairo Ruiz, *pág. 7*

CULTURA E IDENTIDAD OBRERA

Mauricio Archila Neira, *pág. 11*

TRABAJADORES, BARRIOS Y CIUDAD

Hernán Darío Villegas, *pág. 31*

COTIDIANIDAD OBRERA

Trabajadores, cotidianidad y cultura

William Román, *pág. 47*

Cotidianidad y cultura en la fábrica

Héctor Vásquez, *pág. 56*

FÚTBOL Y SABER POPULAR

Jugar bonito, jugar bien y ganar

Alexis García, *pág. 65*

Fútbol y saber popular

Gonzalo Medina, *pág. 72*

Fútbol e identidad cultural

Guillermo León Zapata, *pág. 79*

TANGO, SALSA Y ROCK EN CLAVE DE BARRIADA

Tango y cultura popular

Jaime Jaramillo Panesso, *pág. 87*

Los inicios de la música afro-antillana en Medellín

Jairo Colorado, *pág. 93*

El rock y los trabajadores

Jorge Giraldo, *pág. 97*

PRESENTACION

Jairo Ruiz*

Plantear un Ciclo sobre la relación de los trabajadores con la cultura busca poner en el plano de la reflexión temas que hasta ahora han hecho parte de su vida, pero que por *x* o *y* motivos (muy ocupados discutiendo pliego, enfrascados en aquello de "la infraestructura", etc.) no eran dignos de atención. Pero los tiempos han cambiado y ahora la mirada se ha vuelto hacia temas aparentemente inanes. Los trabajadores vuelven la mirada sobre si y descubren en su cotidianidad valiosos elementos que antes pasaban inadvertidos: el fútbol, la música, los hábitos, las costumbres, la religión, las creencias, la moral, en fin, todo aquello que era "opio" es puesto ante la lupa y sometido a análisis.

En todas las ponencias de este libro se encontrarán aportes que estimulan la reflexión y el desarrollo de líneas nuevas de investigación: el tema del fútbol, hasta ahora sólo tratado desde la perspectiva de la alienación, es abordado por Gonzalo Medina y Guillermo Zapata, ambos periodistas y estudiosos del tema, y por alguien que lo ha vivido en caliente, desde la grama: Alexis García, jugador del Atlético Nacional y tal vez de los pocos jugadores que puede y se atreve a hablar con ideas de su profesión. Para ellos el fútbol colombiano expresa en sus estilos la forma creadora y recursiva que tienen los sectores populares para responder a los requerimientos de su existencia.

* Coordinador del Area de Cultura de la ESCUELA NACIONAL SINDICAL.-Antioquia

Si el fútbol nos remite a hablar de etnias y de identidad, la música nos lleva al contexto ciudadano en el que se desarrollaron los géneros afro-antillano, tango y rock. Desfilan por estas páginas los sitios legendarios de la rumba, aquellos donde acudían los trabajadores a ejercer y a cultivar sus potencialidades lúdicas.

La ponencia de Hernán Darío Villegas, *Trabajadores, barrios y ciudad*, nos permite seguir la trayectoria del desarrollo urbanístico y social de Medellín en función de las necesidades del capital, desde donde el trabajador es un elemento instrumental para la producción y el consumo. Este punto de vista enlaza con las tesis sobre la alienación planteadas por Héctor Vásquez y William Román, en sus ponencias sobre la cotidianidad y la cultura en la fábrica: carencia de tiempo para vivir las posibilidades de la vida, de la lúdica y del ocio, para pensar y para crear, como consecuencia de la rutina y del control impuesto por el capital tanto dentro como fuera de la fábrica.

Hay que destacar el trabajo de Mauricio Archila sobre *Cultura e identidad obrera*. Su participación se centró en los problemas y aspectos metodológicos que se derivaron de su investigación, como la necesidad de incluir nuevas fuentes (entrevista oral, prensa obrera, etc.), de reevaluar aspectos teóricos que reducían el espectro conceptual de la clase obrera.

En este abanico de trabajos hay diferentes niveles tanto de investigación como de formas de expresión que tienen su razón de ser en la integración del lenguaje de los trabajadores y el de los profesionales de la investigación histórica, pero al fin y al cabo con los mismos intereses y hacia la misma intención renovadora.

Este trabajo abre nuevos espacios de discusión y de elaboración teórica sobre la relación de los trabajadores con los múltiples aspectos de la cultura cuyo tratamiento, hay que decirlo, apenas comienza.

**CULTURA
E IDENTIDAD OBRERA**

Mauricio Archila

CULTURA E IDENTIDAD OBRERA

Mauricio Archila Neira*

Se trata de una investigación histórica sobre el origen de la clase obrera en Colombia, y sobre esto he seleccionado unos cuantos casos, y en particular con mucho atrevimiento, sobre el origen de la clase obrera antioqueña —en el área del Valle de Aburrá más precisamente—. Pero también he tomado muestras de Bogotá, Barrancabermeja y Barranquilla.

Desarrollaré en esta charla dos temas: Uno, lo que podríamos llamar aspectos teórico-metodológicos en torno a una investigación sobre cultura e identidad obrera. Y dos, algunos hallazgos o resultados de esa investigación.

Parto del supuesto de que en la historia como conocimiento los hechos no existen en sí. Normalmente los historiadores tradicionales pensaban que la labor del historiador era simplemente irse a través de los documentos para acercarse a la verdad de los hechos que, de alguna forma, existen allá en los archivos o en las distintas fuentes. Pero lo que yo planteo es que no existe el pasado en sí, es decir, que los hechos no existen en sí, ya pasaron; lo único que existe es el presente. Y es a partir de este presente que la gente que se interesa por hacer historia y los historiadores

* Historiador. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia e Investigador del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP).

** ARCHILA NEIRA, Mauricio. *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945*. Bogotá: CINEP, 1991.

y los científicos sociales regresan, digamos, al pasado. Entonces, en ese sentido, toda construcción histórica es una construcción desde el presente, es una invención, por decirlo así. Claro que no se inventa de la noche a la mañana y por la tarde, pero no existe una verdad absoluta en la historia, sino que continuamente estamos construyendo acercamientos a lo que sucedió.

En ese sentido la historia se acerca mucho a la literatura, pero con una diferencia: La literatura tiene como objeto agrandar, construir imágenes estéticas, mientras la historia tiene un poco la pretensión de reconstruir el pasado. Pero tanto literatos, novelistas, cronistas, incluso periodistas, como historiadores, montamos una trama, una interpretación. Y luego ustedes, los lectores, otros investigadores juzgarán que tan adecuada fue esa reconstrucción.

Dentro de lo teórico-metodológico, hay otro elemento: cómo el historiador siempre parte de su presente y éste lo influye demasiado. En mi caso, por ejemplo, yo comencé esta investigación sobre cultura e identidad obrera hace unos diez o doce años. En ese momento las condiciones política del país y una cierta militancia de izquierda, me dieron una imagen de la clase obrera muy diferente de la que tengo ahora; en términos de imagen, de toda la simbología. Y eso es importante, ver cómo los que reconstruyen esa historia y los investigadores, van atravesando cambios en lo que hemos llamado los imaginarios o las imágenes que uno tiene, en este caso concreto, sobre el mundo obrero.

Caricaturezcamente, yo podría decir que he pasado de una concepción o de una visión o de una imagen donde la clase obrera debía ser revolucionaria o no era clase, y en donde todo el deber ser político se le imponía a una situación, a otra en donde encuentro hombres y mujeres que resisten cotidianamente a formas de denominación y formas de dominación, sin que necesariamente eso sea revolucionario, reformista, revisionista, etc. Por esa misma vía, por supuesto, se produce en mi caso —y yo creo que en muchos, en parte este Ciclo lo refleja, un acercamiento diferente a la clase obrera, a eso que llamamos la clase

obrero—, entonces el énfasis ya no estaría tanto en el deber ser político, en las tácticas y estrategias, etc., cuanto en la cotidianidad: cómo viven los obreros, cómo viven las obreras, cómo es el mundo religioso, cómo se usa el tiempo libre, la religión, la educación, etc., etc.

En este transcurrir, por supuesto, también hay influencias teóricas —pero no me voy a extender en ellas— básicamente señalaría la importancia que para mí tiene el estudio de la experiencia, en contraste con el estudio de la estructura. En términos de las ciencias sociales, la crítica de la escuela de la dependencia, de ciertos marxismos y estructuralismos en los años 60 y 70, donde la investigación como que tenía que tocar la estructura económica, la estructura social, la estructura de clases. Yo siento que en este momento hay un paradigma, una forma de acercarse a los estudios históricos que privilegia elementos como la experiencia, lo que sucede en el transcurrir cotidiano, como decíamos antes. Y es por esa misma vía como nos acercamos a la cultura.

Hay ené mil definiciones de cultura. Pero para mí la cultura es la dimensión de sentir que orienta la vida de los grupos humanos a los que ella llega. En este sentido tomo una definición un poco más restringida que la que toman los antropólogos u otros científicos sociales. O sea, todo aquello que le da un sentido a la existencia, pero no en el sentido individual sino colectivo. Por supuesto, es un conjunto de valores, tradiciones, herencias culturales, por decirlo así, que alimentan esa dimensión de sentido.

Y, particularmente, yo trabajo la categoría de *identidad*, porque me parece que es más susceptible de un análisis histórico, que se puede mirar en el tiempo: cómo se identifican los obreros, cómo se identifican las obreras. Además, significa trabajar una actividad, un elemento en el cual los individuos que componen, por ejemplo, la clase obrera, actúan, participan activamente. No es trabajar la supuesta conciencia obrera. Yo creo que en este momento, cuando hablamos de categorías como *identidad*, se está trabajando algo donde, por supuesto, lo externo a la clase obrera influye, pero también la actividad permanente de los indi-

viduos en construir su imagen, en construir su identidad, y ésta se hace manifiesta.

La construcción de un objeto de investigación histórica, de un tema, no es fruto solamente de lecturas o de estudios académicos. También ha influido el contacto con la docencia, con los estudiantes, con los sindicalistas y los obreros en talleres y seminarios; además, y esto es muy importante, las entrevistas que hemos realizado en el país*.

La escogencia del tema *Identidad Obrera*, implicó también un replanteamiento sobre las fuentes. Hay que combinar las fuentes tradicionales —como han sido las estadísticas, las narraciones, la prensa, las crónicas, los reportes sindicales huelguísticos— con nuevas fuentes, o fuentes que ya han sido trabajadas, pero utilizadas en un nuevo contexto. Me refiero a la prensa obrera, a todo este tipo de publicaciones producidas por sindicatos, grupos obreros, partidos de izquierda o intelectuales. También es fuente importante el uso de las entrevistas; para esta investigación se hicieron unas 100 o 120 entrevistas a obreros y obreras del país. En términos de historiador, yo diría que, más que hacer una contradicción falsa entre fuentes escritas y fuentes orales, lo que hay que hacer es complementarlas y utilizar unas y otras.

Y, finalmente, en esta parte teórico-metodológica, quiero señalar que mi estudio trata de moverse entre lo particular regional y lo nacional, por varias razones: Por un lado, indudablemente el origen de la clase obrera, tiene un gran carácter regional: los obreros surgen inscritos en su región, con características culturales de sus regiones, etc. Es importante saber cómo era la clase obrera en Antioquia, cómo era en Barrancabermeja, en Santander, en la Costa, en Bogotá o en el Valle. Indudablemente eso influye mucho. Pero, al mismo tiempo, trato de mirar el contexto nacional,

* Quiero mencionar en Medellín dos seminarios de investigación sobre la clase obrera entre los años 1985-1988, de los que quedaron algunas publicaciones. Además, los trabajos realizados con algunos investigadores como Jorge Bernal, Ana María Jaramillo, Juan José Cañas, Hernán Darío Villegas y otros.

porque estoy convencido de que la clase obrera fue uno de los primeros sectores sociales que se plantearon una dimensión nacional.

El hecho de tener trabajadores del transporte en el Río Magdalena, hacía que la gente de Girardot sintiera que tenía intereses comunes con los de Barranquilla y los de Neiva. Los ferroviarios, por el mismo estilo. Tal vez no es el caso de algunas industrias, por ejemplo las textiles, pero hay una serie de actividades que van dándole una dimensión nacional a la clase obrera.

Sobre el segundo tema, voy a tratar de entresacar, entre los muchos que se encuentran en el libro, algunos elementos que creo son útiles en el contexto de este Ciclo.

Cuando comencé la investigación, hace 12 años, me preguntaba cómo es que la clase obrera fue o no revolucionaria. Ahora, de pronto es la misma pregunta, pero obviamente formulada diferentemente: ¿Cómo viven los obreros y las obreras? Pero no solamente con el ánimo de hacer una vida cotidiana sin sentido, como una reconstrucción por menorizada de lo que hacía un obrero u obrera cada día, sino cómo viven los contextos de dominación y explotación. Es decir, lo que en algún texto llamé la resistencia: cómo se da la resistencia, cuáles son sus formas ante este contexto. Y esa es la pregunta que comienza a guiar el tipo de investigación.

Yo defino la clase obrera como los sectores asalariados productivos de la ciudad, o sea, dejo de lado la clase obrera rural, por delimitación de la investigación. Esta clase obrera tiene un origen básicamente campesino, y de allí se desprende una cosa bien interesante: Las primeras formas culturales obreras son moldeadas en los ámbitos regionales por formas culturales campesinas. Este origen no significa que los obreros sean simplemente campesinos en la ciudad. El hecho de llegar a la ciudad y, sobre todo, de vincularse a actividades productivas modernas, como las fábricas, el transporte, las actividades extractivas, etc., produce cambios en su percepción del mundo, aunque culturalmente en muchos aspectos sigan siendo campesinos, y estoy hablando de las primeras generaciones obreras, aunque,

de pronto, muchos de estos elementos tengan todavía vigencia.

Hay elementos nuevos fruto de este contexto, de este contacto con la ciudad, con el mundo urbano, con las actividades modernas productivas. Entonces, muchos investigadores nos vamos a encontrar con que hay una tensión entre lo tradicional y lo moderno; en las manifestaciones de la vida cotidiana de los obreros y las obreras existe esa tensión, pero se presenta, por supuesto, en otros sectores sociales. La misma rebeldía obrera tiene mucho de tradicional y mucho de moderna.

El impacto del arribo de estos campesinos de primera o segunda generación al mundo fabril o a la producción moderna, implica también ese choque, implica la adopción de nuevos valores y, en cierto sentido, de nuevos elementos culturales que le den sentido a esa nueva existencia. Hay una serie de elementos: actitudes religiosas básicas, por ejemplo, actitudes ante la muerte, ante la familia, ante la mujer, ante el hombre, ante las relaciones de pareja. Hay una serie de elementos que, por lo menos en las primeras generaciones, no se modifican rápidamente y, al mismo tiempo, hay otros que exigen un replanteamiento.

El obrero no puede seguir concibiendo el mundo de la forma natural, con el ritmo natural con que se venía viviendo y trabajando en los campos, marcados por el ciclo de la cosecha, de las estaciones, etc.; éstos se rompen con la disciplina de la fábrica. O sea, cuando a usted le toca entrar y salir todos los lunes a una misma hora, esto le exige un nuevo acercamiento cultural. En muchas entrevistas y narraciones que he leído de gente que cuenta sus primeros días en la fábrica, entre una cantidad de aspectos adicionales, le impacta, por ejemplo, de la fábrica la cantidad de gente, la uniformidad, cómo incluso la gente en muchos casos tiene uniforme, tiene que transformarse, cambiarse en los vestiers, etc. Una serie de elementos que marcan las permanencias de una cultura campesina en la ciudad y en las fábricas y también la necesidad de nuevos elementos de una nueva aproximación.

Aquí es donde encuentro que para las primeras generaciones obreras del país los artesanos juegan un papel muy importante porque son los que, en cierta medida, le prestan a la clase obrera esos elementos para entender su nueva situación. Aquí vamos encontrando varias paradojas: Por un lado, los obreros y obreras en su arribo al mundo industrial siguen anclados en elementos tradicionales, pero ingresan a cosas nuevas, aunque, curiosamente, esas cosas nuevas no lo son del todo, sobre todo la cultura artesana que tiene en el país por lo menos siglo o siglo y medio, incluso uno podría remontarse más, a la época colonial. Se trata, entonces, de un nuevo relativo.

La otra paradoja es que, curiosamente, el artesanado difícilmente se proletariza, yo siento una resistencia muy grande del artesanado en general. Hay ciertos oficios que sí han tenido que proletarizarse y otros han desaparecido. Pero, en general, aunque el artesanado como que se resiste y se mantienen allí, sin embargo aporta, le contribuye a la clase obrera con una gran cantidad de elementos culturales.

Dentro de estos elementos yo destacaría, por un lado, un cristianismo, un apego religioso, pero no cualquier cristianismo, aunque hay artesanos muy católicos, como muy ateos y librepensadores. Según el tipo de prensa, de libros, crónicas y narraciones de los artesanos, hay un cristianismo muy fuerte, si se quiere social, muy cercano a la prédica que hoy podríamos llamar de teología de la liberación, pero que en esos años —10 y 20— no se mencionaba; es una prédica cercana a las encíclicas, a la *Rerum Novarum*, por ejemplo; es como una tendencia a las actitudes contestatarias, sociales, de esa dimensión cristiana.

Muy cerca está también una tradición radical. Así el artesanado fuera en gran parte conservador, hay una herencia radical que se va transmitiendo a la clase obrera, una actitud crítica ante los gobiernos, una exigencia de demandas sociales, etc. Y, finalmente, una gran preocupación por lo que se llamaba en esa época la cuestión social o el mundo social, que les va a permitir acercarse a ciertos pensamientos socialistas, sintonizar, tener cierta empatía,

por ejemplo, con personas como Rafael Uribe Uribe y, posteriormente, con Jorge Eliécer Gaitán.

Yo sigo viendo esa tensión entre un mundo tradicional y un mundo moderno —por decirlo así—, entre lo rural y lo urbano, en el nacimiento de la clase obrera. Y eso se va reflejando continuamente en la vida de los trabajadores; al mismo tiempo que los trabajadores apelan a una serie de elementos muy tradicionales, muy religiosos, también nos encontramos con una serie de pronunciamientos tales como: "Nosotros somos el producto más moderno de la sociedad capitalista". Y, en efecto, la clase obrera era hasta hace poco indudablemente el producto más moderno, en términos sociales, del desarrollo capitalista. Esa contradicción la vamos a encontrar en todos los elementos de la vida de las primeras generaciones obreras: en sus diversiones, en el uso del tiempo libre, por supuesto en el mismo mundo de la fábrica y del trabajo; aun en los mismos momentos de protesta y organización y de creación de formas organizativas.

En los sitios de trabajo, por ejemplo, se hace manifiesta esa tensión como resistencia a la disciplina capitalista, con modalidades como el lunes del zapatero; llegar por lo menos un poco enguayabado el lunes, hacer un poco de "locha", hablar cuando está prohibido, fumar cuando no se debe, alargar un poquito más la hora del tinto, del almuerzo, etc. Yo no estoy diciendo que eso sea lo más revolucionario, incluso uno podría discutir qué tan progresivo puede ser eso, pero indudablemente existen esos elementos y éstos reflejan ese tipo de bagaje cultural que se trae.

También se manifiesta más explícitamente en lo que algunos norteamericanos han llamado la lucha por el control, aunque no se ha trabajado mucho en nuestro medio; se trata, entonces, de quién controla: no en términos de la producción estrictamente, sino quién controla la lógica de la fábrica, la lógica de la producción. Ahí hay un claro contraste: el maestro artesano. En el taller artesanal el maestro controlaba el proceso. Todo el aprendizaje del artesanado estaba orientado a controlarlo. Un joyero sabe desde dónde comienza y cuándo termina; el zapatero tam-

bién, el sastre, controlan prácticamente todo el proceso. Cuando se entra a la fábrica son otros los que controlan: ya no es el productor directo el que controla, y más en la producción en cadena; se atomiza tanto la producción obrera que usted simplemente controla una partecita, una pieza. Entonces, la lucha por el control se manifiesta también para esas cosas mucho más importantes como los topes de producción, por ejemplo. Ahí hay todo un conflicto, y allí se van manifestando esas tensiones entre lo que puede ser la incorporación o la adopción de una disciplina capitalista y la resistencia a esa disciplina y a esas formas de control.

De otro lado, me encontré con que para los obreros y las obreras de las primeras generaciones hay una percepción clara de que la entrada en la fábrica es un gran paso en la vida. Puede ser que el tipo de entrevistas y de investigación, centrado en ciertos sectores como textiles, pueda sesgar un poco este dato, pero en general uno tiene esa impresión; y así me lo decían en algunas entrevistas, que el obrero al entrar sentía que comenzaba una nueva fase de su vida. Si esa empresa era Coltejer o Fabricato, todavía más, era conquistar un sueño. Por el sólo hecho de recibir el pago con cierta periodicidad les daba una garantía que ellos no tenían en el campo. Muchas gentes en las entrevistas decía, en contraste con el mundo real: "Lo que pasa es que ya nosotros comenzamos a ganar, ya tenemos seguro un ingreso; mientras que en el campo, sí a uno le va mal en la cosecha, olvidese". Como también sí le iba bien, por supuesto que podía disfrutar algo más.

Estas circunstancias hacen que algunos artesanos se metan a las fábricas. Algunos de ellos no resisten el ritmo y se regresan al taller, pero otros prefieren el pago relativamente estable. Fíjense cómo en el mundo de la misma fábrica se van manifestando esas tensiones entre formas culturales tradicionales y formas culturales modernas — pero ya veíamos que no eran ni tan modernas—; pero al mismo tiempo el obrero va ofreciendo nuevos frentes de resistencia. Esto se expresa en la lucha, más o menos soterrada, por controlar el tiempo libre de los trabajadores.

Si la disciplina en la fábrica era un elemento fundamental y con los métodos de ingeniería industrial era todavía más importante, lo que sucedía afuera de las fábricas también era preocupación, y no solamente de los empresarios, también de la iglesia: qué estaban haciendo los obreros a la salida de la fábrica, en las noches, los domingos y festivos. Porque, para la época, no hay canchas deportivas, no hay un incentivo al deporte, ni siquiera al baile. Las alternativas eran consumir trago en las distintas modalidades y las formas como se use. En Bogotá, las chicherías eran famosas. En Medellín existía otro tipo de bares, tabernas, etc. Pero la obrera no participaba, se iba para la casa o para el patronato, a seguir trabajando. El obrero tenía, en este caso, cierta libertad y acudía a estos sitios de diversión.

Sin embargo, uno va encontrando cómo la misma clase obrera va exigiendo nuevas formas de diversión que sean acordes con las circunstancias que se están viviendo. Más que acomodarse a las propuestas modernizantes y disciplinadoras que trataban de imponer la iglesia, el estado, los patronos y algunos grupos y líderes de izquierda, la clase obrera, por decirlo así, va exigiendo nuevas alternativas y se va integrando indudablemente en ellas. Yo destaco, aunque no lo profundice, el deporte. Indudablemente, comienza siendo un deporte de las élites, de los colegios de los niños "bien" y luego se va proletarizando; hasta que las empresas mismas se dan cuenta de su importancia: construyen canchas, apoyan equipos. Pero muchas veces son incluso los sindicatos los que tienen que presionar para que las empresas les den eso y no pocos líderes sindicales comenzaron como líderes deportivos en las empresas.

Pero también la actividad educativa cobra importancia a partir de la presión de parte de los obreros en los años 30 y, sobre todo, por la educación técnica vienen muchos intentos y experimentos desde la izquierda, los sindicatos, el partido liberal, la iglesia, por supuesto—, y luego, en los años 50, vendría el SENA. O sea, que vamos encontrando toda una esfera en donde el mundo obrero va exigiendo una nueva disponibilidad de recursos. Y como que más que

creerse el cuento de que no se puede tomar trago porque es malo, lo que plantean es que les den alternativas y así, de pronto, dejan eso.

Se expresa también en las formas organizativas. Los primeros sindicatos, y en ese sentido hay una fuerte tradición artesana, eran más gremios artesanales o clubes políticos —al estilo de los jacobinos de la Revolución Francesa— que propiamente sindicatos. En los años 20, por ejemplo, se podría formar eso que ahora llamamos sindicatos de un día para otro; y era un abogado, un médico, unos cuantos obreros y con eso lo formaban. Incluso, muchos de ellos no eran trabajadores de la empresa: en la Tropical Oil Company, los primeros sindicatos los dirigió Raúl Eduardo Mahecha, que nunca trabajó directamente en las petroleras, y así podrían colocarse muchos ejemplos. Eran formas organizativas muy efímeras, duraban escasamente para el conflicto y después desaparecían.

En algunos casos los sindicatos surgen pegados a grupos espiritistas, grupos evangélicos, sociedades filosóficas o librepensadoras; muchos de estos funcionaban en las zonas cafeteras. Además, había alguna influencia masonica, pero como éstas eran para las clases altas, no se metían mucho con el pueblo. Es decir, estos primeros sindicatos surgen en un espíritu muy elevado del siglo XIX. Lentamente, por supuesto, se va construyendo toda esta forma de organización sindical.

La misma protesta, las mismas formas de lucha, las primeras huelgas, eran más asonadas que huelgas, según decía muy gráficamente algún entrevistado. Por supuesto que tampoco existía una legislación al respecto; la huelga prácticamente se lanzaba de un momento a otro y el que resistía era el que duraba más y, por lo menos en los años 20, había algunos conflictos abiertos de carácter armado. Los obreros, por lo menos en las huelgas de Barrancabermeja y de la zona bananera, desenterraron las escopetas de fisto de la Guerra de los Mil Días, aunque más con el ánimo de amedrentar que realmente con ánimo ofensivo. Por cierto, la influencia de las guerras civiles del siglo pasado se sienta en las primeras huelgas.

Si miramos el tipo de reivindicaciones originales de la clase obrera, nos encontramos con peticiones que giraban en torno a lo que en esa época se llamaba un «trato justo» y, a veces, el trato justo era que no los castigarán, que no les pegaran, que a las obreras las dejaran ir calzadas a la fábrica, que la jornada de trabajo no fuera de 15 horas, en fin, toda una serie de cosas que nos hacen pensar en los términos de un historiador inglés, que habla de la «economía moral de los pobres». Es decir, que la lógica que precedió la protesta en las sociedades precapitalistas, era una especie de sensación de lo que era justo o no era justo. Entonces, si subía el pan, la gente se enojaba y hacía una revuelta. Por esa vía uno podría explicar, por ejemplo, la revuelta de los comuneros. Y las primeras huelgas tenían mucho ese sabor de protesta contra lo que es injusto y que está determinado por una especie de economía moral de los pobres, pues no se trataba, por decirlo así, del tipo de pliego de peticiones o de reivindicaciones que vamos a encontrar más adelante, que, por un lado, se van a sofisticar mucho pero, por otro lado, van a entrar indudablemente a incidir ya no estrictamente en un trato justo, sino dentro de una lógica mucho más moderna de explotación.

Y algo muy importante es cómo, lentamente, la clase obrera, al mismo tiempo que iba pidiendo mejoras materiales, iba exigiendo una cosa que tal vez en una época no le atribuíamos mucha importancia y era un puesto en la sociedad, el que fueran considerados ciudadanos, partes de esta nación que se llama Colombia. Y es que en un principio no era así: no solamente porque la mujer, por ejemplo, estaba excluida del voto, sino porque el mismo obrero o los obreros como conjunto y como clase, no eran asumidos como tal.

Esto nos lleva, entonces, al último punto y es cómo también en las opciones políticas, uno encuentra esa tensión que les he querido mostrar a lo largo de toda esta charla entre formas tradicionales y formas modernas y que están en el origen de la clase obrera colombiana. Porque el bipartidismo sigue siendo fuerte, incluso hoy; todavía en el mundo obrero uno no puede decir que la clase obrera en

su conjunto vote por una alternativa diferente al bipartidismo o se abstenga, en fin; pero siento que el bipartidismo es un elemento fuerte. Y lo fue en la época del origen de la clase obrera. La gente seguía siendo colombiana políticamente, o sea, si se había nacido conservador, se seguía siendo conservador, y si se había nacido liberal, se seguía siendo liberal. Sin embargo, a pesar de la pervivencia de este elemento tradicional en la política colombiana, en la política obrera, en la percepción obrera, yo siento que, por lo menos en las primeras generaciones obreras, hay un acercamiento a formas, si se quiere, contestatarias, heterodoxas o, por lo menos, no tan ortodoxas como las de los partidos tradicionales y, en particular, del partido liberal.

En los años 20 nunca se pudo medir el apoyo que tuvo el Partido Socialista Revolucionario, porque cuando participó en elecciones ya estaba prácticamente muerto, desaparecido como actor político. Pero en los años de agitación de María Cano, indudablemente las fotos de sus giras, las crónicas de la época y el susto de la élite, muestran que hubo, por lo menos, una gran simpatía, la gente salía a mirarla y a oírla, lo mismo que a Ignacio Torres Giraldo, a Mahecha, a Uribe Márquez y a todos estos. En los años 30, indudablemente, la clase obrera en su conjunto, como grueso, se vuelve lopista. Ese es uno de los elementos fuertes que yo encuentro en el trabajo. Y no lo hace por mala voluntad o porque sea traidora a una vocación supuestamente revolucionaria, sino porque era la alternativa que en ese momento le quedaba: López Pumarejo le ofrecía a la clase obrera la ciudadanía que ésta buscaba y, al mismo tiempo, le ofrecía las posibilidades de unas conquistas que hoy incluso sorprenden. La FEDENAL, por ejemplo, en 1937 consiguió aumento del 60% del salario; la sindicalización obligatoria de todos los trabajadores del río; y una cosa que no ha llamado mucho la atención, pero es una especie de soviet o de cogobierno en los barcos: todas las decisiones laborales de los barcos se tomaban por un consejo del capitán o las autoridades del barco y de los dirigentes del sindicato. Es un ejemplo y, en fin, FEDENAL fue un caso que yo creo que es irrepetible en la historia del

país; ya la élite y la oligarquía no lo dejaría, por supuesto, y no hay las condiciones; pero cuando uno analiza esos períodos históricos tiende a despreciar o a dejar despectivamente la cosa diciendo: "Se volvieron lopistas porque traicionaron o porque equis grupo político les hizo el trabajo y se botó de patas y manos a López". El problema es mucho más complejo. Yo creo que a estas alturas a ustedes les queda claro que la forma de hacer historia, por lo menos la que yo intento, no es tanto ubicando los aciertos y errores, dónde estuvo la línea correcta y dónde las desviaciones, sino cómo fue que enfrentamos las cosas; un poco más desprejuiciadamente.

Pero, volviendo sobre este punto político, yo siento que por lo menos hasta los años 46-48 la clase obrera tiende a simpatizar y a articularse a expresiones políticas que, de alguna forma, son contestatarias o, por lo menos, ofrecen alguna alternativa a un bipartidismo cerrado. El gaitanismo fue, sin duda, la última expresión fuerte; la clase obrera votó por Gaitán, así la CTC y el PSD, tanto como la izquierda liberal, se hubieran opuesto.

Esto nos lleva al punto final, y es ¿qué es esto de la identidad? ¿cómo veo yo esta identidad durante estos años? En resumen, yo diría que hay unas tres o cuatro etapas.

La primera identidad, por decirlo así, que los obreros adquieren tiene que ver con el contexto del origen de la clase obrera y el crecimiento de las ciudades. En los años 10 se siente la migración de gentes a la ciudad, fruto de la Guerra de los Mil Días y de las crisis económicas que se presentaron durante ella y después, además de la atracción misma de la ciudad. Entonces las ciudades comienzan a crecer, comienzan a formarse lo que hoy llamamos los barrios de invasión en la periferia de la ciudad, los inquilinatos en los sitios que la élite va desocupando en el centro de la ciudad. Todo esto apunta a mostrar cómo la primera forma como la élite trata de identificar a los obreros es con la imagen de pobres, «los pobres». Entonces uno encuentra en los discursos de los años 10 y parte de los años 20 la imagen del menesteroso; se hablaba, por ejemplo, de los barrios obreros como los barrios donde vivían los mendigos, los pordio-

seros, los vagos, los rateros y los obreros; esto es una imagen muy común.

En 1918 se hace una legislación para que cada municipio aporte una plata para construir casas y barrios obreros y, por lo menos en algunas ciudades, comienzan a construirse esos barrios. Pero barrio obrero en Bogotá, por ejemplo, era toda esa zona oriental, como La Perseverancia, Egipto —donde nació Gaitán—, que eran zonas consideradas como miserables. Esa imagen de pobre, que se articula mucho con la tradición cristiana, algunos grupos obreros la asumen porque les conviene; les sirve en la medida en que hay obras de caridad, tales como consultorios médicos o sopa gratis, rebajas en las tarifas del tranvía, o se habla de escuelas obreras gratuitas, en fin. Y eso tiene cierta racionalidad: si a uno le van a dar esas cosas, las recibe. Es que, además, hay que hacerles la caridad porque algún día pueden levantarse y hacer una revolución; o lo que en esa época también se discutía, el problema de la higiene y de la posible degeneración de las razas, por la chicha o el alcohol, y, además, como habían razas mezcladas, indígenas y negros, eran razas que había que mandarlas a recoger, porque, en parte se atribuía a esos pobres, la degeneración de las razas.

En los años 20, con la crisis de la hegemonía conservadora y, sobre todo, con el influjo de corrientes socialistas y anarquistas, comienza a desarrollarse otro tipo de imagen relativamente diferente, ya no los pobres, los miserables; se trata de la imagen del pueblo. Una imagen ya más articulada a la tradición de la Revolución Francesa: el pueblo soberano, el pueblo como el elemento que legitima los gobiernos y que puede desbancarlos. Se trata de una imagen mucho más positiva; ya no es la imagen de pobre del Evangelio, de la caridad que tiene su lado peligroso, sino de una fuerza colectiva que puede producir un cambio social. Sin embargo ese pueblo eran todos, ahí no hay todavía una identidad como clase específica. Por ejemplo, Torres Giraldo y María Cano firmaron un panfleto que se llamaba *«Por el pueblo, con el pueblo y para el pueblo»*. Y

ellos siempre comenzaban sus periódicos hablando de "nosotros, los obreros, es decir el pueblo..."

En los años 30 se produce otro tipo de identidad como clase, y esto se produce en el contexto de la República Liberal y, en particular, en el gobierno de Alfonso López Pumarejo, en la Revolución en Marcha de 1934 al 38. Como les decía, López en su táctica ve que el sector obrero puede ser un aliado importante y comienza a hablarle. Hasta ese momento, por decirlo así, la oligarquía colombiana no le hablaba a la clase obrera como clase, los trataban como individuos, "vayan y voten por mí". Pero nunca hubo una interlocución, por ejemplo, con una central sindical; fortalecer una central, dialogar, consertar, eso no existía. Con López se comienza a dar. Él colabora en la filiación de la CTC, financia los congresos y comienza a hablar de compañeros; en los discursos se habla de compañero presidente, compañero no se qué, en un contexto internacional que marca este acercamiento: Estaba en ascenso el fascismo y las fuerzas progresistas se unen para tratar de frenarlo, y se pensaba que Laureano Gómez era el fascista aquí, y que entonces había que frenarlo. Pero, fíjense que en este contexto se produce un acuerdo, una especie de mutuo intercambio en donde ambos ganan: el Estado gana, indudablemente, un aliado; mejor que estar por allá rebotados en las bananeras y en la FEDENAL, que apoyen programas modernizadores, y en fin. Y, a su vez, la clase obrera gana ciudadanía política y algunas prevendas.

Pero esta identidad como clase —pienso— no fue muy apropiada por el conjunto obrero; esta identidad como clase se manifiesta, por ejemplo, en los Primeros de Mayo. Los Primeros de Mayo hasta el 34 o 35 no se celebraban multitudinariamente, era en recintos cerrados. El Primero de Mayo de 1936 sale por primera vez la clase obrera en grande, con pancartas y todo eso a tomarse las calles. Luego, con el Frente Nacional, aparentemente hay un revivir obrero, pero si se fijan bien, el tipo de obrero que surge o resurge en el Frente Nacional ya no es el obrero tradicional que identificábamos con el overol y con el casco, sino que es el obrero de cuello blanco, el empleado bancario.

el maestro y, hasta nuestros días, el trabajador de TELECOM.

En términos de identidad, de imágenes, el reto contemporáneo es, por supuesto, pensar la cosa de una forma diferente; toda esta simbología, todo ese imaginario, yo creo que cada vez nos dice menos.

Concluiría diciendo, y es lo que trataba de mostrarles, que es de gran importancia la reconstrucción de la vida obrera, de los hombres y las mujeres que resistieron de alguna forma, con mayor o menor éxito, a los contextos de dominación y explotación que enfrentaban y que, en términos del conjunto social lograron una presencia en el escenario nacional, presencia que obviamente en estos días muchos se cuestionan, pero que yo creo que si una democracia quiere preclarse de ello, no podría desconocer en ningún momento el sector obrero.

**TRABAJADORES,
BARRIOS
Y CIUDAD**

Hernán Darío Villegas

TRABAJADORES, BARRIOS Y CIUDAD

Hernán Darío Villegas*

Casti por lo regular, se presenta una dicotomía entre la vida del trabajador asalariado y la de los barrios; es una imagen generalizada, incluso para los académicos. Es más, cuando de alguna manera los primeros son incorporados a los segundos, aparece el continuo señalamiento de aquéllos como seres privilegiados con respecto al conjunto de los habitantes de las barriadas populares.

Este calificativo puede tener respaldo en evidencias contrastantes, pues mientras el obrero cuenta con una relativa estabilidad de empleo e ingresos —cada vez más precarios—, otra parte de la población se la juega en los avatares y afugias diarias, en las irregularidades de las entradas y en las incertidumbres del mañana inmediato. Estos contrastes se traducen en el barrio en la calidad de la vivienda, en la dotación doméstica y en los niveles de consumo. Y, como para rematar, ante el alto índice de desempleo, que en algunos barrios puede llegar al 50%, quienes tienen un trabajo aparecen como los "ricos" de la comunidad.

Pero estas evidencias, que han llevado a los detentadores del poder a estigmatizar a los trabajadores como "oligarcas de overol", no hacen sino ocultar la injusta estructura socio-económica, donde se le pretende achacar los males de la pobreza a quienes agotan su vida en una

*Historiador de la Universidad de Antioquia e Investigador de la Escuela Nacional Sindical. Ha publicado el libro: *La formación social del proletariado antioqueño*, Medellín: Concejo de Medellín-El Propio Bolsillo, 1990.

fábrica y no a la voracidad de la acumulación de capital, en seres que habitan principescos palacios y deciden sobre nuestras vidas en función del acrecentamiento de su poder.

En realidad, la separación entre trabajadores y habitantes barriales no nace ni de los unos ni de los otros, sino de la misma estructura y dinámica del capitalismo que para su materialización y reproducción genera, por un lado, sectores sociales diversos y, por el otro, espacios diferenciados, dando lugar a una segmentación de la vida social y personal, con estrechos vínculos entre sí, pero cuya integración se nos aparece como atomizada y desevolviéndose en compartimientos estancos.

En ese sentido, la ciudad y lo urbano es escenario por excelencia del desenvolvimiento del capital, el cual los crea, los construye y los reconstruye a su imagen y semejanza, tanto para la producción, como para la consecución de fuerza de trabajo, circulación de mercancías y realización o consumo de las mismas.

Así, se tiene la fábrica como el lugar para la producción donde se consumen por ocho o más horas, seres humanos en su condición de obreros u empleados oficinistas. A su interior, existen, a pesar de las apariencias, las más variadas condiciones, tanto humanas, como de oficio, de permanencia y salariales, reunidos en una bien planeada división del trabajo, organizado y orientado por la férula del patrón.

Esa masa de individuos, cuando sale en tropel después del pito que anuncia el fin de la jornada, se dispersa rodando por las calles con el cansancio de sus cuerpos, en los apiñados racimos del transporte colectivo, hacia sus hogares; y allí encuentra su familia, con quien repone las fuerzas físicas y psíquicas para reiniciar la jornada una y otra vez; en donde también se levantan los menores, hijos o hermanos, que probablemente lo reemplazarán en su condición de trabajador, en esa o cualquier otra empresa, cuando el duro trajinar, que se suma con los años, lo deseche a la soledad de los recuerdos seniles.

Con esa familia, a la que se debe y por la que lucha, levanta y estructura un espacio digno, entabla y fortalece las relaciones con sus amigos-vecinos, es decir, la gente del

barrio. Y estos dos espacios —hogar y barrio— son los más apreciados por el trabajador, donde el tiempo tiene la dimensión de la vida, de su condición humana, a diferencia de la fábrica en donde es considerado como un factor y un costo de producción. Si aquí le exigen rendir, allá lo convocan a participar, a disfrutar, a compartir.

Pero hay otro espacio en donde trabajadores y habitantes del barrio en general se entrelazan, y donde tienen al final como resultado los bolsillos vacíos: el espacio del consumo, que está en la casa —mercado, servicios, celaduría, etc.—, en la calle —la tienda, el supermercado, el estadio, el bar, el baile—; en fin, todos aquellos lugares donde las gentes se proveen de los bienes y servicios para su manutención, hacia donde las más modernas técnicas de marketing los orientan y condicionan, donde les crean imágenes tan fantásticas como inaccesibles: autos último modelo, lujosos hoteles en la playa, viajes a lugares recónditos, manjares exquisitos, ropa de marca, en fin, un mundo de imágenes que nos crean la ansiedad de disfrutar un mundo paradisiaco e inalcanzable. Detrás de toda esta seducción, se encuentran los socios de las empresas, que ya no ven a los trabajadores como productores, sino como consumidores de sus productos, logrando de este modo que el salario obtenido se esfume de sus manos para volver a los dueños del capital.

Así, podríamos seguir enumerando y describiendo una serie de espacios en donde la vida se fragmenta a pedazos, como el cuartel, la escuela, la política, entre otros.

En ese sentido, las diferenciaciones entre trabajadores y habitantes del barrio no está en ellos, sino en una lógica que profundiza en la especialización de espacios, funciones, trabajos, actividades, máquinas; a través de los cuales destruye o reestructura relaciones tradicionales cimentando la individualización, y con ella el aislamiento y la soledad, y elevando el individualismo como la cúspide de la filosofía de la vida para que la competencia devastadora entre los más permita el mejor provecho entre los menos.

Por ventura, la solidaridad e imaginación colectivas han creado resistencias y fisuras en este modelo de existencia

que se nos impone, no obstante estar expuestos a diferentes cercos, como las precarias condiciones de vida, la marginalidad que a todos niveles se presenta desde el Estado, la segregación física y humana en ciudades donde la opulencia ostentosa se encierra tras mallas y vigilancia privada y, finalmente, la persecución paranoica de identificar las limitaciones de recursos, la procedencia humilde como lo peligroso, lo malo, lo delictuencial y lo subversivo para que otros puedan dormir plácenteramente sin más desvelos que la manera de hacer dinero.

De modo que, una cosa es cómo el poder ve a los barrios y otra muy distinta cómo lo perciben sus habitantes.

El barrio es y ha sido uno de los principales factores de identidad para sus moradores, incluyendo a los trabajadores fabriles. De ahí que sea conveniente observar los barrios en su dinámica, tanto en relación con su estructuración como en sus vínculos con la ciudad a través de una retrospectiva histórica. En ese sentido, nos concretaremos en el caso de Medellín y el Valle de Aburrá.

Medellín nació como ciudad en los albores del siglo XX. La expansión de la economía cafetera le permitió concentrar el comercio y montar su industria. El Valle de Aburrá era una planicie salpicada de pueblos, separados por fincas dedicadas a la siembra de caña o al recreo, cuyo centro era Medellín. Esta panorámica se rompió pronto: la migración propiciada por el auge económico de la ciudad y sus municipios vecinos, así como el empobrecimiento de zonas agrícolas y mineras del departamento, dieron lugar a que la población se duplicara en los 23 años que van de 1905 a 1928. La ciudad se convierte, entonces, en una posibilidad para salir de la pobreza y en un atractivo para vivir.

Con la irrupción del capitalismo comercial, industrial y financiero, se modifica la estructura urbana, adecuándose para una mayor agilización de las mercancías y la fuerza de trabajo. Los servicios públicos de acueducto, alcantarillado y energía amplían su cobertura y mejoran su calidad; el transporte urbano se moderniza con la introducción del tranvía que une a Guayaquil con los barrios; las calles se amplían y la ciudad comienza a fragmentarse de acuerdo

con las funciones comerciales, productivas y residenciales, estas últimas de acuerdo con el status social.

A la par con la modernización urbana, las construcciones, especialmente de viviendas, se aceleran. Concentrándonos en los sectores populares, el barrio ancestral más característico era el de La Toma, llamado "Quebrada Arriba", el cual congregaba a artesanos y gente del común.

Ya hacia los años veinte se levantan numerosos barrios en las laderas orientales de la ciudad, tales como Santa Ana, Sucre, Villa Hermosa, La Ladera (Majalc), Manrique, Pérez Triana (La Polka), Campo Valdés, Aranjuez, Berlín, Gerona, El Salvador, La Asomadera y Colón, que albergarían a la población nativa e inmigrante que buscaba ocuparse en diversos oficios y lugares: artesanías, servicio doméstico, almacenes, trapiches, ladrilleras y, en cada vez mayor proporción, en establecimientos fabriles y semi-fabriles. Estos barrios también serían el lugar de recepción para familiares o conocidos de los primeros inmigrantes.

Como una gran peculiaridad, se presentaron hasta mediados del siglo los barrios impulsados por las fábricas. Su antecedente inmediato fueron los patronatos, creados por los empresarios de las grandes fábricas con el fin de aislar y "cuidar" a las mujeres obreras, y el que tenía un cierto carácter de internado-dormitorio. Ante los nuevos ritmos que imponía el sistema de producción fabril y las resistencias a él por parte de las primeras generaciones obreras, como la indisciplina, la irregularidad en el cumplimiento de horarios, la falta de continuidad en el trabajo, entre otros, que causaban traumatismos en el flujo continuo de la producción, los empresarios optan por estrategias que permitan un mejor control de la fuerza de trabajo. Dentro de estas estrategias se encontraba la construcción de barrios de obreros cerca de las fábricas.

Así, empresas como Tejidos de Bello, Fabricato, Coltabaco o Rosellón construyeron barrios para vender o alquilar viviendas a módicos precios para sus trabajadores, logrando con ello una garantía de fidelidad y estabilidad en la fábrica, y tener un mayor control de la vida y las costum-

bres. Además, se estimulaba el espíritu de propietario e independencia propios de la idiosincracia antioqueña.

Por esa vía, la fábrica se proyectaba y se asentaba en el barrio; por otro lado, éste asumía una gran homogeneidad, puesto que sus habitantes eran los trabajadores de las fábricas y sus familias, para quienes el pito marcaba los ritmos de la vida.

En otras ocasiones, las fábricas se levantaban en barrios populares, contratando a sus habitantes en calidad de obreros. Tales fueron los casos de Tejcóndor, Telsa y la Fábrica de Licores en el occidente de Medellín.

Otros asentamientos fueron más heterogéneos, pues partieron de la iniciativa de particulares que aprovechaban un creciente mercado entre los trabajadores de diferente naturaleza, haciéndose a un lucrativo negocio de especulación de predios y construcción de viviendas. Entre los clientes contamos a los empresarios y al Estado, cuyo fin era brindar soluciones de vivienda a sus empleados.

El levantamiento de los barrios nuevos se hacía mediante una planeación que incluía un diseño en forma de tablero de ajedrez, amplias calles, dotación de servicios (muchas veces suministrados por la fábrica), lotes para la plaza (parque), iglesia, inspección de policía y escuela. La construcción era realizada en parte por la compañía urbanizadora, la que, al valorizar los terrenos, vendía lotes cuyos propietarios se hacían al techo por medio de la autoconstrucción a modo individual o a través de convites. Posteriormente venían las mejoras que provenían de los ahorros familiares o préstamos de las empresas.

Los sectores más pobres de la población recurrían a invasiones, como en los barrios Aguas Frías, El Salado, El Socorro y Betania, o eran asistidos por organizaciones caritativas como la Sociedad de San Vicente de Paúl.

Si bien es cierto que los nuevos barrios surgen como iniciativa de empresarios y del Estado para estabilizar y disciplinar la fuerza de trabajo, además de solucionar el problema del déficit de vivienda que se volvía agudo y explosivo, éstos van adquiriendo una personalidad en donde se conjugan contradictoriamente la tradición y la mo-

derinidad que propiciarían rápidamente un proceso de pertenencia, afirmación e identidad.

El barrio se convirtió entonces, y a pesar de las diferencias en cuanto a procedencia y ocupación, en una territorialidad que, de alguna manera, para los inmigrantes del campo suplantaba el pueblo o la vereda. En él se compartían muchos lazos de convivencia reforzados por la consanguinidad de sus gentes. La tienda, el bar y el parque o la plaza, eran los sitios por excelencia para la reunión y diversión de sus moradores, además de las visitas y fiestas familiares.

Un elemento significativo e identificador del barrio era la iglesia, en cuya monumental construcción los vecinos colaboraban con el mayor entusiasmo. Las misas, los cursos de catequesis, las asociaciones católicas, las fiestas patronales, los ejercicios espirituales, las romerías, las procesiones, las visitas del cura a las familias, todo ello propiciaba la integración de la vida comunitaria y a la vez se convertían en un medio de control social desde la religión.

Por otro lado, y contrariamente a lo que puede pensarse, las primeras organizaciones obreras, aparte de las establecidas por los patrones en sus empresas, se crearon en los barrios. Estas organizaciones eran muy variadas, tanto en su carácter como en su orientación política. En los barrios funcionaron, entre otras, mutualidades obrero-artesanales, como la Congregación de Obreros de San José, auspiciada por la iglesia a través de la Acción Social Católica; además, la mutualidad del pueblo, los centros conservadores, liberales y socialistas, así como clubes y centros culturales.

De modo, pues, que tempranamente los barrios fueron el centro de un intenso dinamismo de todo orden que se asentaba sobre el tipo de trabajo, la iglesia y la fábrica, pero donde el calor y el colorido lo daba la solidaridad y la alegría de esas gentes compuestas por un múltiple rostro de trabajadores asalariados e independientes, hombres, mujeres, infantes y ancianos.

Pero una cosa era este ambiente humano que se construía y vivía en los barrios y otra la mirada de la élite medellinense, obrando unas veces con criterio paternal-caritativo y otras con desdén y temor.

En el primer caso, el periódico católico *El Obrero*, al constatar las precarias condiciones del hacinamiento de las viviendas obreras, señalaba eufemísticamente en 1912, al referirse a los barrios que se construían en las laderas orientales, que "*en esa parte de la ciudad el aire es más puro y da a los pobres la ilusión de una temporada*".

En el segundo caso, los barrios eran vistos como peligrosos centros de delincuencia y de comportamientos vandálicos, aunque fueran revestidos con imágenes folclóricas. Para muestra, dos ejemplos.

El primero es Guayaquil, sede de la plaza de mercado, del ferrocarril, de fábricas y trilladoras, cacharrerías, almacenes, restaurantes, hoteles, cantinas, lugar de reunión de emigrantes y nativos, era la síntesis multicolor del Medellín popular.

De un artículo del periódico *La Defensa*, podemos extractar algunos de los personajes que se encontraban:

—Eternos rodantes de prendería a donde llevan el fruto de sus destrezas.

—Pescadores de oportunidad para echar en paro junto con la vida la última prenda.

—Jugadores, carroñas vivientes.

—Tristes mujeres hartas de hambre y de vicio, las mismas que en cualquier momento, por una emergencia de la vida, tienden a su mancebo cara al sol, con un barberazo al cuello, o son llevadas por causa idéntica al último reposo.

—Truhanes y aldeanos mofletudos.

—Estudiantes paupérrimos cuya ración se acomoda al precio del comestible insuficiente.

—Burdas aldeanas que mercan manojos de legumbres y hortalizas.

—Músicos sin oficio, pobres por profesión, mozos alcanzados en cuentas con cantinas y hoteles, limpiabotas, aurigas, tahures anónimos, cantores que viene de aldeas...

Y qué decir de su vida. En el artículo del cual extraímos sus personajes el autor caracterizaba a Guayaquil como "el barrio alegre que a la vez ha visto tragedias y tempestades de sangre" y Fernando Gómez Martínez, en otro artículo del mismo periódico, lo describía así:

"Guayaquil encierra el alma judía que ha querido dársele a la ciudad entera. Es el centro del comercio a baja escala y como tal, el emporio de las pequeñas trampas. Bajo el sol canicular que baña las anchas calles y entre el merudo polvo que la envuelve como una rube, se trama el diario vivir de muchos con perjuicio del diario vivir de otros... Esta vida de Guayaquil, en sí baja y miserable tiene todo el encanto de una tienda gitana, con la policromía de los vestidos y la franca animación que la distingue".

De modo que Guayaquil tenía simultáneamente un mágico atractivo y el pavor de una vida perversa.

El segundo ejemplo es Gerona que, al parecer, fue una importante fortaleza socialista en los años 20. El mismo Fernando Gómez Martínez decía que:

"— tiene el espíritu pendenciero y levantisco de las democracias americanas en los primeros lustros de existencia. Un dicho chusco afirma que allí revientan piedras todas las semanas para lanzárselas los domingos. Tiene alma torera este extraño Gerona".

Hasta los años cincuenta, las características del crecimiento espacial y poblacional de Medellín se mantenía en términos generales, aunque la ciudad se ampliaba y su imagen se fortalecía en el contexto nacional, esgrimiendo los blasones de un progreso que contaba con orgulloso regionalismo, su himno antioqueño de colonizadores, arrieiros y hachas, a sus ancestros de ruana y alpargata. Sin embargo, esos tiempos míticos se desvanecían ante un progreso que sólo consideraba al futuro como único tiempo existente, mientras el presente demolía cualquier vestigio del pasado y se obnubilaba con el acelerado crecimiento industrial y comercial y con ellos, las chimeneas, las congestiones vehiculares y de personas, dando la imagen de un gran panal alborotado de trabajo. La pujanza modernizante de Medellín conducía a frecuentes reestructuracio-

nes, mientras los flujos migratorios todavía podían ser absorbidos e integrados. Medellín, pues, se convirtió en el ejemplo de una ciudad que presentaba un armónico crecimiento.

De igual manera, los viejos y los nuevos barrios mantenían patrones comunes, sólo que ya convivían diferentes generaciones. El sentido de pertenencia se conservaba, puesto que los hijos de trabajadores (muchos de los cuales también trabajaban en la misma empresa) seguían habitando el barrio, fuera mediante la subdivisión de la casa paterna o por la adquisición de vivienda cerca de ella. No obstante, quienes lograban cierto ascenso social (por promoción o estudio), emigraban a otros sectores de la ciudad, pero manteniendo continuos lazos con el barrio de origen, que lo facilitaba el teléfono y la ampliación y agilización del transporte urbano.

Con la explosión de la violencia de medio siglo, la ciudad modifica sustancialmente su estructura armónica ante la avalancha de nuevos habitantes, quienes ingresan, ya no atraídos por la seducción del progreso y mejores oportunidades, sino refugiándose ante la violenta persecución que se producía en los campos. Aparecen nuevos asentamientos que ocupan las laderas occidentales y orientales; los más favorecidos logran hacerse a una vivienda construida por urbanizadoras particulares o por el Estado a través del Instituto de Crédito Territorial. Pero, un gran número de refugiados levantan con desechos los barrios de invasión que pululan, igual que la miseria.

La marginación de amplios sectores de la población generó agudos conflictos signados por la supervivencia: en vez de asimilación se produce el rechazo; en lugar de adaptación, se presenta el resentimiento, y el rebusque reemplazó al trabajo estable.

Los barrios que conservaban alguna identidad se fueron convirtiendo en una torre de babel donde los servicios públicos eran escasos o no llegaban y todo estaba por satisfacerse. En fin, los nuevos integrantes se sienten extraños y desarraigados; los antiguos, presionados por la

competencia de los nuevos, y entre ambos soportando el peso de un espacio cada vez más denso y reducido.

Mientras tanto, el Valle de Aburrá deja de ser salpicado de pueblos para convertirse en Área Metropolitana, que aunque conservó los rasgos regionales de siempre manteniendo la "unidad" cultural, el medio fue ahora no una apacible ciudad media, sino una gran selva inhóspita de concreto.

Las brechas se ahondan a pesar del fortalecimiento burgués y de sus pujantes industrias. Ciudades subterráneas en las laderas de las montañas, son ignoradas en la planicie del Valle. Ya el obrero es privilegiado en relación con los rebuscadores de la vida que se la juegan aquí y allá.

Ante este panorama brumoso, los habitantes de los barrios no se quedan lamentándose de su destino. Por el contrario, las múltiples necesidades los llevan a construir lazos de solidaridad y organizaciones comunitarias, instrumentos que son utilizados para construir viviendas, realizar obras de servicios públicos, crear salones comunales, impulsar actividades culturales y deportivas, aunque bueno es señalar, muchas de estas iniciativas fueron de carácter coyuntural que desaparecían apenas concluían los propósitos colectivos iniciales.

Hacia los años 70, jóvenes ávidos de cambio y, porqué no, idealistas, influidos por las luchas obreras y estudiantiles, conforman grupos de variada naturaleza, destacándose los de índole cultural y artístico, incluyendo la fundación de bibliotecas. Pero la nota amarga para muchos de estos grupos fue la persecución desatada por el Estado que veía subversión en aquellas iniciativas que no estuvieran bajo su control, interrumpiendo de esta forma procesos de autogestión.

Ahora bien, si Medellín hasta comienzos de la década de los 70 seguía siendo modelo para el resto del país, esta imagen se iba resquebrajando a su interior, lo que es evidenciado y propiciado por la crisis industrial que se manifiesta hacia 1974, agobiando de manera patética a gran parte de la población.

La disminución en la inversión, el cierre de fábricas y el despido de trabajadores en aquellas empresas que se modernizaban, agudizó el fenómeno del desempleo abierto o disfrazado. El paternalismo fabril que dominó en la industria antioqueña es abandonado para darle paso a nuevas concepciones administrativas más impersonales. El trabajo dejó de ser seguro, así como la vinculación de familiares. Esta inseguridad ha igualado en sus condiciones a los trabajadores con los deambulantes rebuscadores de los barrios para lograr su subsistencia.

Se rompió así la armónica continuidad sostenida y se creó un clima mental que, de una u otra forma, resquebrajó aquello que con orgullo se exhibía a través de los tres elementos que señalábamos arriba.

A comienzos de los años 80 confluyeron dos fenómenos complementarios: de una parte, la crisis de la industria nacional fue particularmente dura en Antioquia, puesto que afectó sectores asentados allí, especialmente el textil y el de las confecciones, elevando considerablemente los niveles de desempleo y el deterioro de los ingresos familiares.

De otra parte, el vacío creado por el agotamiento de la industria es llenado por el narcotráfico como una posibilidad de enriquecimiento rápido, cuyo único requisito era el arrojo, sostenido en parte por la necesidad. El desarrollo y las consecuencias de la aparición de esta nueva empresa, son conocidos por todos.

La confluencia de estos dos fenómenos, más la descomposición de los valores tradicionales, entre otros, permiten aproximar una explicación a la situación actual del Valle de Aburrá.

Particularmente en los barrios populares se vive el desarraigo, sobre todo en parte de una juventud que aunque no ha perdido la devoción, se ha desprendido de la iglesia tradicional y de los valores que agenciaba. El trabajo ya no significa un elemento incorporado a la vida. Estimulado por los medios de comunicación, se adora el dinero, mientras más fácil mejor. La unidad familiar se desajusta.

Frente a esta situación, y favorecida contradictoriamente por la crisis, se levantan alternativas y proyectos que recogen lo más decantado de la tradición pero con mirada de futuro, contraponiendo a los estigmas y estereotipos, una reafirmación ante sí mismos y ante lo demás.

El asunto no sólo compete a los habitantes de los barrios, sino que involucra a toda la ciudad. Y es por esto que no puede seguirse con la separación entre habitantes y trabajadores, pues ambos comparten su vida. Además, es necesario retomar algunas experiencias que han invocado la solidaridad entre los dos sectores.

Ahi está, por ejemplo, la participación conjunta en los movimientos cívicos, las operaciones canasta y mítines en los barrios frente a conflictos huelguísticos, la presencia de grupos organizados y artísticos de los barrios en carpas, la colaboración de los sindicatos a los diferentes grupos en cuanto al préstamo de sus sedes para reuniones, en la reproducción de hojas volantes o periódicos y hasta en la asesoría organizativa.

Estas y otras iniciativas van forjando una nueva ciudad, distinta a aquella que la élite construyó a su imagen, semejanza e interés y que hoy se quiere revivir nostálgicamente con la reedición de un mito que tiende a desaparecer: el de la antioqueñidad. Hoy está a la orden del día levantar una imagen de futuro que debe pasar por una crítica descarnada a ese mito y darle paso a la construcción de nuevos valores, reivindicando tradiciones que nunca fueron consideradas en las historias oficiales, haciendo hablar en primera línea la solidaridad, la lucha y el afán colectivo, la alegría y el bullicio populares, aun en medio de las adversidades, abriendo paso a nuevas y mejores posibilidades hacia una existencia humana más digna.

**COTIDIANIDAD
OBRERA**

William Román
Héctor Vásquez

TRABAJADORES, COTIDIANIDAD Y CULTURA

William Román*

Es indudable que realizar una reflexión de la vida cotidiana de los trabajadores, puede constituir una empresa particularmente tentadora. Tanto el carácter (supuestamente) audaz del tema, como preocupaciones actuales muy válidas, como son la humanización de los tiempos de trabajo, el ritmo de vida, la pérdida de la individualidad, el discreto pero eficaz papel de las iglesias en la vida cotidiana de los obreros, el malestar social, el descanso, el cuerpo, el deseo, el tiempo, el espacio, la familia, el amor, la soledad, las necesidades económicas, el goce, la pasividad, la eficiencia productiva, la creatividad, la sexualidad, etcétera, etcétera, incitan a explorar este tema de lo cotidiano con toda la naturaleza del hecho que se repite y volverá a repetirse y seguirá repitiéndose, como un designio casi siempre desconocido porque es como un hilo invisible que orienta, que dirige nuestras vidas. Un círculo vicioso de nunca acabar. Una repetidora que es el símbolo del martillo social, con que las instituciones productivas y sociales persisten sobre los seres humanos para encadenarlos al reino de la necesidad, al tiempo del trabajo para la sobrevivencia, al mundo de la seguridad económica.

Propuesta como ésta, nos lleva a pensar que la reflexión sobre la vida cotidiana debe fundamentarse en la historia material del modo de vida de los trabajadores. Apoyándonos

*Empleado de Siderúrgica, estudioso de las problemáticas tecnológicas, de asuntos laborales y sindicales.

en experiencias personales, en análisis históricos, psicológicos, antropológicos, sociológicos, proponemos como punto de partida el examen detenido de las relaciones del trabajador con sus semejantes y con la acción productiva, desde una doble relación metódica fundamental, que tiene su origen en el desarrollo de nuestra vida cotidiana. Se trata de la relación ordenada y precisa de la acción del trabajo con la interacción social unida, por un lado, a acciones reales, empíricas, prácticas y, por otro lado, a ideologías, que incesantemente intentan obrar sobre nuestras vidas, ya sea consolidando sus posiciones, o ya sea decantando nuestra práctica social.

Mediante el trabajo, el ser humano, tanto en su historia colectiva como individual, se relaciona con el tiempo. *El tiempo productivo* dirigido a beneficiar el crecimiento económico de la sociedad; y el tiempo no productivo, dedicado al crecimiento humano, al desarrollo integral como seres afectivos, juiciosos, cuerdos e imaginativos. Los empleos de estos tiempos, analizados de forma comparativa, permiten mirar que el uso de estos horarios crea problemas y fenómenos nuevos en la vida cotidiana de los trabajadores.

Si se clasifican las horas del día, de la semana, del mes, del año en tres categorías, observamos la primera característica de nuestra cotidianidad: *nuestra regularidad temporal* determinada por el reloj.

Esta división está determinada, primero, por el tiempo *obligado* (el de la funcionalidad alrededor del trabajo). Por ejemplo, los cambios de turno lo ponen a uno como hombre productivo a prepararse con varias horas de anticipación para asumir las tareas de la producción. Esto significa que para un turno de madrugada uno debe estar muy temprano en la cama para poder recuperar fuerzas, se debe estar muy temprano en el hogar para iniciar esta preparación. Esto, sin contar las horas que uno gasta en el transporte.

La segunda categoría es la del tiempo *socialmente disponible*; representa sobre todo una experiencia de vida relacionada con el de las exigencias diversas que están por fuera del trabajo pero que social e institucionalmente hay que ejercerlas: el transporte, las gestiones personales (fa-

miliares, estatales, formalidades, etc.). Este tiempo es una prospección de las necesidades personales (la demanda del consumo) y que forma parte de una práctica social: el consumismo, que brinda la posibilidad de un control detallado y de una intervención puntual de diferenciación, de depuración, de eliminación, de pedir información en cada momento de los actos que ejecuta y de las prácticas ideológicas (orden religioso) que en la cotidianidad se refleja en las creencias del más allá y en las fuerzas ocultas, de las que no hemos podido marginarnos (los adivinos, los mediums, etc.).

La suma de estos actos produce la escasez del tiempo, uno de los resultados del tipo de producción al que férreamente se plegó el mundo del siglo XX, que condujo a la sustitución del bien máspreciado e irrecuperable de que pueda disponer el hombre, por el más fantástico y fugaz: tiempo por dinero.

La tercera categoría es: *el tiempo libre* (el del ocio) que en estos momentos es una necesidad básica de los seres humanos.

Con esta división del tiempo observamos que el tiempo de la soledad aumenta. Va más de prisa que lo que aumenta el tiempo del ocio. El tiempo obligado y el de la soledad se inscriben en la cotidianidad y tienden a definir lo cotidiano por la suma de las obligaciones que recaen sobre el tiempo de los obreros. Aquí aparece uno de los fenómenos nuevos, de los que hacemos mención automáticamente, la entrada y salida del trabajo. Desde el momento en que suena el reloj, éste marca el ritmo del día y este ritmo muestra una actitud que es como un hilo conductor de direcciones: *es nuestra domesticación*. Nada más imperceptible que silenciosamente bajo el imperio de nuestros sentidos trastabilla bajo nuestros pies, y pocas veces se toma la palabra. Sin embargo, es la placenta misma de nuestra vida, es la cotidianidad.

Esta domesticación está representada por el espejo de la producción, tal como ésta transcurre en la fábrica: Primero está el contrato laboral, que hace de nosotros, los trabajadores, unos seres "libres" para escoger el lugar de nuestra esclavitud, pues la fábrica reglamenta con la pro-

ducción el día, y los días, "uno tras otro, son la vida." Luego viene la presencia del trabajador en la fábrica; a la entrada de los turnos, diariamente nos exigen despojarnos de nuestro nombre, para contablemente identificarnos con un número y productivamente poder cumplir con nuestro rol impersonal frente a la máquina: los ritmos de producción, el incentivo.

Las tareas a destajo también fraguan, con la cotidianidad, un tipo de obrero para el que el mundo son apenas cosas, y los seres somos seres pasivos, espectadores que sólo nos sentimos vivos en la mortal carrera con la máquina hacia un poco más de salario para así poder incrementar, a la larga, nuestro despojo. Esa actitud pasiva hace que con el ingreso salarial adicional crezcan las deudas y los problemas del consumo, y crezca también la infinita credibilidad en el azar y en el esfuerzo subjetivo, aislado de los demás, como fuentes de vida y de riqueza espiritual. Nada más despoblado que los atiborrados salones de producción de estas modernas fábricas; aquelarres de voces, ruidos, pasos de humanos; cuerpos que se consumen en marchas sin metas locuaces, vagabundeos del espíritu; pánico por la incertidumbre de los encuentros y los desencuentros, miedo a la espera, cobardía de los adioses; el obrero en estos salones, a diario, se encuentra sorpresivamente colmado de una insólita soledad en un salón de producción, que es en un turno un cruce de imágenes, de ideas gelatinosas, de esquemas de comportamiento; convergencia de destinos.

Los trabajadores no retornamos sobre nuestro pasado productivo, social, familiar, político: sólo tenemos presente, que es lo que nos permite redescubrir, individualmente, una soledad al filo de la incomunicación. Con esta incomunicación nos volvemos más repetitivos, nos preguntamos menos, y nuestra capacidad de asombro ante los fenómenos cotidianos del trabajo *se anulan*.

El nivel de la organización industrial actual se puede caracterizar como un régimen productivo de alta tecnología, muy mecánico en su desarrollo y que tiende a crecer con la organización misma. Este régimen productivo tiene sus bases ancladas en tres conceptos: a) la puntualidad; b) la

regularidad y c) los indicadores económicos tradicionales, profusos en cifras alentadoras como pilares de la magnificación de la competitividad, el rendimiento, la productividad, la calidad total, el programa cero defectos, etc. En sociedades como la nuestra, este nivel de organización opera con la desvalorización simultánea de las actividades no rentables como la lúdica, el descanso, la amistad, el trabajo doméstico, el recreo, el pensar, etc. Por el momento, vemos que el trabajo, con una extrema división de las operaciones productivas, continúa dominando la práctica de las relaciones sociales del mundo del trabajo. Esta *puntualidad*, esta *regularidad* nuestra es todavía trabajo cotidiano, es entrar en contacto con el mundo humano ya realizado, pues éstas son las formas tradicionales que se vienen aplicando en la industria: *nos mantienen satisfechos en la pasividad y en la ignorancia*, proporcionándonos una alegría y felicidad ilusorias que perpetúan nuestra inconciencia, nuestra maquinización, nuestra neurotización.

En el proceso del trabajo el hombre se sirve de instrumentos (las máquinas) que no son otra cosa que una articulación objetivada de nuestras propias energías y un multiplicador de nuestra actividad. Por esta relación, nosotros los trabajadores, casi siempre, carecemos de tiempo personal, de tiempo para sí. Esto nos sucede a todos: obreros, amas de casa, mandos medios, profesionales, secretarías, gerentes. Hombres y mujeres padecemos una enorme falta y pérdida de tiempo para vivir experiencias creativas: *el amor, la amistad, la emoción estética, la reflexión, la lectura, el baile, la maternidad, la soledad, el escuchar, el acompañar al otro, el envejecer, etc.* A esta situación pueden agregarse consideraciones de orden cualitativo que muestran un ritmo de vida liderado por la diosa velocidad que, en forma vertiginosa, construye un tiempo que aparta al hombre del único ideal de vida realmente humano: *el ocio*.

Precisamente, en la necesidad de interrelacionar los elementos de la actividad productiva (la creación de un mundo de cosas es muy poderosa), con los diferentes aspectos de la actividad humana (el pensar y el hacer de

las relaciones sociales) hace que esta interrelación sea fundamental en el proceso del desarrollo humano. Esta interrelación como actividad técnica absolutiza una sola de estas actividades humanas: *el trabajo*, que es el significado del esfuerzo del trabajador para obtener los medios económicos de subsistencia.

Esta actividad técnica es el trabajo mismo, es algo, es una cosa que los trabajadores obtenemos, y que nos permite existir, primero, como parte operativa de una organización industrial, es decir, como trabajadores, y, luego, como individuos ligados a los objetos físicos (*la producción*). Los procesos de trabajo para nosotros los trabajadores son un entrenamiento técnico para sostener una rutina temporal, mecánica, a costa de nuestra salud, de nuestra conveniencia y nuestra felicidad orgánica. Es allí, en la producción, donde se sufren profundamente las tensiones propias de la disciplina del trabajo. Este entrenamiento nos condiciona una apropiación del *propio ser natural humano* (el cuerpo, el tiempo, el deseo, el espacio, etc.) y esto se da porque nosotros los trabajadores siempre pensamos con las manos, y esto nos permite ejercer sobre el universo una acción muy limitada. No podemos actuar más que sobre lo que tocamos. De esta manera el trabajo es cotidiano y rutinario. Así, de esta forma, se expresa la cotidianidad al interior de la fábrica, frente a los demás trabajadores y frente al trabajo mismo. Es decir, la cotidianidad diseña desde entonces muchas de las facetas, de las características, de los símbolos, de los gestos que son el marco físico ambiental en el que desarrollamos nuestra vida y a la que nos hemos acostumbrado: *El proceso del trabajo*.

Para nosotros los trabajadores, lo cotidiano ha dejado de ser un hecho rico en subjetividad, o sea, la idea del hombre activo, creador, productor en el sentido amplio. Esta cotidianidad, por la acción de las relaciones de producción, también desaparece, para convertirse en objeto (objeto de la organización social). Por esto, el trabajo, se ha reafirmado, se ha consolidado, y por esta misma causa el trabajo se explota en forma racional: *es el espacio-tiempo*

de la autorregulación voluntaria y planificada. Es un objeto con grandes cuidados. Es el camino de la ideología pura.

Lo cotidiano se revela siempre como un hecho de repliegues, de vueltas que se dan alrededor de un centro común: *lo imaginario*. Este imaginario tiene esta función y la cumple a la perfección. Lo cotidiano se circunscribe, para nosotros los trabajadores, a un lugar común: *de la casa, al trabajo, del trabajo a la casa*. Así, la cotidianidad se desdobla. La casa representa la intimidad para el trabajador. Esta es la perfecta propiedad de un residuo de espacio y de tiempo. Se identifica también con la rápida y fugaz recuperación a través de los días, las semanas, **los meses, de la constante** fatiga. Esta es la cotidianidad perfecta: acompañada de la soledad del ser. Esta dura capa de la soledad sustentando el andamiaje de una cotidianidad que con el juego diabólico del olvido hacer rechazar la dicha de una calle ubicada entre el ruido y la violencia de una taberna, o de un teatro en el que, en su fondo, nadie siente lo que siente un cuerpo, en aprietos contra el telón. *Realizarse así es tener una vida sin historia, para todos nosotros este es el sentido; es la vida desprovista de sentido.*

También en nuestra historia individual y colectiva, los trabajadores hemos ido descubriendo la relación de nuestro mundo interior, el de los factores individuales (léase psicológicos), que está compuesto de tres partes: Primero, lo intelectual, o plano psicológico, que es el que tiene que ver con los estímulos. Segundo, el plano afectivo social, que es el referido a los sentimientos, a la relación con el mundo y los semejantes. Y, tercero, la parte correspondiente a lo corporal, y que está definida por el orden de la sexualidad. El trabajo como vivencia, como actitud, ha sido interiorizado por nosotros los trabajadores.

Esta sociedad del trabajo ha modificado la relación de nuestro mundo interior. El trabajo como actitud interior ha entrado a invadir la parte de lo intelectual, de la estimulación y ha hecho desaparecer esta condición a través de las presiones y represiones que se ejercen sobre nosotros, a todos los niveles, en todos los instantes, sobre todos los planos, incluida la vida afectiva y sexual. Esta acción de

invasión por parte del trabajo está orientada, en forma aparentemente inofensiva, mediante el juego de las coacciones hacia la vida familiar y en lo que toca a cada uno de nosotros.

La ley de la cotidianidad se opone así a una redistribución de los tiempos, y a una revaluación de las actividades humanas. Debe haber espacio suficiente para vivir cada etapa de la vida y cada dimensión individual y colectiva de los seres humanos.

Creemos que no es suficiente con advertir una determinada condición de nuestras necesidades. Tampoco es necesario crear confusión entre el concepto de satisfacción y el de saturación, pensando que una de las promesas del desarrollo económico moderno ha sido el de llevar a la humanidad a una situación de vida armónica y tranquila, equiparable a aquella de la arcadía o de la utopía con que desde siglos atrás se ha soñado.

Basta con que los trabajadores nos interroguemos: ¿Estamos contentos con este tipo de vida cotidiana que llevamos? ¿Qué es lo que más aburre a los obreros en su vida cotidiana? Paradójicamente, es algo que debería congratularnos, un engendro propio de la condición económica del trabajo (salario) y de la edad laboralmente activa: *el trabajo*.

¿Cómo nos hace aburrir? Lo primero es que en la casa, todo el mundo depende del irrisorio salario. Bueno, también hay compromisos, amistades y gente que uno conoce a la que hay que tirarle unos pesos.

La lista de las desgracias personales sería interminable, porque nuestra vida es una cadena de horrores.

Múltiples problemas de la vida cotidiana provocan el aumento de la sobreexplotación, porque éstos nos desmotivan aún más para trabajar. Si esto es cierto, ¿será mejor la satisfacción de las necesidades elementales, aun cuando para satisfacerlas se nos prive de algunas libertades, de algunas aspiraciones, desmesuradas para el control social, de algunas ilusiones de la subjetividad? Como sucedáneo de la carencia de tiempo, se construye un tiempo libre, también en descenso, que muchas veces sólo lleva al hastío.

Esto nos obliga a insistir, una y otra vez, en la urgencia de reconceptualizar el trabajo, la familia, el amor, la soledad, a fin de transformar su práctica cotidiana para hacerlos fuente de vida y enriquecimiento humano y no generadores de muerte y enfermedad. El trabajo y el ocio perdieron su noble significado para el libre desarrollo del potencial humano.

COTIDIANIDAD Y CULTURA EN LA FABRICA

Héctor Vásquez*

¿Qué sentido tiene iniciar una reflexión sobre la cotidianidad y la cultura obrera en la fábrica? ¿En qué consiste esta cotidianidad, cómo se expresa, qué aspectos de la cultura y de la conciencia de los trabajadores desnuda y qué importancia tiene para la construcción de una política sindical de los trabajadores?

Una indagación de esta naturaleza resulta de extraordinaria importancia cuando se tiene como objetivo contribuir a la formación de un sindicalismo nuevo, más fuerte y robusto, más incidente en la vida económica y política de la nación y en las empresas donde tiene presencia, capaz de aportar decisivamente a la formación de una cultura nueva, del trabajo y de la vida, que tenga al hombre y no al capital como el centro de su reflexión. Al mismo tiempo, este acercamiento a la vida cotidiana de las fábricas nos permite mirar, en los escenarios donde transcurre su lucha por la existencia, la cultura, las formas de pensar y los sueños que tejen los trabajadores día tras día.

Durante muchísimos años estuvimos presos de una forma de pensar que colocaba al proletariado, a los obreros de las fábricas, como la fuerza esencial o la vanguardia de un movimiento revolucionario que habría de transformar radicalmente todas las estructuras y toda la cultura de la sociedad capitalista. En este paradigma, el obrero fabril, en

*Dirigente sindical (Sintra-Polímeros) e investigador. Colaborador de la *Revista de la ENS*.

hay que agregar el que se invierte en la preparación para ir al trabajo, desde que se levanta hasta que sale de su casa, o en la recuperación y el descanso después de una agobiadora jornada de trabajo. ¿Cuánto tiempo diario resulta entonces absorbido por el trabajo?*

Lo primero que el obrero encuentra cuando ingresa al trabajo es un impresionante sistema de órdenes: tiene que marcar una tarjeta que deja constancia de su ingreso y salida de la fábrica; y tiene que someterse a todo un sistema de trabajo en cuya preparación él nada ha tenido que ver. Las pausas y los descansos están cronometrados; no puede ausentarse sin previa autorización; el ritmo y la intensidad los definen sin su participación; los ambientes son ruidosos, casi siempre por encima de los permitidos; está expuesto a polvos, humos o vapores, a altas o bajas temperaturas; las posturas son casi siempre incómodas; y constantemente está sometido a la vigilancia incisiva de los supervisores.

Son ocho horas o más de una actividad que se realiza mecánicamente, en la que el obrero no utiliza su cerebro, o apenas una parte muy pequeña; una actividad que lo desmembra por completo, que lo convierte en cosa, en apéndice de una máquina o en terminal de un proceso de trabajo controlado por otros.

Es en las pausas del trabajo en donde encontramos al hombre, no a la cosa ni al autómatas, en donde podemos saber qué conversa y cuáles son sus preocupaciones, en definitiva, donde nos permitimos acercarnos a su cultura. Esta parte la podríamos despachar diciendo simplemente que el obrero lo único que hace todo el tiempo es conversar sobre fútbol, o en charlas pesadas donde abundan las insinuaciones sexuales de una crasa vulgaridad.

En efecto, la conversación más recurrente entre los obreros en los sitios de trabajo es sobre fútbol: la primera media semana sobre el partido que pasó y la segunda mitad sobre el partido que viene. Es el tema que más conocen los

*La arqueología y la antropología modernas nos ha permitido saber que nuestros antepasados de la Edad de Piedra, hace miles de años, apenas dedicaban tres horas al día para la caza y la recolección de alimentos. HARRIS, Marvin. *Caníbales y Reyes*. Biblioteca Científica Salvat.

trabajadores, sobre el que más se informan en su mayoría. Entre lo poco que leen tenemos el periódico, y de éste su sección deportiva; y lo mismo con la radio, casi siempre sintonizada en los programas deportivos. Y cuando no están hablando de fútbol, el tema es el ciclismo, si hay Tour de Francia o Vuelta a España; o, para variar, no faltan los escándalos sociales o las noticias de policía.

Sin embargo, no son estos temas las únicas preocupaciones que afloran en las conversaciones de nuestros proletarios. También aparecen las referencias al bautismo o a la primera comunión de un hijo, conversación que nos muestra el lado religioso de los trabajadores, más interesados en el cumplimiento formal de ciertos ritos y en mantener una tradición que en la vivencia interior de la religiosidad. La otra referencia que se hace es a su esposa y compañera, a la que trata de "ministra", o también de "la fiera", en torno a la cual muestran una posición ambigua: sus posiciones van desde un profundo respeto y reverencia, que algunas veces trasluce temor, hasta actitudes despreciativas y de las más evidente cultura machista.

El tema de la política sólo aparece muy esporádicamente, casi siempre con ocasión de eventos electorales. Frente a la política la mayoría de los trabajadores demuestra una profunda indiferencia, pero también mucha desconfianza y escepticismo. En este sentido, se ha podido comprobar cómo los trabajadores son de los sectores que más se abstienen de participar en política y hasta se ufanan muchas veces de jamás haber "metido el dedo" por nadie en su vida.

En general, se podría decir que lo que más caracteriza la conversación de los trabajadores en la fábrica, y aun fuera de ella, es lo insustancial, lo intrascendente, la chabacanería y la superficialidad.

La mayoría de nuestros trabajadores poseen una escasa formación académica; sólo en los últimos años han empezado a ingresar a las fábricas obreros con el bachillerato completo y, más recientemente, con una formación tecnológica; pero todos ellos reflejando una pobre formación cultural. Muy pocos tienen hábitos de lectura, incluso

dentro de la dirigencia sindical, ni las publicaciones especializadas en asuntos sindicales, y éstas aún mantienen un carácter muy marginal al movimiento sindical. Pero esta limitación no es exclusiva de los obreros. El mismo fenómeno se observa entre los administradores y profesionales, la mayoría de los cuales tan sólo se interesan por leer aquellas cosas de su especialidad que apuntan a calificar su fuerza de trabajo.

Esta pobreza cultural que se vive en las fábricas tiene también otra expresión: se refleja en la ausencia casi total de expresiones artísticas. Valdría la pena intentar averiguar cuántos grupos musicales existen en el medio obrero, cuántos grupos de teatro, quienes están interesados en las artes plásticas, y cómo se podría ampliar el interés que la literatura y la poesía despiertan entre algunos trabajadores, tal como se refleja, por ejemplo, en el concurso anual que viene realizando la Escuela Nacional Sindical y Cotrasofasa.

Así, resulta que esta pobre cultura, que se expresa en la mayoría de nuestros centros fabriles, lo que está reflejando es hasta qué punto los trabajadores carecen de un pensamiento propio sobre la mayoría de los aspectos de su vida: No tienen, por ejemplo, una posición sobre el trabajo y sus fines, sino que aceptan fatalmente su condición de subordinados, rebelándose esporádicamente y solo de manera aislada y personal. Su criterio sobre la política es el del sentido común, manipulado por los políticos de turno y por quienes detentan el poder del Estado y de los medios de comunicación. Sobre el deporte y la cultura es también el poder de los medios de información, básicamente el de la radio y la T.V. Así, resulta que son simples consumidores de todo lo que les ofrezcan, y en este sentido son víctimas de todo el poder de seducción que tiene la sociedad de consumo.

Esta situación que estamos describiendo tiene su expresión también en la práctica sindical. La mayoría de nuestros sindicatos reflejan un muy escaso interés en los problemas de la cultura de los trabajadores: lo dicen sus boletines donde muy pocas veces aparece este problema; lo

muestran las sedes sindicales, la mayoría de ellas lugares feos donde lo poco que se encuentra para leer es un periódico y si acaso alguna revista de temas laborales. En este sentido muy pocos sindicatos realizan un esfuerzo serio por ofrecerle a sus afiliados el servicio de una buena biblioteca o de un lugar donde los trabajadores puedan escuchar buena música, o simplemente un lugar agradable donde se entren para tertuliar. Aquí hace falta un trabajo que promueva la transformación de las sedes sindicales en verdaderos centros de cultura, donde los trabajadores puedan ir a leer un libro, escuchar o hacer música, teatro, pintura, o simplemente jugar y conversar.

Resulta de una enorme importancia volver a detenernos a examinar la actitud de los trabajadores frente al trabajo. Ya hemos dicho que, el obrero realiza su trabajo de manera mecánica, que en él no pone su inteligencia ni su capacidad crítica. Esto ha sido así por la naturaleza misma del trabajo en la sociedad capitalista.

Marx definió el trabajo capitalista como el de la esclavitud asalariada. Dentro de la fábrica, el obrero es considerado como un elemento más del proceso de trabajo, como un simple apéndice de la máquina. El obrero no participa ni de su planificación inteligente y menos aún de sus resultados.

Toda la organización del trabajo, su ritmo, su objeto, sus fines, le son impuestos al trabajador y así lo asume de una manera fatal, como si fuera algo impuesto por la Naturaleza o por Dios. Este proceso enajenante aplasta al trabajador, lo subordina a cumplir unas tareas profundamente fraccionadas, repetitivas y monótonas, por lo que se pudiera decir que, en el trabajo, el obrero no piensa con su cerebro sino en sus manos. Este proceso termina inexorablemente embruteciéndolo, dejándolo sin ningún sentido para cualquier otra actividad que lo obligue a utilizar su inteligencia, su capacidad de pensar y de crear. Por ello resulta "natural" que el obrero renuncie a tener un pensamiento propio, en la fábrica y fuera de ella, y que su preocupación mayor sea simplemente la de "matar" el tiempo de cualquier forma, ya sea jugando a las cartas.

viendo la T.V. o durmiendo. Su única preocupación con relación al trabajo es mantenerse en él, que no lo vayan a echar, porque el trabajo le permite el salario con el que se mantiene él y su familia. Así el salario viene a constituirse en la cadena invisible que lo ata al capitalista y por el cual acepta perder día tras día su libertad.

Frente a este fenómeno hace falta que los sindicatos y los trabajadores replanteen los objetivos y el carácter mismo de la lucha sindical. El movimiento social de los trabajadores está en condiciones, objetivamente, de aportarle al conjunto de la sociedad elementos valiosísimos que signifiquen estados de mayor democracia, de libertad y de civilización.

Hay una pelea que está por darse al interior de todos los lugares de trabajo y en particular en las fábricas. Es la pelea por la inteligencia, por la libertad y por la humanidad del trabajo. Es necesario que los sindicatos y los trabajadores empiecen a comprender que la organización del trabajo también es asunto propio, que tenemos que incidir en la planificación del trabajo en su ritmo, en sus asuntos tecnológicos; que el trabajo no tiene que tener como fin la revalorización del capital ni el afianzamiento de su dominación sobre todas las actividades vitales del planeta; que el trabajo tiene que estar al servicio del hombre, para que éste satisfaga sus necesidades vitales y afiance su libertad; que lo que se fabrique y se haga obedezca a necesidades vitales de la humanidad o sirvan para mejorar sus condiciones de vida, a través de la fabricación de objetos hermosos, finos, duraderos, que no entrañen un daño a la naturaleza ni deterioren el medio ambiente; que el trabajo, finalmente, sea una actividad consciente, inteligente, libre, realizada en condiciones de autonomía y de democracia.

**FUTBOL
Y SABER POPULAR**

Alexis García
Gonzalo Medina
Guillermo León Zapata

JUGAR BONITO, JUGAR BIEN Y GANAR

Alexis García*

Vengo a hablarles un poquito del saber popular y el fútbol, con base en mi experiencia como jugador de fútbol, tanto a nivel aficionado como profesional, y lo que ha influido la sociedad en mí y lo que he influido yo con mi fútbol en ella.

Quería comenzar con un escrito que leí hace poco de Mario Benedetti y que se llama "Esa amnesia llamada fútbol"; esa amnesia que algunos la quieren volver alineante para la gente que asiste al estadio, donde nuestra labor es precisamente tratar de que no sea eso, sino tratar de seguirle dando a la gente la posibilidad de volar, de elevar la mente a otras cosas, a otros placeres que precisamente nuestros gobernantes luchan por quitárnoslos. Nuestro trabajo es tratar de que la gente supere un poquitico ese show del ministro Hommes, que superen esos diálogos en México de nunca acabar, y todos esos otros en donde yo creo que hay más piscina y fotografía que diálogo; de tratar de que termine esa voladura de oleoductos, esos racionamientos y ese desgreño administrativo de que sufrimos. Esa es nuestra labor y creo que es en eso en que tenemos que aportar, pero también ustedes que son parte del espectáculo que nosotros hacemos. Yo no quiero que el jugador de fútbol sea un payaso de un circo, como lo describía alguien, que simplemente va a distraer, a distraer para que la gente

*Futbolista profesional, capitán del Club Atlético Nacional de Medellín.

después de un partido, enloquecida y ya sin voz, borracha, no le quede tiempo de reclamarle a quien realmente le tiene que reclamar por lo que él ha producido.

Mario Benedetti empezaba así: "El fútbol es un deporte de interés para todas las capas sociales y es quizás el único nivel de nuestra vida ciudadana en que el acaudalado o el político no tiene a mal hermanarse en el alarido con el obrero o abrazarse con él en la celebración de un gol o de un título, pues el fútbol nos permite esa mentirosa igualdad.

"Allí no hay privilegiados, todos posan democráticamente sus caderas en el duro cemento igualador. Todos gritan gol, todos denuncian out side, todos agravian al juez o a los jugadores. Pero cuando suena el pitazo para finalizar el partido se reestablecen las distancias sociales, ahí volvemos todos a volver a tener los mismos problemas: los que debemos la carne en la esquina, los que vamos a ver cómo compramos el mercado o cómo pagamos los servicios; volvemos a ser los mismos, los que nos tenemos que ir después de un partido de estos en un bus apretujados, cuidando el reloj, otros tratando de conseguirlo.

Y, al contrario, algunos salen en un Mazda, cómodos, con aire acondicionado, pagan su plata en el parqueadero y llegan a su casa, a la comodidad y al confort de siempre. El fútbol nos brindó en un momento dado esa igualdad que después nos la quitó ese pitazo final. Pudimos volar 90 minutos, pudimos elevar nuestra mente 90 minutos y yo creo que eso fue algo, eso fue algo porque de todas maneras tuvimos ese momento para sanear nuestra mente, para sanearla de todo lo que habíamos comentado, que habíamos visto en los periódicos y en la televisión que parecen más películas de vaqueros que noticieros y que informaciones.

"El fútbol es como tal un canalizador de violencia. Esa amnesia que producen los domingos de fútbol —dice Mario Benedetti— que hace olvidar las promesas incumplidas y las alzas constantes. Es mejor para los gobernantes que el público se agarre con el árbitro que no con ellos. Es una

violencia que tiene permiso para pegar en el travesaño, pero que obligatoriamente debe salir desviada".

Esto me parece muy bonito y muy real. Desde que estoy en el fútbol siempre he luchado porque éste fuera diferente a eso; eso es una realidad, pero siempre he luchado por chocar un poquito con aquellos que nos tiene sin luz y, a veces, sin luces mentales, pues sufrimos apagones del cerebro que son los más graves y contra los cuales debemos luchar por superarlos.

Yo empecé en el fútbol siendo un pelao bastante pobre económicamente, de espíritu no. Jugaba en el barrio todos los partidos que resultaran, nos juntábamos en una esquina a oír música. Por ahí decimos que buen futbolista es buen bailarín. La salsa es un estilo de música que es inherente al fútbol: el 95% de los jugadores profesionales son aficionados a la salsa o es la música de su predilección. Yo creo que eso mismo se refleja en la cancha, algunos nos demuestran que son buenos bailarines porque mueven las parejas a las patadas; otros tratamos de moverla suave, como se debe tratar a las parejas.

Dentro de ese ambiente de pelaos nos creamos algunos resentimientos porque la misma pobreza nos ponía como obstáculo a nuestros padres, porque no tenían con qué comprarnos un balón o con qué mantenernos los zapatos que rompíamos bastante seguido; los mismos que teníamos que tapar a punta de betún para ir al colegio y no acomplejarnos. Luego nace la idea del balón —que hasta lo hacía uno mismo—, la de los partidos, el repudio de los vecinos; hasta llegar a la representatividad del barrio, cuando uno logra ser jugador destacado. Y, ahí, esos vecinos que nos rompían los balones y nos los quitaban, son los que ahora nos saludan con mucho más cariño, son los que comentan que les debemos mucho a ellos de lo que hemos logrado. Es lo que nos pasa con los políticos: cuando Lucho Herrera gana o Colombia logra algo, hay que ir primero que todo al Palacio de Nariño, para que la gente aplauda aunque sea una vez en el año al Presidente.

Sigo escalando posiciones como futbolista y llego a la Selección Antioquia, que creo que es el mejor equipo del

mundo, y de ahí tengo la posibilidad de pasar a un equipo profesional. Y les voy a contar una experiencia: Llegué a un equipo de Manizales, a una ciudad donde les gusta el buen fútbol, donde la gente pregonaba primero la diversión, pero llenan su fútbol de jugadores y de técnicos argentinos; y estos argentinos llegan a Colombia con la idea, primero, de que nosotros somos indiecitos todavía, con taparrabo, y segundo, de que las mujeres están todas a su disposición. Y empiezan a encontrarse con situaciones bastante diferentes hasta llegar al fracaso.

Es que hemos tenidos técnicos que han logrado éxito relativo en Colombia, no estoy en contra de ninguno de ellos, felicito a Zubeldía, que en paz descansa, pero que no le han dado identidad a nuestro fútbol, y donde no nos hemos sentido ganadores. Porque cuando Colombia ha nacionalizado jugadores para que estén en la Selección, o cuando Nacional logró títulos con Zubeldía, o cuando el América gana algo —y no estoy en contra del América ni de ninguno de sus hinchas—, yo me doy cuenta de que la gente no se siente ganadora, no se siente participe de ese triunfo porque no sienten que es triunfo de ellos: es un triunfo que le dio "El Polilla" Da Silva, o una gran jugada de Balbis. Yo no estoy en contra de la apertura del Presidente ni de la apertura del fútbol ni de ninguna otra apertura. Pienso que a los buenos hay que traerlos a que nos enseñen y a que nos muestren otros caminos; uno siempre tiene que aceptar todos los caminos, pero si son buenos caminos. Es que ya no estamos en la época de Colón, cuando nos traían espejitos y nos los cambiaban por kilos de oro. Nosotros ya sabemos el valor de las cosas.

Creo que a partir de que salí del Cristal Caldas y llegué al Nacional —eso fue en enero de 1987— creo que Colombia adquirió identidad. Cuando empezó este proceso de los puros criollos, este "veerde" se metió a la fábrica, a los baños de la casa; se metió como canción de los padres y los niños en sus kinders. Yo creo que Nacional se metió a todos los rincones de los hogares porque era lindo uno ver, después de ganada la Copa Libertadores, ancianas que no tenían ni idea de que el balón era redondo, salir a gritar a

la calle: "Veerde". O ver pedir autógrafos a niños de uno o dos años, o con una banderita, o ver a esos dos muchachos del año pasado, Juan Gómez y Echeverry el otro gobernador, abrazados en la mitad de la cancha. Yo creo que esas son las cosas lindas que nos brinda el fútbol.

Dentro de eso, creo que Nacional, que es lo que conozco —Medellín también me ha gustado mucho—, ha tenido la posibilidad brindar con ese fútbol nacional una identidad a la gente; y hacer que la gente de las fábricas se sienta valorada, ella misma capaz de exigir, capaz de mirar a la cara al patrón, de pedir lo que le corresponde; así como Nacional es capaz de ir a Asunción y pedirle a Olimpia lo que le corresponde; así como Colombia es capaz de ir a Wembley y sacar un empate y gozarse, como decimos, a los ingleses, mejor comidos desde niños, mejor alimentados, hasta mucho más pispos para algunas. Yo creo que eso le da la posibilidad al mismo obrero de darse cuenta de que es capaz de muchas cosas. Lucho Herrera nos demostró que a punto de aguapanela se podía ganar una Vuelta a España. Y tenemos con qué: Nacional y algunos otros deportistas son ese ejemplo de que podemos salir, que tenemos cosas propias que nos hacen grandes y que no solamente nos hacemos famosos por el narcotráfico, con las bombas y la guerrilla; sino que tenemos gente representativa y que como éstos podría ser cualquier colombiano: gente regularmente salida de abajo, gente del pueblo, gente pobre, gente que se ha superado y que se ha levantado. Y que a través del fútbol, ha logrando poner su mente en un estado superior.

Antes salíamos a jugar con los equipos europeos, o no tan lejos, con los brasileros o argentinos, y nos pegaban un grito y nos bajábamos. Salían con unos guayos así de tacos, pisoteando, y nosotros: "ya nos mataron". Y decíamos que si perdiáramos 5 a 0 estábamos muy bien. Ahora no, ahora ya sabemos que vamos a ir a ganarles y que tenemos con qué. También hemos conseguido esos guayos grandes, mucha más fuerza anímica y hemos adquirido la capacidad de ir a enfrentar al que sea y darnos cuenta de que somos capaces, así como los obreros son capaces, no solamente

de pagar un televisor a cuotas, sino ahorrar un poquito y, de pronto, pagarlo de contado; y poder conseguir muchas más cosas, y llegar a cosas mucho más grandes.

Yo creo que esa es la posibilidad que nos da el fútbol y que nos ha dado el proceso de identidad y nacionalización que ha tenido, valga la redundancia, el Atlético Nacional. Y dentro de eso hemos demostrado que el fútbol no se puede ver de infarto: el fútbol hay que verlo como una diversión. Yo pienso que muchos periodistas utilizan muchos conceptos: *pré-sing*, zona, hombre a hombre, y estoy seguro de que mucha gente no sabe qué es eso; yo a veces tampoco lo sé. Yo pienso que el fútbol sigue siendo un juego y eso es lo que hay que transmitirle a la gente. Como capitán de Atlético Nacional, siempre en mis declaraciones y en mis conceptos en grupo he tratado de vender esa idea. Eso sí, no traicionarla: uno no puede ofrecer pizzas y de pronto ir saliendo con empanadas, porque no le van a comprar. Hay que tener siempre el concepto de que como uno vive tiene que jugar; pero para jugar bien primero hay que vivir bien. Yo no puedo vivir agarrado en mi casa y entrar a la cancha a jugar bonito.

Ese jugar bonito me recuerda otro concepto de mi amigo: "jugar bonito, jugar bien y ganar". Esas eran cosas que no eran compatibles. Para los periodistas eso era el agua y el aceite y también para algunos técnicos, sabios del fútbol. Y creo que nosotros hemos demostrado que no: se puede jugar bien, se puede jugar bonito y se puede ganar. Porque yo creo que si uno tiene el balón, que es el elemento de diversión, y se divierte con él, regularmente va a ganar, porque creo que nadie va a salir a divertirse en un juego y divirtiéndose va a perder, hay contadas excepciones en las que se da. Pero como en el fútbol son tantos partidos, esas contadas excepciones son muy poquitos partidos perdidos y muchos ganados.

Entonces yo sigo sosteniendo que el fútbol es un juego en el que hay que divertirse y divertir. Creo que la gente de Medellín ha aprendido a divertirse con el fútbol, ha aprendido a divertirse con el Nacional, y ha aprendido a ganar, no a perder. Yo considero que aprender a perder no es

bueno, pero hay que aprender a aceptar también que hay gente que se prepara para ganar. Las zancadillas no solamente las meten en la política ni en el gobierno, las zancadillas también las meten en el fútbol y uno tiene que aprender que hay gente que le mete a uno zancadilla. Las zancadillas son ilegales, pero a veces se gana ilegalmente. Pero sigo sosteniendo que el fútbol es un deporte recreativo, para verlo destensionadamente y con alegría, para soñar con él, para salirse un poquito de toda esa realidad jodida que tenemos, y donde cada uno tiene su grano de arena que aportar para salir de ella.

Alguien decía que es muy difícil estar en el lodo de frac y no enfangárselo y no untarse. Hay que luchar al menos por limpiar el lodo y por tratar de salir. En el fútbol, nosotros hemos aprendido a salir de él, hemos aprendido a remontarnos un poquito sobre la mediocridad de algunos que, cuando logramos superarlos, se quieren pegar aunque sea de la rueda de atrás, corriendo el riesgo de estrellarse.

Muchas gracias.

FUTBOL Y SABER POPULAR

Gonzalo Medina*

El presente trabajo pretende mostrar que en la práctica del fútbol se expresan elementos referidos al concepto del saber popular. Tal categoría puede entenderse como el conjunto de ideas, creencias y actitudes que hacen parte del comportamiento del hombre y que no siempre están determinados por el conocimiento científico.

Lo anterior significa que tal relación (saber-fútbol) está inmersa en el fenómeno cultural, debido a que se inscribe dentro del marco de la conducta. Pero, al mismo tiempo, debe reconocerse la influencia de factores económicos, sociales y políticos, porque el hombre también es expresión de las relaciones de producción que se establecen en una sociedad; está en el centro de las contradicciones de clase y, por tanto, se mueve en el juego de la lucha por el poder.

El deporte para el hombre se constituye en una necesidad básica, igual que el trabajo, debido a que el ser humano conforma una unidad integral en su desarrollo. O sea que el deporte es otro campo de realización porque su práctica representa una expresión más de lo que es el hombre como ser social e individual; es decir, la actividad deportiva permite reflejar una conducta, un temperamento, una concepción de la vida y del mundo. El deporte es, por ende, otro espacio para la práctica de la libertad.

En este trabajo confluyen dos situaciones que le dan sentido al mismo: Que la imagen que a nivel internacional se tiene del fútbol suramericano, definido y reconocido por

*Periodista y comentarista deportivo de la ciudad de Medellín.

su picardía, habilidad y creatividad, a diferencia de otros esquemas, sobre todo europeos, caracterizados por la fuerza, por la presencia de un atleta futbolista, en cierta medida es una respuesta a las condiciones físico-atléticas propias de los pueblos de esta región.

Ese fútbol habilidoso es la expresión de una serie de limitaciones corporales —talla, peso—, las que a su vez tienen explicación en el proceso de surgimiento y desarrollo de las comunidades latinoamericanas de origen indio, mezcladas luego con los españoles y, en menor escala, con otras razas europeas y africanas. Pero, al mismo tiempo, la tipología del hombre latinoamericano es también la resultante de las condiciones materiales de vida de estos pueblos.

El atraso, la dependencia, la explotación, el sometimiento a potencias extranjeras, el saqueo de recursos, entre otros factores, han generado problemas de subdesarrollo a todo nivel —incluido el individual—, expresado en la desnutrición, la mortalidad infantil, la insalubridad, la subalimentación, etc.

Pero también a su vez esas condiciones materiales de vida han generado una actitud mental en nuestras comunidades, ligada a la lucha por la subsistencia individual y familiar.

Es común entre nosotros el famoso rebusque. Ese esfuerzo cotidiano por asegurar lo del día, haciendo lo que haya que hacer, sabiendo que es fugaz la duración de ese quehacer y que por tanto hay que ir pensando en el siguiente trabajo que permita continuar en el rebusque.

Y como el hombre es una unidad de pensamiento y de acción, toda esa mentalidad de luchar por sobrevivir le hace desarrollar al máximo toda la creatividad inimaginable que se refleja en otras prácticas sociales del individuo, como es el caso del deporte y, más específicamente, del fútbol.

Para César Luis Menotti, la práctica masiva del fútbol en Latinoamérica se debe a que es un deporte barato, que puede jugarse con la pelota más rudimentaria: de trapo, de papel, y que al mismo tiempo se constituye en un deporte colectivo que propicia la socialización de los hombres.

Menotti agrega que las características de habilidad, toque, creatividad y gambeta propias del futbolista suramericano, no son más que la expresión de esa lucha por la subsistencia que diariamente tiene que afrontar.

En el caso de la práctica del fútbol —ante la ausencia de canchas adecuadas— debe jugarlo en las calles y, por ello, tiene que eludir toda suerte de obstáculos: carros, postes, huecos, caños, traseúntes y árboles. Al mismo tiempo, esa práctica del fútbol se constituye en una respuesta (aunque puede serlo inconsciente) a unas condiciones de opresión, de explotación y de negación de libertades.

Es la posibilidad de testimoniar una manera de pensar y de sentir a través de un diálogo con el balón que es mediado por un ritual colectivo de once voluntades, once sentimientos, así estén dispersos en una cancha y en torno de la cual convergen miles de miradas que buscan una identidad afectiva, también mediada por el balón.

"El fútbol pasa a ser, para ese chico del que hablaba, un medio de expresión, un modo de ser. El fútbol le permite, como me permitió a mí o a vos, expresar una manera de vivir..."

"El fútbol le exige a un chico ingenio, picardía, las mismas dotes que debe utilizar para sobrevivir en la calle..."

"Un equipo de fútbol siempre identifica algo: una barriada, una esquina o, más simple todavía, un grupo de amigos. No importa la trascendencia que esto tenga. Y en una sociedad como la nuestra, donde las clases trabajadoras viven presionadas, sin alegría de vivir para algo más que un plato de comida, el fútbol se convierte en el medio idóneo para experimentar algo tan importante como es el orgullo..."

"El jugador, sin darse cuenta, sin proponérselo y hasta sin imaginárselo, comienza a sentir el halago de la representatividad. Primero la del barrio, cuando juega contra los de otro barrio; después en el baby-fútbol y así, paulatinamente, se va sintiendo importante, se va sintiendo persona..."

"Porque no hay otra manera, no ya de jugar al fútbol, sino de vivir, que no sea para la alegría. No hay nada más desolador que ver a una persona trabajando en una cosa

que no le guste y, para colmo —como ocurre realmente— sin participar de sus beneficios. Por eso vemos llegar a los obreros malhumorados a las fábricas; y el jugador debe entender esto; es básico para su vida saber para qué juega y para quién juega. Eso es lo que debe preguntarse y responderse..."

"Sí, es un deporte —y habla del fútbol— que permite una participación sin exclusiones. Me explico. Al fútbol pueden jugar todos, en principio. No hay medidas, pesos ni tiempos excluyentes... en fútbol el único criterio para «medir» a un aspirante es el talento, cosas que no pueden ser juzgadas a priori con relojes o cintas métricas. Un gordo bajito, que le pega con una sola pierna y no salta a cabecear, puede ser Puskas, Sibori o Maradona."

A nivel más nuestro radica el otro aspecto que trata de darle coherencia a este trabajo: la irrupción del fútbol colombiano en el panorama mundial, la adquisición de una identidad propia pero determinada por las mismas características de diversidad social, económica y cultural. Es un fútbol que parte de reconocer que la manera de jugar no es otra cosa que la forma de vivir, de pensar y de sentir propios de un individuo o de una comunidad. "Como se vive se juega", es la frase con que Francisco Maturana sintetiza la filosofía de esta nueva propuesta futbolística. De allí se explica el espacio de libertad que se le reconoce a cada jugador cuando se trata de asumir su papel en la cancha; se quiere evitar que el futbolista se adapte al esquema y, por el contrario, sea éste el que se defina a partir de los jugadores. Es un fútbol que tácticamente se define sobre el concepto de sentido común: "Si tenemos el balón todos atacamos, si no todos vamos por él". O sea, que no se plantean esquemas defensivos que castren la posibilidad de crear y atacar, como tampoco de impedirle jugar al contrario.

"En las conversaciones sobre fútbol, uno siempre está en pleno aprendizaje, pues la ciencia del balón no se encuentra en los libros... el fútbol está en el mismo fútbol, en la posibilidad que uno tenga de estar conversándolo y ejercitándolo con la gente que lo practica a diario..."

"Lo importante es siempre estar dispuesto a aprender, saber escuchar, vivir en predisposición de buscar, porque uno puede ir a un campo de fútbol sin el propósito de mirar y, entonces, pasa el tiempo sin beneficio distinto al de recrearse con el espectáculo..."

"Menotti me dio un consejo sumamente válido: «Vos, Maturana, olvidáte de la dinámica y más bien reforzá tus valores. Usá lo que tenés autóctono, pulí esas raíces de buen juego que les ves a los colombianos y convertite en un estandarte del fútbol colombiano...»"

"La dinámica la traen los jugadores en su rapidez mental. De la misma manera como viven, piensan, juegan... «Cuando los talentos caminan en la cancha, probablemente están pensando» (Menotti)".

"Ahí empecé a desmontarme de ese problema que yo mismo me estaba fabricando y más bien opté por aprovechar la cantidad de lentitud talentosa que había en la selección y en general dentro del fútbol nacional. Nuestro "caminadito" nos debía permitir siempre hacer la pausa para pensar, para guardar energías, para salir de ese parpadeo a hacer diabluras con el rival..."

Para el pedagogo Humberto Quiceno, la Selección Colombia sintetiza en cierta medida la identidad cultural de nuestro país, la misma que se expresa en el tipo de fútbol que practica. Al mismo tiempo se trata de una selección y de un fútbol que se unifica o se construye sobre la diferencia, sobre el reconocimiento a la diversidad y, por ende, a la tolerancia, una de las urgencias éticas que reclama la sociedad colombiana frente a los conflictos que la golpean.

"El fútbol actual ha nacido de la derrota, de la forma como se le enseñó a pensarla a los jugadores por estos tres técnicos (Bilardo, Ochoa y Zubeldía). Dicho de otra manera, el nuevo fútbol surgió de la victoria sobre la muerte. De la larga agonía del América hasta Ochoa; de la estela de sufrimientos de las selecciones hasta Marroquín; de las desapariciones de Zubeldía y Bilardo, sobre todo del primero al que le debemos reconocer como el que transformó todo el juego del fútbol en Colombia..."

"Ha habido selección nacional, pero una selección completamente desconocedora de la relación técnica-grupo-etnia. Caso contrario ha acontecido con el fútbol amateur o las selecciones locales. Este fútbol debe su éxito, no a los dirigentes, sino a la fuerza del barrio, de la barriada, del negro, del morocho, del marginal, del provinciano... el fútbol antioqueño ha surgido siempre como un argentino no porteño, es decir, mestizo. El Valle ha tenido su fútbol, sus negros, su juego largo, veloz, rápido y técnico; fútbol, pues, de negro. La Costa en su estilo, fuerte y técnico, corajudo, de garra, pero un fútbol de negros (y de negros-monos)... Se ve, pues, una identidad en el juego aunque no se ha valorado el grupo y la etnia, más bien éste ha funcionado como una pequeña distinción."

Se trataría, en este caso, de identificarse con la... cultura regional, la identidad étnica y de grupo y las características de las regiones..."

"...Con Maturana la Selección quiso modificarse como él hizo en el Nacional, no sólo pensando en los jugadores criollos, sino en la forma de resolver el problema étnico y técnico... No hay que entender que Maturana juegue a lo paisa, o a lo negro o a lo costeño; Maturana integra lo paisa-negro-costeño en torno al pueblo-barrio; marca el juego en coordenadas espacio-temporales y con unos signos locales. Con la Selección el pueblo existe realmente, no porque salgan a la calle a vitorear los triunfos, sino porque el pueblo es una categoría real, presente en el juego de la selección".

Sí podemos afirmar, por lo tanto, que el fútbol es un fenómeno social y cultural, entendiendo por tal todo lo que el hombre piensa, produce, crea, etc., entonces nos atreveríamos a afirmar que hay un saber no científico, más ligado a la cultura, expresado en la práctica del deporte y especialmente del fútbol.

Se trata de un saber popular, espontáneo en apariencia, pero que determina actitudes, conceptos, creencias y actos en el individuo.

¿Qué es lo que hace que —a juicio de Quiceno— en la Selección Colombia, en su fútbol, se reflejen temperamen-

tos o idiosincrasias regionales, la reflexión y técnica paisas; la alegría y la fuerza de la gente del Pacífico? ¿Qué relación existe entre el entorno familiar, barrial, regional en que se forma el individuo y una determinada manera de pensar, sentir, creer y, en este caso, de practicar un deporte llamado fútbol?

FUTBOL E IDENTIDAD CULTURAL

Guillermo León Zapata*

Uno de los principales reformadores del fútbol en Colombia fue Luis Alfonso Marroquín, por allá a mediados de la década de los 80. Y tenía que ser él por una razón bastante sencilla: estuvo trabajando durante mucho tiempo con una escuela de técnicos yugoeslavos, con Vidinic, con Popovic, con Tosa Becelnovich, todos ellos técnicos de equipos colombianos. Estos señores trajeron propuestas de trabajo europeas para equipos de culturas muy diferentes.

Sus tácticas, estrategias y orientaciones disciplinarias no recogían, de ninguna manera, la forma de vivir, la idiosincracia, la cultura, el accionar cotidiano de los jugadores colombianos. Y Vidinic y Tosa y Popovic y todos los otros técnicos foráneos encontraron en este país una realidad muy diferente. Y claro, los equipos no dieron resultado. Las selecciones nacionales hasta 1985, con muy pocas excepciones, fracasaron.

Marroquín anduvo al lado de Vidinic durante mucho tiempo y pudo percibir esos problemas que tenía que empezar a resolver sobre la base de un ejercicio específico, orientando un equipo de fútbol, una selección nacional, y con los mismos recursos de un Vidinic, que tuvo selecciones con jugadores de la Costa Atlántica y de la Pacífica, con jugadores de Antioquia, del Chocó, de Bogotá, del Valle del Cauca, de Santander y del Norte de Santander.

Luis Alfonso Marroquín, con un criterio nacional, de ninguna manera antioqueño, y develando todo lo que no

*Periodista, comentarista y redactor deportivo de la ciudad de Medellín.

había podido develar Vidinic, empezó a trabajar con sus equipos sobre la base de las regiones, rescatando de cada una lo que efectivamente podían aportar para un seleccionado nacional. Pero esto apenas fue un principio. Sin embargo, fue el aporte inicial para una escuela que indudablemente se consolida hoy en día en Colombia y el mundo.

Y vale la pena hacer también una reflexión: el fútbol que hoy en día practica Nacional, Medellín, la Selección Colombia Juvenil, la Selección Colombia de Mayores, y también ahora el América de Cali, es un fútbol que, si bien es nacional y rescata el aporte de cada una de las regiones del país, también es un fútbol que tiene un aporte universal. Es la corriente Arrigozach, la corriente Fabio Capelo, la corriente de Menotti, la corriente de Maturana, la corriente de Nelson y de Hugo Gallego.

Maturana integra lo regional, lo nacional y lo universal; integra la calle con el mundo. Y ahí es donde aparece una serie de conceptos en el fútbol Maturana, conceptos que escuchan ustedes a diario en la radio, que leen en la prensa y que son manejados por nuestros periodistas cotidianamente, pero después de Marroquín, y mucho más ahora con Maturana, con los Gallego y con Hernán Darío Gómez. El concepto "*prestig*", el concepto "*zona*", "*portero libero*", "*juego bonito*", "*jugar bien*", "*jugar colectivamente*" y aquello de un partido hecho única y exclusivamente para once. Todos esos términos son los que le dan esa relación popular con el fútbol: ahí es donde encontramos la relación. El interpretar qué quiere decir cada uno de estos técnicos en una cancha de fútbol con relación a lo que hizo en algún momento en la calle, en la barriada. Y lo que se hace efectivamente en un partido frente a Alemania en un torneo mundial.

El "*prestig*", un concepto universal, nos hace recordar aquellos partidos en la calle en donde todos siguen la pelota, en donde los niños, e incluso los jóvenes, todos van detrás de ella, todos quieren cogerla, todos quieren tener la pelota. Esto es, indudablemente, un elemento vital para la concepción que hoy en día se maneja sobre el fútbol.

Si la pelota no se tiene, no se pueden hacer goles; hay que tener la pelota, hay que buscar el balón. Y así lo entiende el Nacional y así lo entiende la Selección Colombia y los equipos que tienen esta forma de jugar diferente, todos los jugadores están atrás el balón, no exclusivamente atrás el adversario. La marcación a presión, la marcación en zona son parte de una concepción filosófica, así el fútbol llama a que los jugadores entren a una cancha a buscar al rival, a cuidarlo. Esta concepción, la del juego bonito, la del juego productivo, la de jugar bien, es la que efectivamente reclama el balón como elemento fundamental.

El juego bonito tiene que ver también con ese elemento primario, lúdico y recreativo de los jugadores de barriada: jugar para gozar, jugar para divertirse, jugar por satisfacción. Pero, además, como estamos ahora jugando competitivamente, se necesitan los dos puntos, se trata del fútbol de alta competencia. Ese es el otro elemento importante que reclama este nuevo fútbol colombiano, esta nueva propuesta: jugar bonito pero jugar bien. Y jugar bonito y jugar bien implica disponer en una cancha de fútbol once jugadores, que se recreen con una bola de fútbol, pero que a la vez que se están recreando consigan el rendimiento positivo que es ni más ni menos que hacer goles y sumar puntos, para que efectivamente todo lo que esté buscando el técnico y su grupo de jugadores se concrete.

Hay otro concepto que se ha manejado universalmente, pero que se puso más de moda cuando apareció René Higuita, el portero libero. Muchos se atrevieron y se atreven a plantear que, luego de aquella fatal jugada de Higuita frente a Camerún, cuando Milla le roba un balón y concreta el segundo gol, es la muerte del portero libero o de Higuita como jugador. De ninguna manera. El comportamiento de René Higuita no es esnobista y hay que entenderlo así. Este comportamiento hace parte de esta manera de jugar, de este fútbol nuevo y moderno de Maturana, de este fútbol revolucionario.

Halo Schumagger, el portero de la selección alemana de fútbol, bastante controvertido en su país, porque tiene una reflexión diferente de cómo jugar, plantea en su libro 'Tar-

Jeta Roja", que él como portero se siente aprisionado por las redes y que por eso sale. Y en Brasil no hay buenos porteros y lo han reflexionado los brasileños también. Es que, efectivamente, a éstos les gusta el movimiento, y la portería es muy estática. Y esto hace también parte de un elemento indiosincrático, cultural, regional. Los jugadores deben moverse permanentemente y así lo hace un portero líbero como René Higuita y lo van a tener que hacer todos los porteros que lleguen a un fútbol de Nelson Gallego, de Hugo Gallego, de Francisco Maturana, de Hernán Darío Gómez, porque esa es efectivamente una manera diferente de comportarse en una cancha de fútbol, buscando satisfacción y buscando resultados.

Igual sucede con el juego colectivo: no es gratuito que los jugadores del Nacional en un momento determinado estén tratando de conseguir una bola, tratando de quitársela al adversario, y que ese trabajo sea hecho por cuatro o cinco jugadores en un momento determinado. Es parte de una concepción colectiva del juego, de una concepción que de alguna manera rescata la amistad: aquella misma que se empieza a forjar en la esquina cuando los jugadores trabajan en la calle, de una manera todavía muy espontánea, pero que Maturana logra evaluar y llevar a una táctica más moderna, a un partido de fútbol de alta competencia.

En todo caso, esta nueva propuesta reúne los conceptos de jugar y recrear, rescata la lúdica, la satisfacción, el goce y el placer, tanto para los jugadores como para quienes los están viendo.

Yo pienso que el fútbol de Maturana, este nuevo fútbol colombiano revolucionario, por decirlo así, ha provocado un proceso de alfabetización de los comentaristas deportivos, porque los ha llevado indudablemente a reflexionar más allá de lo que es un partido de fútbol. Y ya hay en Colombia tres o cuatro comentaristas de fútbol que ven más allá y se han dado a la tarea de investigar y de contarle al oyente qué es lo que efectivamente puede pasar cuando un equipo juega una marcación zonal o cuando un equipo juega una marcación a presión. Así se ha generado una corriente de

pensamiento importante, por la vía del contagio que ha producido este fútbol de Maturana.

Para terminar quiero recalcar y dejar bien claro que el fútbol de Maturana o de Hernán Darío Gómez no es el fútbol de los antioqueños, aunque la reflexión nació desde acá. Nosotros insistimos en que se trata, indudablemente, de una propuesta nacional, y ahí no vemos ninguna rivalidad. Incluso hemos tratado, en la medida de las posibilidades, de contagiar a los colegas para que vean a través de esta propuesta una manera diferente de jugar fútbol en Colombia y una manera nueva de contarles a los radioescuchas de todo el país que lo que se está haciendo es indudablemente con un propósito ante todo nacional y que eso es lo que están construyendo.

**TANGO,
SALSA Y ROCK
EN CLAVE DE BARRIADA**

Jairo Colorado
Jaime Jaramillo Panesso
Jorge Giraldo

TANGO Y CULTURA POPULAR

Jaime Jaramillo Panesso*

El origen del tango es orillero, como se dice en lunfardo, o sea de las afueras de la ciudad. Pero es también orillero porque pertenece a la cuenca del Río de la Plata en dos grandes ciudades que son Montevideo y, especialmente, Buenos Aires.

Se dice que el tango nació hacia 1880, o sea que la retorta que fue la ciudad lo fue moldeando a partir de las nuevas clases sociales del Buenos Aires de entonces; entre ellas básicamente el proletariado, muy influido por la emigración de trabajadores y artesanos europeos que llegaron a las ciudades de la cuenca del Plata hacia estos años. Se calcula en un millón los emigrantes que llegaron a las diferentes ciudades de Argentina; en Rosario, por ejemplo, más del 50% eran gentes inmigrantes, la mayoría hombres solos que habían pasado el Atlántico para irse a buscar la América.

Muchos de esos trabajadores llevaban ideas políticas socialistas o anarquistas, anarquistas en el sentido filosófico y de militancia política. Por eso encontramos a hombres como Discépolo, por ejemplo, que militaba en el anarquismo. Casi todos los compositores del tango tienen formación y militancia política, generalmente democrática o de izquierda.

El tango en su origen nace también en los conventillos, o sea en casas grandes donde se alquilaban piezas, y es allí

*Abogado y catedrático. Tangófilo y reconocido conferencista.

donde la costurera, la trabajadora y el acarreador del puerto, el resero, o sea el que descuartizaba reses para la exportación, el zapatero o los artesanos, los asalariados que llegaban de otros países o del centro de la pampa a la ciudad, desembocaban en el tango. Pero desembocaban primero por el camino del payador: o sea el de los trovadores de su tierra (por ejemplo Betinoti), que llegaban rasgando sus guitarras; uno de estos, que imitó inicialmente a los payadores, fue Gardel. Pero estos payadores fueron cediendo el camino al tango en la medida en que se sustituía el compadre por el compadrito, en esa ciudad y en esos barrios populares.

El tango tiene tres características de origen muy popular: primero, es una danza que la prefiguraban hombres solos en las esquinas, en los conventillos, porque el tango al ser prohibido o algo temido por las mujeres y, sobre todo, por no existir muchas mujeres entre toda esa gente llegada a la ciudad, entonces los hombres bailaban el tango solos. Entonces es también una danza, una música que tiene, como ya lo veremos, unas características de iniciación y desarrollo. Al principio, el tango era interpretado por tríos en donde había guitarra, flauta y arpa. Esos fueron los tríos que hicieron el tango. Posteriormente se le introdujo el piano, el contrabajo y el bandoneón y salieron la flauta y el arpa.

La otra característica popular del tango, además de ser una danza para hombres solos, era el lenguaje que tenía, el lunfardo. El lunfardo es el producto de esa retorta de tantas lenguas, un tanto de italiano, un poco de inglés, de genovés y español, un poco de aymará y, además, la deformación, el "vesre", o sea, el hablar al revés: un "feca con chele", un "café con leche". Esos tres elementos culturales y simbólicos a la vez forman inicialmente el tango. Un ejemplo de un tango como se hace en sus inicios —un trío de violín, flauta y guitarra— lo tenemos en el famoso Ernesto Poncio.

El tango interpretaba también la soledad de unos hombres de una ciudad distinta, desarraigados de su patria la gran mayoría de ellos y ante una gran escasez de mujeres;

por eso también en el burdel comenzó a bailarse y a oírse. Según decía el gran maestro Pugliesse, en una charla en La Habana, no solo en los burdeles, como lo acostumbran decir algunos historiadores, sino también en el conventillo y en las esquinas de los barrios.

Los temas más recurrentes de los tangos más primitivos, si se puede decir así, son el hombre que es engañado por la mujer o la soledad, pero la explicación social es la misma, hombres que no tenían con quién compartir el amor, que estaba en la madre patria, y además, sentían una gran reminiscencia por la madre. Eso explica porqué la tristeza inicial de ese tango. Y si se le agrega además el bandoneón que tiene un rezongo tristón, entonces con mayor razón se manejaba ese tipo de nostalgia. Pero el tango inicialmente no era nostálgico, era para bailar.

El tango también interpretaba las situaciones políticas del momento; por ejemplo, existe un solo de bandoneón dedicado a la "Unión Cívica", y éste era el nombre inicial de la agrupación política que hoy es el Partido Cívico Radical.

El mundo que rodeaba al tango era conflictivo, era también de "caneros" o sea de hombres de la cárcel, era un mundo de cuchilleros, y Borges nos habla de los cuchillos entre los milongueros, era un mundo en donde las mujeres llevaban en la media de nylon la puñalita o el facón, un mundo duro y difícil. Uno de esos instrumentos de peleas callejeras, era la cachiporra. Una banda popular, porque las bandas populares también interpretaban tangos, digamos para nosotros algo así como la banda Marco Fidel Suárez, tiene un tango titulado "La Cachiporra".

El tango llegó a Medellín, a Antioquia, aproximadamente en los años veinte, pero no traído por argentinos, sino que venía en voces de españoles, como, por ejemplo, Juan Pulido o Imperio Argentina, porque venían en las revistas musicales que recorrían a toda América, iniciaban el recorrido por Buenos Aires y allí aprendían el tango. Así que, cuando Gardel viene y muere en Medellín, y que no era tan conocido, ya el tango estaba aquí. Y estaba también por otra razón: Porque los más importantes comerciantes antioqueños, los De Bedout y los Ramírez Jhons, mandaban a

prensar discos de música colombiana a Buenos Aires y allá por un lado prensaban un bambuco, que allá interpretaban con las partituras que les mandaban, y por detrás venía prensado un tango. Así que se fue metiendo de contrabando por medio de las rocolas, los gramófonos o las victrolas de la época.

Y cuando el tango fue llegando, de una vez entró a las clases medias y altas que compraban esa clase de instrumentos. Pero como en los barrios también se escuchaba, la gente aprendió a bailar de esa manera el tango. La otra razón por la cual a mi juicio entra el tango, es que la ciudad de Medellín se fue configurando por una gran inmigración del campo a la ciudad, y en particular a esa otra ciudad que se llamaba el barrio Guayaquil —que ahora ya no existe—, cuando era caracterizadamente de trabajadores en el día y de prostitutas y bebedores, en la noche entonces cambiaba el telón, salían unas personas de la escena y entraban otras. Ese Guayaquil, que fue muy rico literaria, humana y musicalmente, tenía hombres y mujeres que cantaban los tangos iniciales: hombres solos que venían de inmigración campesina. Pero, como allí en Guayaquil estaba la terminal de los buses o camiones de escalera y en esa época existía el tranvía, el tango tenía viaje directo entre Guayaquil y las terminales de Buenos Aires, Aranjuez y los otros barrios que en ese momento existían. Por eso el tango estaba o en Guayaquil o en las terminales de los choferes, y no tanto en la mitad.

Y así fue teniendo sus propios creadores entre nosotros, verbigracia Tartarin Moreira. El tango hablaba del obrero recién llegado, o de la muchacha llegada a la ciudad y había dado un mal paso: igualito estaba ocurriendo aquí para muchas gentes. Pero también estaban los temas de carácter amoroso, el eterno canto de la música popular, del bolero, la balada, el rock; en todas las músicas populares el amor y el desamor son tema importante. Tenemos, por ejemplo, hablando del amor, "El esquinazo", que la mujer pasaba y lo dejaba a uno plantado, y una buena muestra de éste, el de Angel Bivoldo. Ese "Esquinazo" en particular es una milonga y esos golpes que se oyen son golpes de tacón. El

bañarín de tango usaba un taconcito más alto que el común y corriente, un tipo de tacón que se llamaba taquito militar y que es, además, tema de una de las más importantes y más lindas milongas. Este tacón, muy propio del bailarín de tango para dar ese tipo de pasos y golpecitos en la milonga, es heredero del zapateo español.

En Medellín, hasta los años 50s, el tango fue una música muy aceptada por todas las clases sociales, se bailaba desde el Club Unión hasta la Puerta Inglesa, allá en las terminales de Buenos Aires, tanto en el Bosque de la Independencia como en Guayaquil. Pero inicialmente, también en Medellín lo bailaban los hombres solos, porque fue excomulgado y era pecaminoso para la iglesia; entonces los hombres, desafiante afortunadamente, lo bailaban, hasta que las mujeres sobre todo de Guayaquil, aprendieron a bailarlo, con la falda estrecha rajada a los lados. Eso no se lo inventaron los señores de París, ni Saint Laurent ni ninguno de los más despiadados y enriquecidos modistos, eso lo inventaron las muchachitas buenas de Guayaquil y así lo bailaban en los cafés o en el Barrio Antioquia o en el Bosque de la Independencia, que era el lugar a donde iban las clases populares en las tardes.

"El Bosque" quedaba donde está hoy el Jardín Botánico, y allá iban en la mañana los niños con sus padres a jugar; y por las tardes estaban los obreros, los artesanos, las muchachas del servicio, los soldados y los policías. Y entre todos ellos bailaban tanto música colombiana como tango. Uno de los tangos que bailaban era, por ejemplo, "El Amanecer", de la orquesta de Lizardi con la autoría de Roberto Firpo. He ahí una orquesta típica argentina completa, con la parte del pisicatto, o sea arañar la cuerda del violín para que dé ese sonido distinto. Esa orquesta de Lizardi, como las orquestas típicas argentinas básicas, tenía ya una línea de bandoneones, uno, dos, tres bandoneones, hasta cuatro; una línea de violines, un contrabajo con arco y el piano, que es la orquesta básica típica del tango.

Quiero decirles, para terminar, que el tango ha ido declinando en la ciudad de Medellín, también en la ciudad

de Buenos Aires, en la medida en que otros géneros musicales lo han ido superando tanto temática como rítmicamente. Sin embargo, quedan refugios del tango, y en la ciudad de Buenos Aires, aunque ustedes no lo crean, todavía hay mucho tango, bastante, y la gente sale a bailar en grandes salones, y no como lo vemos aquí en los espectáculos, porque lo vemos bailar y cada uno de nosotros dice: "Imposible bailar tango cuando hay que hacer todas esas maromas". El tango se baila casi como el bolero, el tango cerrado, que tiene unos pasos básicos. No es el de esas parejas especializadas, que es más bien para adelgazar, que se vuelve un aeróbico. El tango no es eso, el tango es muy diferente, cuando uno quiere amacizar su pareja, porque el tango es la primera música popular de pareja abrazada.

Probablemente por eso Pío X lo descalificó, y hubo que llevarle allá a Casimiro, a la propia Roma, para que levantara la excomunión, pero ya mucha gente había ido a los infiernos. (Posteriormente, supongo que alguna milonguera los sacó).

Y es que el tango ha tenido muchas etapas y en cada una sus revolucionarios, sus innovadores, sus cambiadores: La prehistórica, la histórica, la inicial; luego la renovación, que es hasta 1940; la vanguardia, luego de Trollo; y la última que es la actual, con la muerte de Piazzola. Aquí hay grandes autores que no llegan hasta nosotros porque aquí no prensan el tango nuevo. Parece que repetir los viejos tangos y dejarlos allí es una política de algunas casas disqueras y eso también ha hecho envejecer al tango con nosotros.

LOS INICIOS DE LA MUSICA AFRO-ANTILLANA EN MEDELLIN

Jairo Colorado*

Para comenzar, quiero anotar que, además de Carlos Gardel, el hombre de la sonrisa dulce y la mirada soñadora, ese Sol Tropical, cantaron música cubana Alberto Gómez —una de las más bellas versiones del "Manicero"—, también Roberto Ray con una versión de "Lamento Borincano"; y dicen que Agustín Irusta grabó con Matamoros, en Cuba (me lo aseguró un coleccionista de Guayaquil).

Ahora, cito a Gardel porque es el artista latino que abre las puertas a nuestras canciones en Hollywood, y aunque desaparece en 1935, para desgracia casual aquí en Medellín, deja su luz tropical. Es aquí donde quedan sus restos y sus canciones. Pero en el 36 se hace una película que se llama "Volando a Río", con uno de los más grandes bailarines que se ha visto en el cine, Fred Astaire y donde la canción de fondo es "La Carioca". Ésta es la primera película en la cual salen a relucir las primeras canciones latinas. Después vendrían "Mamá Inés", "Todos los negros tomamos café", y otras tantas canciones latinas que son grandes hits mundiales.

.. Hay una gran cadena de éxitos para la música y los cantantes latinos, y son éstos los que se dan el gusto de hacer las primeras revistas musicales de Hollywood. ¿Quiénes son ellos? Miguelito Valdés —a quien llamaban Mister

*Bailarín aficionado y enamorado de la música, particularmente afro-antillana. Se inaugura aquí como conferencista.

Babalú o El Ciclón del Caribe—, Carmen Miranda —aquella brasilera que hizo famoso un sombrero con piñas y con bananos—, el colombiano Carlos Julio Ramírez —que también actúa en la película "Escuela de Sirenas", con Esther Williams. ¿Y saben quién más aparece en una película de éstas? El galán de moda en ese tiempo en New York, Daniel Santos, y nada más y nada menos que con Humprey Bogart. Y todos ellos acompañados por Xavier Cugat, con la orquesta de Waldorf Astoria, un violinista catalán que vivió sus primeros años en Cuba y que acompañó a Carusso y a Rodolfo Valentino.

Veamos otro acontecimiento dentro del cine de Hollywood: Daniel Santos, después de aparecer en una de estas películas de Hollywood, tiene que irse a la guerra con el ejército de los Estados Unidos, y Pedro Flores le hace dos canciones famosas: "Despedida" —«Vengo a decirle adiós a los muchachos, porque pronto me voy para la guerra...»—; y una guarachita, con el cuarteto Flores. Y es que, de verdad, las de Daniel Santos fueron nuestras canciones de cuna. Y recuerdo que un tío me las cantaba: «... que ahora vas a tener que ir a pelear... que las cosas no estaban como están...» Así estas canciones se convierten en el himno de los soldados latinoamericanos.

Pero tenemos también las canciones de Adelita, Felipe Rodríguez, Mirta Silva "La Sabrosa", Bobby Capó; los temas del Conjunto Casino; y entre los que más se oían, recuerdo, el bolero "Entre Espumas", con una letra como de tango: «Ella se sentó a mi mesa, y en la copa le di todo mi amor...» También del Conjunto Casino "La Vaca Lechera". Y la guaracha "Me Mata": «Pero yo gozo, yo quiero morir sabroso».

Aparecen también las canciones de Miguelito Valdés, "Brucca Maniguá", y las canciones de doble sentido como "El plato roto": «Adela tenía un plato lo más de sabroso, pero Rafael el hermoso se lo quebró. Por eso tuvo que pagar lo que quebró Rafael».

Una de las canciones más chéveres de esa época, que me la cantaba mi mamá, era "El Mondonguero" y que dice:

«Mamita, mamita, aquí está el mondongo que usted me mandó a buscar, como no puedo entrar...»

Una de las partes más importantes de la rumba en Medellín era La Estación Villa. ¿Qué pasó en la Estación Villa? Que por ahí tenía que pasar toda la gente que venía de la Universidad de Antioquia. A muchos les tocó "El Suave", pero no la época buena del "Chiquí", del "Bar de Sancocho", el "Billo's Caracas", donde tenían todas las guarachas de la Billo's Caracas Boys y los boleros más hermosos de Rafa Galindo: "Paraiso Soñado", "El Ruiseñor", en fin; aquellas guarachas que nos hicieron bailar: "Sucu suco", "Guarachona", "Abaniquito Real"; más de 500 guarachas difíciles de recordar en este momento, porque La Billo's tenía un repertorio extenso.

Luego, la época de la Sonora Matancera, que llega con Bienvenido Granda y Celia Cruz. El primer tema con el que pega Celia aquí es "Burundanga", y se volvió un dicho cuando alguien se dormía por ahí y le robaban.

Pero también hablo de la Estación Villa por algo muy importante. Allá vivía Crescencio Salcedo; también vivió por muchos años Raúl López, el de "Juanita Bonita"; Enrique Aguilar, el del Trio Los Romanceros; casi toda la orquesta de Sonolux, La Sonora del Caribe y muchas otras vivían en La Estación Villá. Era muy fácil ver en el "Bar el Sancocho", por ejemplo, a Alba del Castillo, una gran soprano que cantó en el Metropolitano de New York con Carlos Julio Ramírez, una mujer que murió en medio de la pobreza. Y nos encontrábamos con Jorge Ochoa, con Gustavo López. Después de que salían de sus presentaciones en La Voz de Medellín nos encontrábamos también con Jairo Villa y con Evelio Pérez, dos grandes tenores de La Toma.

Ahora, situémonos en San Félix, una calle desaparecida, donde queda la Avenida Oriental en la zona de San Juan. Allí habían unos bares que se llamaban el "Media Luz" y el "San Jorge", con nombres de tango; y el "Rodríguez Peña", el "Armenombí" y "La Carioca", todos seguidos y de un mismo señor Juancho Uribe; un gran coleccionista antioqueño de tangos y de música antillana.

En este mismo sector de Guayaquil, en Carabobo, al frente de lo que es el Ferrocarril de Antioquia, funcionaban cuatro negocios. Uno de ellos, el bar "Santa Cruz", en toda la esquina, aún permanece ahí; al frente otro, el "Maracaná", y el "Norella", lleno de espejos, uno de los más lujosos de aquella época en Medellín. El dueño era un homosexual que tenía plata, y viajaba a México y a Cuba y traía discos. Allá escuché temas tan desconocidos de Benny Moré como "La Atómica" y "Rabo y Oreja", había una cantidad de temas en ese piano que uno se enloquecía.

En el bar "Perro Negro", en Guayaquil, y en el "Santa Marta", en Palacé, al frente de la iglesia de los Hermanos Franciscanos, se escuchaban los mejores mambos de Pérez Prado, los mejores boleros de Panchito y las mejores guarachas cubanas. Allí me formé yo bailando, pues para allá salíamos cuando veíamos aquellas películas que les contaba antes. Una de esas se llamaba "Al Son del Charleston", una revista musical mexicana con un bailarín que se llama Mister Trotsky. ¡Y casi no me le pillo los pasos! ¡Era que ese hombre volaba con los pies! Y allí nos encontrábamos un grupo de amigos a bailar, entre ellos Pedro Grajales —octavo en los Olímpicos de Tokio en 800 metros planos— y otro muchacho que fue campeón departamental de billar, que le ganaba a "Tabaco" Pérez y que jugaba también carambola a tres bandas.

Y para terminar les quiero decir que, cuando llega el bloqueo a Cuba desaparecen el son, la rumba, la conga, la guaracha, el son montuno, la guajira, las canciones de Celina; desaparece mucha música en nuestro medio. Y es ahí cuando comienza a darse el proceso de la salsa, que en Medellín comenzó en la Carrera Palacé, en el "Artista", en el "Boogaloo", en "El Diferente", en "La Casita de Bambú", en "Brisas de Costa Rica". Pero fue un contexto muy diferente al de la rumba de Guayaquil.

EL ROCK Y LOS TRABAJADORES

Jorge Giraldo*

El hecho de que el rock no goce de la suficiente legitimidad en el país y ni siquiera en Medellín, la ciudad rockera de Colombia, nos obliga a los voceros del rock a hablar con un público más amplio sobre lo que es el movimiento rockero en el país y a asumir una aburridora postura en su defensa, porque el rock está viviendo un momento similar al que sufrió el tango, cuando fue excomulgado por Pío X, o al de la música antillana en Medellín cuando, por intervención de Monseñor Builes, no dejaron entrar a Pérez Prado a la ciudad.

Aunque ese tipo de prohibiciones ya no parecen tener presentación, en los últimos meses asistimos a una importante campaña propagandística de los sectores culturales más conservadores —el *Opus Dei* o Tradición, Familia y Propiedad— contra el rock.

Como toda la música popular, el rock surge desde las capas bajas de la población. A diferencia de la música antillana y del tango, el rock surge después de la Segunda Guerra Mundial, en pleno Siglo XX, con unas características sociales que de hecho lo vinculan de una manera muy fuerte a las clases trabajadoras.

Tal vez son cuatro los factores que lo ligan a los trabajadores o viceversa: 1) El tener como raíz la música negra del blues, canto de trabajo de los negros en las plantaciones de caña y algodón en el las orillas del Missisipi en Estados

*Director del Departamento de Capacitación de la Escuela Nacional Sindical, Medellín, y director de la *Revista de la ENS*.

Unidos, y del que decía un rockero argentino que era una especie de tango. 2) La cantidad de nuevos sonidos que introduce el acelerado proceso de industrialización y urbanización; lo que nuestras mamás o abuelitas llaman "el ruido" o "la bulla". 3) El ser un canal expresión de protesta de los sectores trabajadores, por surgir en una aguda coyuntura social. 4) El hecho de que el rock haya aparecido en el país más desarrollado del mundo, en los Estados Unidos, que se forja como sueño de muchos inmigrantes de Europa y América Latina, incluso del Oriente lejano, lo que hace que salga de una manera mucho más fácil y más expedita hacia otros lugares del mundo y cobre ese carácter de universalidad, que llevó a John Lennon a decir que Los Beatles eran más populares que Jesucristo.

Esta relación del rock con los trabajadores se ha manifestado no solo en su consumo, también en el hecho de que dentro de la clase obrera hayan surgido muchos de los grandes y de los mejores grupos y cantantes de rock. Los Beatles son el producto de la barriada obrera de Liverpool, así representen en este momento una idea muy corta o demasiado conservadora para lo que es el rock hoy en este momento en el mundo.

Pero, además, los trabajadores y su situación han sido tema y objeto del rock, igual que sus oficios, desde el novelista de los Beatles hasta la prostituta Roxanne the Police, en la década de los 80. Por ejemplo, unos versos de Sting en 1985, en medio de la gran huelga del carbón, cuando Margaret Thatcher libró su gran batalla contra el sindicalismo británico, dicen: «Nuestra sangre ha manchado el carbón, túneles muy hondos en el suelo de la nación, valemos más que pesos y centavos, su teoría económica no tiene sentido». El dúo catalán "El último de la fila" dice: «Trabajo duro, tajo que amarga en este día, melancolía». O Bruce Springsteen, de los Estados Unidos, en "Trabajando en la autopista": «La paga del viernes por la noche, los muchachos salen del trabajo hablando del fin de semana, luchando para sacarse la mugre. Algún día llevaré una vida mejor que ésta». O simplemente las referencias al ambiente urbano como Low Redcor en su "Canto de amor a la ciudad":

•Por ti convertiría el humo de las chimeneas de las fábricas en ramos de flores plásticos. Por ti escribiría poemas como relámpagos de magnesio para alumbrarte el camino de vuelta a mí.

Pero el rock ha ido todavía mucho más allá. Aunque suene atrevido para algunos, el rock como proyecto cultural coadyuvó a impulsar muchos de los llamados movimientos sociales que han aparecido en el mundo: El pacifismo, el ecologismo, más recientemente el movimiento de derechos humanos o los movimientos contra la discriminación sexual.

Como proyecto estético, el rock a atravesado la sociedad de abajo a arriba, hasta el punto de que encontramos grupos tanto de las clases medias y bajas, como de las aristocracias más millonarias.

Y en ambos sentidos, como proyecto cultural de las clases medias y bajas y como proyecto estético de toda la sociedad moderna, se podría decir que el rock es la música de la modernidad. Y es por este camino, el de la industrialización y la transnacionalización, por el que el rock llega a países atrasados como Colombia, porque el contacto entre los países no empezó con la apertura económica.

El rock llega a Medellín a los tres o cuatro años de su nacimiento, y, similar al tango, no llega a través de los ingleses o de los norteamericanos, sino de los artistas mexicanos o argentinos de "La Nueva Ola" (Enrique Guzmán, César Costa, Alberto Vásquez, etc.); y uno de los grandes impulsos se lo dio el concierto de Enrique Guzmán en 1965 en Medellín.

Uno de los primeros conjuntos de rock que hubo en Medellín fueron los Black Star, o los Teen Agers, cuyo cantante era Gustavo Quintero, cuando cantaba "La Gallinita Josefina", "Speedy González" y "Al Compás del Reloj". Otro fue los Afro Sound, con Fruko; pero que se hicieron famosos como conjuntos de música tropical hecha en Medellín o "raspa" o "chucu chucu".

Otro gran impulso al rock en Medellín fueron los concursos. Uno de estos era impulsado por Guillermo Hines-troza, quien creó en Medellín un programa que se llamaba

"El Club del Clan", que continuó luego en Bogotá con Alfonso Lizarazo. Otro concurso, con resonancia en los medios masivos de comunicación, fue el que se inventó Milo, "Milo a Go go", un concurso de baile en las distintas ciudades del país. Y aparecen también en Medellín los primeros bares donde se escuchaba rock: "El Gato Pardo", en la 65 con Colombia, y "El Tambo de Aná", que existió hasta mediados de los 70s.

Fue una época de gran agitación internacional. El movimiento estudiantil y, más todavía, el movimiento Hippie tienen sus repercusiones; y viene el primer gran golpe al rock en la ciudad de parte del sector gobernante: cuando estos conjuntos que empezaron tocando rock, se cambian definitivamente a la música tropical, pues se suspenden los concursos y, presionados por las disqueras, prácticamente desaparecen los programas de radio.

Así el rock entra en Medellín en una especie de adormecimiento que coincide con la disolución del movimiento nadaísta. Y es en medio de ese sopor cuando a Carolo (Gonzalo Caro) se le da por organizar un festival, porque era imposible que los festivales masivos que se empezaron a hacer en el 70 en New York y que se siguieron haciendo en todas las ciudades más importantes del mundo, no se fueran a hacer en Medellín. Entonces Carolo organiza el Festival de Ancón, en La Estrella, con cierta complicidad del alcalde de Medellín Alvaro Villegas Moreno, y de quien dicen que fue destituido por conceder tal permiso. El Festival de Ancón es una historia aparte. El caso es que marcó definitivamente a la ciudad y ayudó, digamos, a revitalizar el rock en Medellín.

Posteriormente el mismo Gonzalo Caro abre en el Pasaje Junín- Maracalbo "La Caverna de Carolo", que existió casi toda la década de los 80, y donde se vendían discos, cassettes piratas, chanclas con suela de llanta, camisetas teñidas con iris, camisas que parecía para Hare Khrisnas o Yogas, y todo ese mundo oriental en que estuvo inbuido el mundo hippie. Este fue un importante sitio de encuentro para los rockeros de Medellín.

Lo que resta de los 70 para el rock en Medellín transcurre entre el cine y la radio. En los teatros María Victoria y Tropicana se exhiben los sábados, fuera de programa, las películas de los grandes grupos: "La canción es la misma", "Tommy", "Jesucristo Superstar", "Concierto para Bangladesh", "Let it be". Aparecen nuevas emisoras como "La Voz del Cine" y "Emisora El Poblado". Son los tiempos de la marihuana, el cherrynol y el lili, la novedad de los hippies que se quedaron en la ciudad después de Ancón y la popularidad del rock en los sectores medios, estudiantes y pequeños grupos de trabajadores jóvenes.

Desde principios de los 80 comienza esta nueva época del rock que estamos viviendo hoy. Aparecen grupos que intentan una expresión original y se atreven con temas propios en español, como Fénix y Carbure, muy en la onda del heavy metal; y ello conduce a la recurrencia de conciertos en parqueaderos, teatros y en la plaza de toros. El rock vuelve, prácticamente para quedarse, a los medios de comunicación a través de las nuevas emisoras especializadas, las secciones semanales en los periódicos y la creación de un mercado apreciable para el disco.

Pero, ¿qué hay en el trasfondo de esta oleada rockera? No creo equivocarme si resalto la conexión entre la crisis industrial de estos años y sus repercusiones en el desempleo, la crisis general de la ciudad con sus violencias, la destrucción del espacio urbano y el deterioro de la calidad de vida, con la erupción del rock desde una perspectiva más auténtica, popular y masiva.

Los años 80 representan el paso del rock como experiencia estética de algunos grupos jóvenes de los barrios de estrato 4, a la experiencia vital de una gran masa de muchachos de los barrios populares, estudiantes, desempleados y trabajadores del rebusque. Por eso ahora la preocupación de la juventud de todos los niveles sociales está en expresar un sentimiento, una opinión frente al mundo que les ha tocado duramente vivir y de ahí que la lírica sea en español y que los ritmos que imperan sean aquellos ásperos y crudos del metal y el punk.

Revivieron fugazmente ciertas emisoras de rock, como Radio Ritmos; y vinieron otras: La Voz de la Música y Radio Musical, en una época en que hubo importantes conciertos de rock en el país, pero donde ninguno vino a Medellín. Por ejemplo, en 1973 viene Carlos Santana, pero sólo se presentó en Cali, Barranquilla y Bogotá. También James Brown vino a Colombia en la cumbre de su carrera, pero no a Medellín.

Aparecen los pioneros de los muchos himnos juveniles que ya acumula la ciudad en estos años, y de ellos vale la pena destacar "El faltón" de Carbure que decía:

*Cuando tengo un amigo y confío en él
nunca pienso que me dé en la cabeza
siempre es confianza siempre es amistad
nunca espero yo que me falte.*

Hay algunos sucesos externos importantes como los conciertos de Soda Stéreo y Moebius-Plank-Scheffer en la ciudad, pero la gran cosa se produce en las entrañas de nuestros barrios y sus habitantes: Empezan a surgir día a día grupos de rock que trabajan sin recursos pero con entusiasmo, que representan la única luz para muchas vidas desesperadas y opacas, que sin embargo pasan a representar uno de los pocos sectores sociales —atrevidamente diría que el único sector social— que es capaz de mirar a la ciudad de frente, con su miseria y barbarie, con su asquerosidad y su belleza, sus traiciones y su fe. Y el rock de Medellín y Colombia se enriquece de tal manera que pasa a ser uno de los fenómenos culturales y artísticos más notables de este fin de siglo en el país.

Así que hoy tenemos en la ciudad más de un centenar de grupos, brotados de todos los rincones y grupos sociales, de los más diferentes comportamientos y propuestas, que superan el hecho artístico y se consolidan antetodo como un acontecimiento cultural, rodeado de sus peculiares lenguajes, vestimentas, modos y medios de comunicación, construyendo un proyecto de vida, a la vez auténtico y universal, vital y esperanzador, enclavado en el centro de esta ciudad de la furia.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Impresos Caribe, Medellín, el día 5 de abril de 1993.

Ensayos laborales / dos
Los trabajadores y la cultura

es el resultado de un ciclo de conferencias sobre este tema, organizado por la *Escuela Nacional Sindical-Antioquia*, en 1992.

Surgió de la inaplazable necesidad de abordar las diferentes relaciones e interdependencias establecidas entre los trabajadores con fenómenos como la cotidianidad, la celebración religiosa, la práctica de la fiesta y del ocio, sus aficiones a la música (aquí el tango, la salsa y el rock), el fútbol como saber y como elemento de identificación, etc.

Así como la heterogeneidad de estos temas, fueron nuestros invitados:

MAURICIO ARCHILA NEIRA
HERNÁN DARÍO VILLEGAS
HÉCTOR VÁSQUEZ
WILLIAM ROMÁN
ALEXIS GARCÍA
GONZALO MEDINA
GUILLERMO LEÓN ZAPATA
JAIRO COLORADO
JAIME JARAMILLO PANESSO
JORGE GIRALDO



ensayos laborales 2